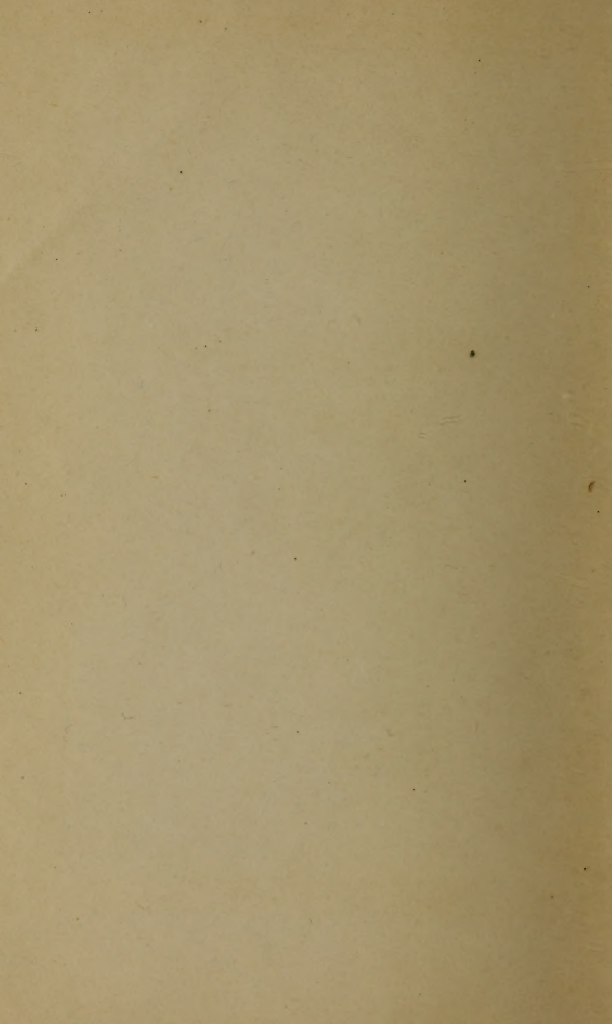


3 1761 09545958 2

FIGURAS DE
LA PASION
DEL SEÑOR

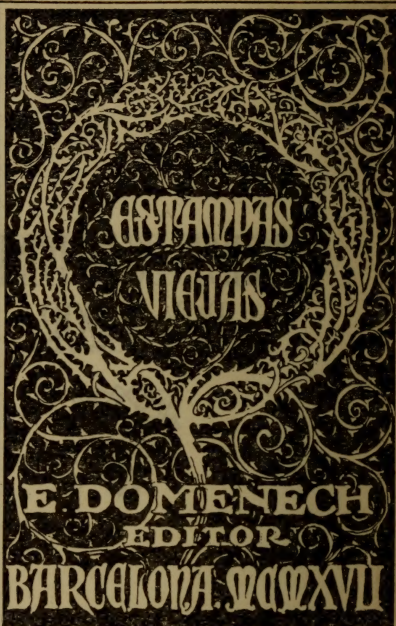


GABRIEL
MIRÓ



FIGURAS DE LA PASION
DEL SEÑOR





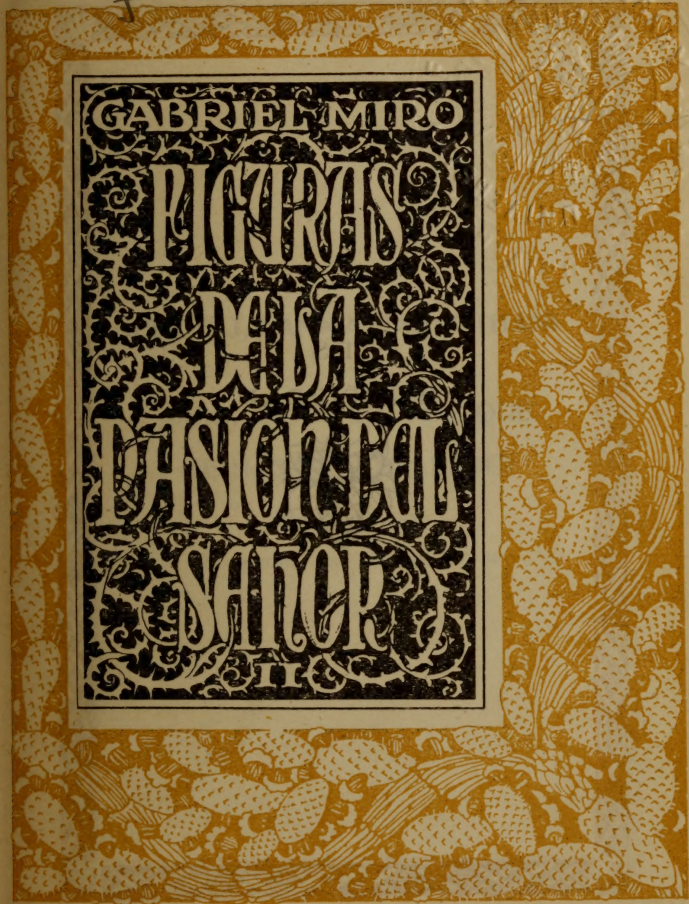
ESTAMPAS
VIEJAS

E. DOMENECH
EDITOR

BARCELONA. MCMXVII

LS
M676f

LIBRARY



177875.
7.2.23.

ES
PROPIEDAD





ELÍ, ELÍ, LAMMA SABACTHANI

—
¡DIOS, DIOS MÍO, POR QUÉ
ME HAS DESAMPARADO!

PSALMO XXI, 2.º

EVANGELIO.—SAN MARCOS; XV, 34



HERODAS
ANTIPAS

The image shows a decorative title page. The background is a light cream color with a repeating pattern of golden-brown floral and scrollwork motifs. In the center, there is a rectangular frame containing a dense, black and white floral design. Overlaid on this central design are the words "HERODAS" and "ANTIPAS" in a stylized, blackletter-style font. The text is arranged in two lines, with "HERODAS" on top and "ANTIPAS" below it. The overall aesthetic is characteristic of early 20th-century decorative arts or book design.

EN AQUEL TIEMPO, HERODES
EL TETRARCA, OYÓ LA FAMA
DE JESÚS, Y DIJO: ESTE ES
JUÁN EL BAUTISTA QUE RE-
SUCITÓ ENTRE LOS MUER-
TOS, Y LAS VIRTUDES DE
LO ALTO OBRAN EN ÉL

EVANGELIO. — SAN MATEO; XIV, 1, 2

Y HERODES, CUANDO VIÓ A
JESÚS, SE HOLGÓ MUCHO.
Y LE DESPRECIÓ, Y, ES-
CARNECIÉNDOLE, LE
HIZO VESTIR DE UNA
ROPA BLANCA

EVANGELIO. — SAN LUCAS; XXIII, 8, 11



AR de Galilea. El azul de sus aguas, como la claridad de los cielos. La lumbré azul y la sensación de su frescura venían entre todos los árboles y se desposaban con el mármol inmaculado de la casa de Herodes y con los rubios caminos. El azul se esmaltaba en el blancor de los cisnes, en el mismo azul de los pavones de Ofir, subidos a los velarios y cisternas, en el recio plumaje de los avestruces que desdoblaban sus cuellos sobre los bojés y mirtos. Todo azul: la faz de las albercas, la de los céspedes, las sombras de las estatuas, los misterios de los jardines... Y en los términos del lago, las rocas de Gergesa iban sangrando el poniente en la ribera.

De los naranjos, de los alfónsigos, de los sicomoros y cipreses, que guar-

daban todo el sol de la tarde, caían los olores como una fruta caliente.

Un águila resplandeció en la calma del crepúsculo, quieta y augusta, sobre Tiberiades, y semejaba el broche de un solio.

Herodías asomóse a un peristilo de alabastros, y se alzó la columna magnífica de su carne para mirar el vuelo.

Bajo los cidros en flor llegaba Antipas, entre maestros del Sanhedrín de Jerusalén que se atropellaban hablándole. Y él vió a Herodías y ya no pudo atenderles.

... Los movimientros más breves y sutiles de la mujer imprimían en el aire como unas ondas de la belleza suya.

Antipas la acechaba, poseído de todos los instantes de ella. Se la arrancó a su hermano, el humilde Filippo Boeto, que vivía recogidamente en Roma; se la quitó porque la codiciaban los caudillos, los patricios, los filósofos, los esclavos y las mismas mujeres, aunque la aborrecieran.

Enloqueció de celos de todos, menos del esposo. Se amaba en Herodías su



carne y lo que ella tocaba haciéndolo suyo como nimbo de su figura. Sobre todas las gracias, la de su paso. Los tapices, los jaspes, los senderos no recibían su huella como la de las otras mujeres; porque al andar Herodías todo semejaba florecer bajo la perfección y la gloria perversa del ritmo de su vida. Andaba sintiendo la plenitud de sí misma; y sin dejar de ser ella, se vestía de todos los encantos de la castidad, de la lascivia, de la timidez, de la audacia como de túnicas de naturalezas tejidas para su cuerpo y dóciles a su antojo para la tentación. Nada comparable a sus pies, a sus rodillas, a su cintura, a sus codos, donde se resume el donaire y el estilo del paso. Ofrecía sus pies en sandalias de gamuza morada, ceñidas con una escarcha de gemas. Encima de su stola, una piel de armiño le modelaba tirántemente las caderas, y luego continuaba la túnica plegándose a sus hinojos y prometiéndolos. Sus brazos y su garganta desnudos, sin una luz de joya; sus pechos, firmes, alzados; su

vientre, hundido, sin regazo, huyendo de la opulencia nacida en la cintura; las mejillas, doradas; los ojos, de un resplandor enjuto, agrandados por el antimonio; la boca, con el jugoso encendido de algunas flores; la frente, interrumpida por una senda de amatistas que se extraviaba en su cabellera de brillos de acero, repartida sobre los hombros en trenzas de una íntima ondulación. No era de una hermosura cabal, y las mujeres habían de referirse y parecerse a ella para alcanzarla; porque no residía su hechizo sólo en su cuerpo sino en su poder de armonía con lo que le rodeaba haciéndolo fondo suyo y sellándolo. Como la goma que da el perfume, como el escudo que deja la vibración; así Herodías, en sus ademanes después de realizados; en su voz, después de pronunciada la palabra. Mirándola inmóvil, se sentía lo mismo que mirando las aves paradas, que se imagina y apetece que vuelen. Se deseaba que caminase, no por su movimiento, sino por su emoción. Lo mismo que las

aves; no como mueven sus alas ni como tienden o recogen sus pies ni como espadañan y gobiernan su cola, sino toda el ave volando y la delicia que desprende en el cielo y en nuestros ojos. Toda Herodías estremeciéndose. Ave y serpiente. La serpiente de Antipas.

Antipas la recorría toda con ojos ávidos y tristes, y se volvía a los demás recelando hasta de los mendigos; y reparaba en su figura, en su paso de serpiente; porque eran enormes sus rodillas y se le doblaban pesadamente. Los enemigos de su padre dijeron del gran Rey: «Es un esclavo idumeo; sirve a César; los tesoros y los productos de la tierra del Señor, los devora el gentil; la crianza de los hijos y el gobierno de la Casa del Rey, tributarios de Roma...»


Si hubo sangre plebeya en Herodes el Grande, descendió toda a las venas de Herodes Antipas. Sus músculos, gordos por esfuerzos de otros hombres pasados, y ya sin empuje en él; su espalda, cansada; su rostro, blando y pálido, sus cabellos, de una lana sudada y



descolorida; y su andar, su andar de caminante, y se lo aborrecía a sí mismo. Subía los pies para hincarlos reciamente, y se le pegaban al tapiz o a la piedra cautelosos y mudos; pies de obediencia, de espionaje y de silencio. También su voluntad quería prorrumpir con ímpetu feroz o con deseo de obra buena, y todo se trocaba en astucia y desconfianza.

Traía siempre la cabeza sin ningún tocado, pero se arracimaba de sartas de preseas sus ropas de púrpura; y la púrpura adquiría pliegues de sayal en sus hombros.

Grueso y agotado, codiciador de empresas y placeres que no resistía. En cambio, la espuma de la sangre, los audaces designios, las magníficas perversiones, la fortaleza de los sentidos, y la majestad del viejo Herodes, reaparecieron en su nieta Herodías, hija de Aristóbulo, el príncipe ajusticiado, de una hermosura de limpia modelación, engendrado apasionadamente en la reina Marianna, la más amada de las esposas del gran Herodes; y la mató




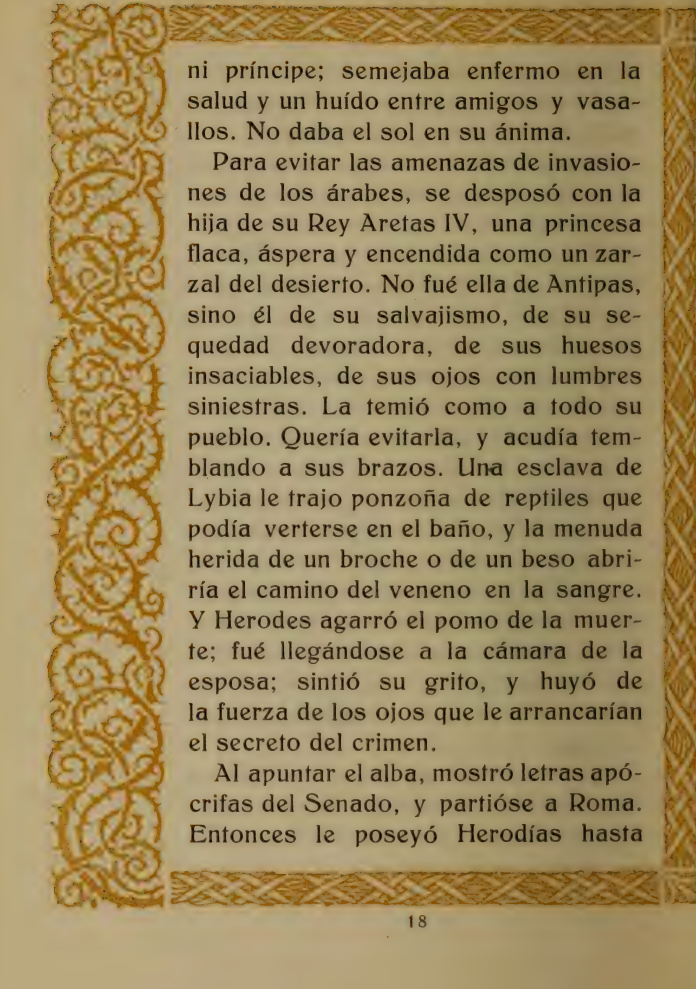
por celos, y después se retorcía y aullaba deseándola, buscando en todas las mujeres el cuerpo de la muerta.

Junto a Herodías veíase bastardo el Tetrarca. Y la quiso como herencia y paradigma de lo que no estaba en él, gozándolo en un refocilo acre, denso y fatal de casta propia y enemiga, aborreciéndola villanamente y amándola para elevarse sobre sí mismo. En ella, la grandeza, la afirmación de raza de los Asmoneos; en él, la duda y el temor obscuro que le dejaron en su infancia las desgracias del hogar del padre: odios entre los hijos de las mujeres asesinadas, parricidios, voces y silencios de tragedia, escondido bajo el triunfo y las maravillas de la casa de un Rey heroico.

La madre, la dulce samaritana Malta-cea, elegida para evocar otros perdidos amores, murió luego dejando en el hijo el apocamiento y el sobresalto de sus entrañas.

Pasó Antipas sus años jóvenes en Roma, al lado de César. Nunca sintió su vida clara y gozosa. No fué mozo







ni príncipe; semejaba enfermo en la salud y un huído entre amigos y vasallos. No daba el sol en su ánima.

Para evitar las amenazas de invasiones de los árabes, se desposó con la hija de su Rey Aretas IV, una princesa flaca, áspera y encendida como un zarzal del desierto. No fué ella de Antipas, sino él de su salvajismo, de su sequedad devoradora, de sus huesos insaciables, de sus ojos con lumbres siniestras. La temió como a todo su pueblo. Quería evitarla, y acudía temblando a sus brazos. Una esclava de Lybia le trajo ponzoña de reptiles que podía verterse en el baño, y la menuda herida de un broche o de un beso abriría el camino del veneno en la sangre. Y Herodes agarró el pomo de la muerte; fué llegando a la cámara de la esposa; sintió su grito, y huyó de la fuerza de los ojos que le arrancarían el secreto del crimen.

Al apuntar el alba, mostró letras apócrifas del Senado, y partióse a Roma. Entonces le poseyó Herodías hasta



inflamarle contra todos los hombres que la miraran, y dándole denuedo para llevarla a su patria y repudiar a la hija de Aretas. Buscó la esposa refugio en las tiendas de los árabes, y sus bravíos guerreros avanzaron sobre el peñascal de Mackeronte.

... Mackeronte, macizos de muros de rocas fundados en quebradas. Montes rotos de Moab, paisaje de dólmenes, desierto de Judá... Mar de Asfaltite, sepulcro viscoso de ciudades maldecidas por el Señor. Una banda espumosa como una ola inmóvil, eterna, cruza las aguas rudas de sal. Los caminos tallados en piedra se recortan claramente hasta las últimas lejanías.

Los ganados para el mantenimiento del castillo, vienen de lo más profundo de la Idumea dejando un estruendo de pedregal removido, de ecos de barrancas, y las aves rapaces les siguen recatemente en la calcinación del cielo...

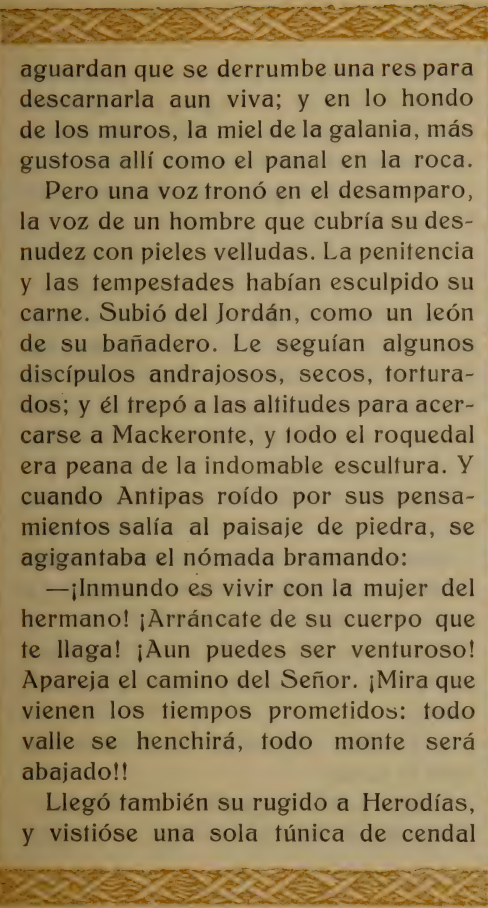
En este nidal de guerra refugióse Antipas con Herodías, que trajo a Salomé, hija suya y de Filippo. Allí, el Te-

trarca quiso que predominara su figura resplandeciente de acero y bronce, y encima, la capa blanca de combate. Su paso resonaría en las bóvedas heladas y recias de Mackeronte; y gustó la esperanza de surgir poderoso delante de la mujer; y fingiéndoselo, resbalaba medrosamente por los pasadizos para acecharla.

El silencio adusto, de peña y de hierro, parecía callar con otro recogido silencio cuando ella se ofrecía a las soledades desde las almenas de las murallas, desde lo último de las torres.

La fortaleza fué estrado de cortesanía. Y Salomé añadió a las gracias de la dominadora, la de la suavidad y ternura de madre en las postraciones del deleite.

Todavía más *ella* esa mujer rodeada del país desolado y candente. Fuera, la inmensidad abrupta, metálica, requemada; las aguas de maldición; los clamores litúrgicos, pavorosos de los Esenios; los alaridos de las fieras hambrientas, el crascitar de los cuervos que





aguardan que se derrumbe una res para descarnarla aun viva; y en lo hondo de los muros, la miel de la galania, más gustosa allí como el panal en la roca.

Pero una voz tronó en el desamparo, la voz de un hombre que cubría su desnudez con pieles velludas. La penitencia y las tempestades habían esculpido su carne. Subió del Jordán, como un león de su bañadero. Le seguían algunos discípulos andrajosos, secos, torturados; y él trepó a las altitudes para acercarse a Mackeronte, y todo el roquedal era peana de la indomable escultura. Y cuando Antipas roído por sus pensamientos salía al paisaje de piedra, se agigantaba el nómada bramando:

—¡Inmundo es vivir con la mujer del hermano! ¡Arráncate de su cuerpo que te llaga! ¡Aun puedes ser venturoso! Apareja el camino del Señor. ¡Mira que vienen los tiempos prometidos: todo valle se henchirá, todo monte será abajado!!

Llegó también su rugido a Herodías, y vistióse una sola túnica de cendal



purísimo que la desnudaba gloriosamente dentro de su niebla, y presentóse al solitario cuando el crepúsculo incendió todas las cumbres.

La siguió Antipas escondiéndose por lo fragoso.

Y el león del Jordán y la hermosa se miraron.

Los ojos del hombre pasaban iracundos sobre la mujer, y parecía crepitar la breña de su cuerpo; ella, durmió los suyos como palomas en aquel árbol virgen, sintiéndose chiquita, femenina, dulce, menesterosa.

Herodes mordió la roca bañándola de lágrimas.

Sonó un clamor del hombre vestido de fieras ahogadas con sus dedos. La mujer le llamaba arrullándole.

Y una risa de alarido se arrastró por los torrentes, y la prolongaron las cavernas.

Y sintióse Herodías desdeñada por toda la tarde.

Quiso saber la guarida del nómada. Lo acusó al Tetrarca porque el pregón

del incesto ya resonaba en todo el país.
Y le dijo:

—Mientras tus huéspedes y tus siervos se humillan en mi presencia, se alza libremente una boca para escupirme.

Herodes dobló su cráneo, y le respondió:

—Nada haré contra ese hombre; es un esenio enloquecido por el ayuno y la penitencia. Y obligados se hallan los Herodes a proteger a los Esenios.

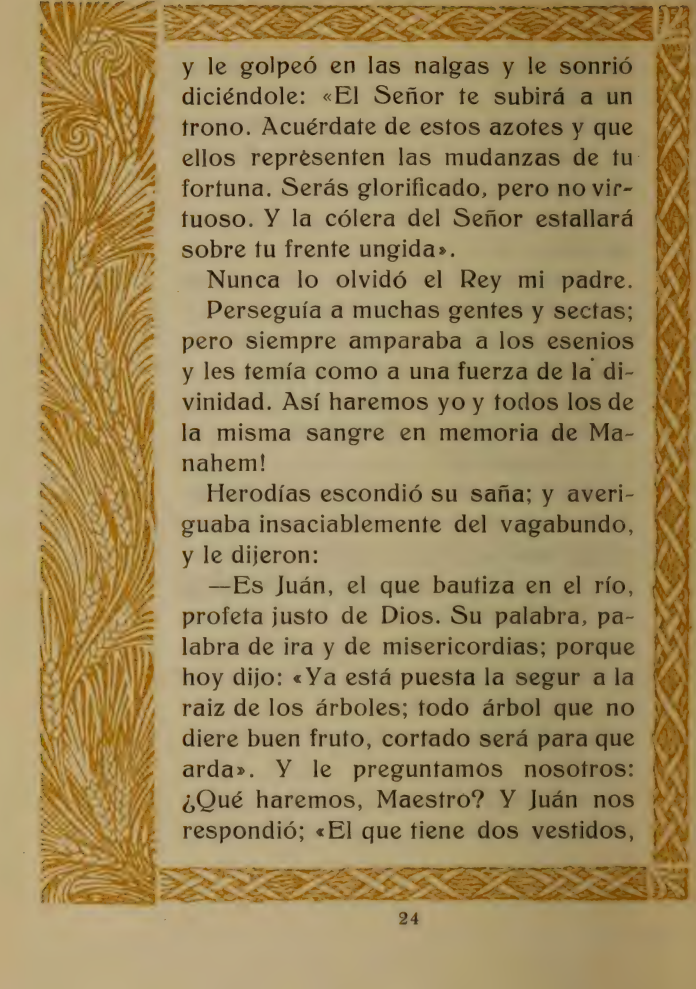
Ella hincó sus pupilas en los ojos mansos y tristes del Tetrarca.

Y prosiguió él:

—En los trastornos y desventuras de la Casa de mi padre, sólo un viejo descalzo, vestido de lino, pasaba serenamente sobre la hoguera de perdición sin recibir ningún daño. Ante su voz callaba el Rey. El Rey fué custodio de su libertad y de su vida. Y este viejo era Manahem el esenio.

Herodías alzó desdeñosa sus hombros.

—... Porque Manahem halló un día a mi padre, entonces un rapaz obscuro,



y le golpeó en las nalgas y le sonrió diciéndole: «El Señor te subirá a un trono. Acuérdate de estos azotes y que ellos representen las mudanzas de tu fortuna. Serás glorificado, pero no virtuoso. Y la cólera del Señor estallará sobre tu frente ungida».

Nunca lo olvidó el Rey mi padre.

Perseguía a muchas gentes y sectas; pero siempre amparaba a los esenios y les temía como a una fuerza de la divinidad. Así haremos yo y todos los de la misma sangre en memoria de Manahem!

Herodías escondió su saña; y averiguaba insaciablemente del vagabundo, y le dijeron:

—Es Juan, el que bautiza en el río, profeta justo de Dios. Su palabra, palabra de ira y de misericordias; porque hoy dijo: «Ya está puesta la segur a la raíz de los árboles; todo árbol que no diere buen fruto, cortado será para que arda». Y le preguntamos nosotros: ¿Qué haremos, Maestro? Y Juan nos respondió; «El que tiene dos vestidos,

dé al que no tenga, y el que haya de comer, remedie al necesitado».

Bajó Herodías a las casernas, para oír lo que se hablase de Juan. El vaho de los hombres la estremeció; y allí supo de los soldados:



—Fuímos a él pidiéndole: ¿Qué haremos nosotros? Y Juan nos dijo: «¡No maltratéis, no calumniéis, contentaos con lo que se os diere sin hacer fuerza a los débiles!»

Herodías lo recorría todo buscando la emoción del profeta, y sepultaba sus oídos y sus sollozos en el lecho cuando el grito implacable atravesaba las soleadas y los muros repitiendo:

¡Inmundo es vivir con la mujer del hermano!

Y su terror y su odio traspasaron a Herodes, apoderándose de su voluntad.

La única voz contra ellos, la voz del nuevo Elías. Mackeronte temblaba escuchándola. Calló en la noche del 10 de Ab. Tembló el hacha al segarla. No pudo rebanar a cercén la garganta del



Bautista; necesitó muchos intentos porque nunca daba el filo en el mismo corte.

Apollo de Alejandría, discípulo de Juán, recogió devotamente el tronco y las astillas del cuello desgarrado.

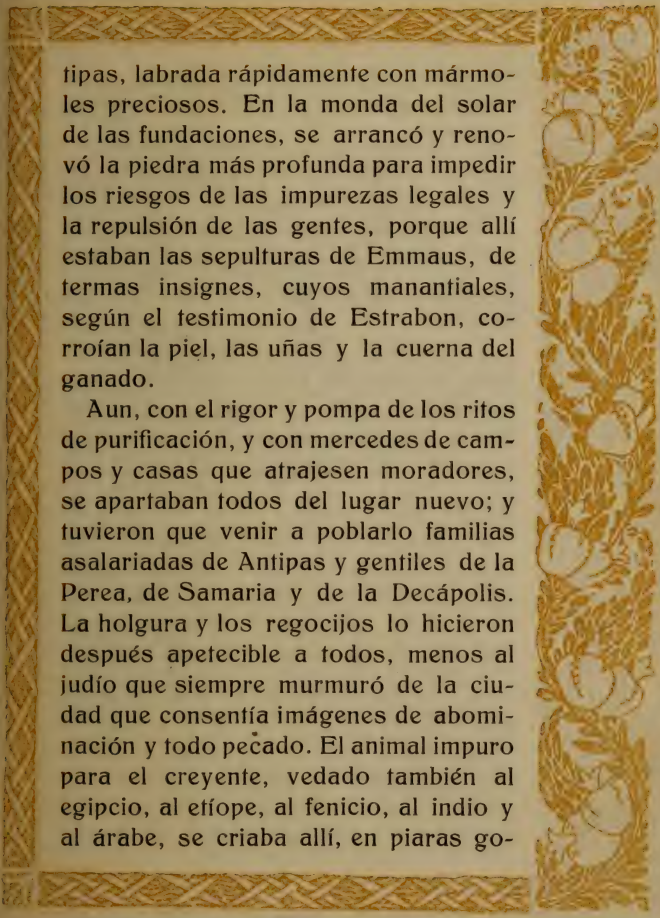
Y sintióse más el silencio de las montañas.

La vida de Herodes, de una blandura de limaza, se adhirió, se aplastó a la carne triunfal de la mujer. Y Salomé aún sirvió para poseerle con el pasado, porque la hija le evocaba a la madre en su virginidad que no fué suya.

Y lejos, en el oleaje de roca, se juntaban las manadas de Aretas...

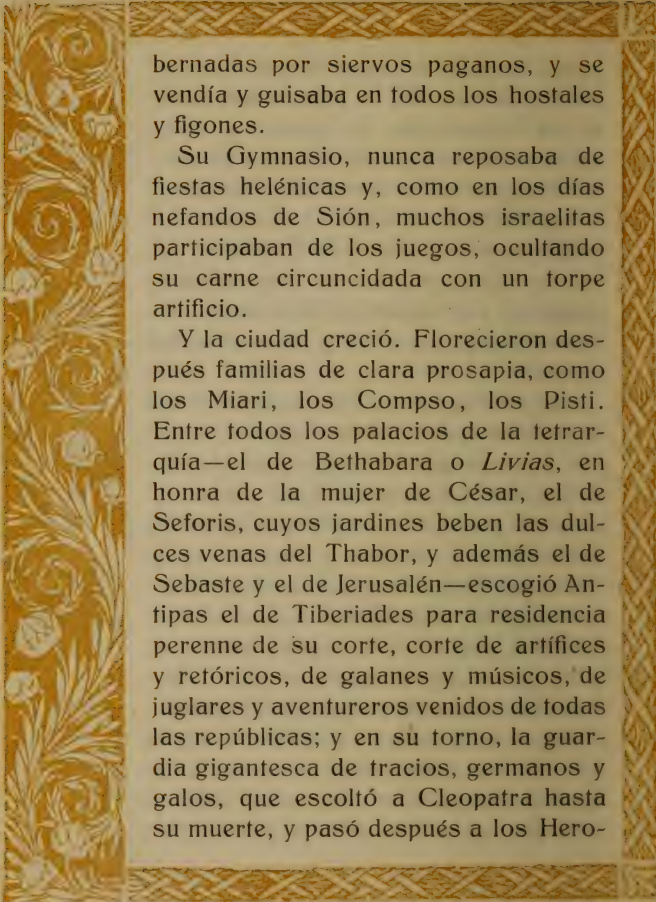
.
... Volvióse Antipas hacia Mackeronte. Todos los macizos y peñascales semejaban el espectro de Juán, subido a las cumbres para mirarle.

Pronto se alborozó la tierra bajo los vergeles de Genezareth. Las aguas azules de su mar espejan su ceñidor de pueblos felices. De todo prorrumpe la gloria de Tiberiades, la ciudad de An-



tipas, labrada rápidamente con mármoles preciosos. En la monda del solar de las fundaciones, se arrancó y renovó la piedra más profunda para impedir los riesgos de las impurezas legales y la repulsión de las gentes, porque allí estaban las sepulturas de Emmaus, de termas insignes, cuyos manantiales, según el testimonio de Estrabon, corroían la piel, las uñas y la cuerna del ganado.


Aun, con el rigor y pompa de los ritos de purificación, y con mercedes de campos y casas que atrajesen moradores, se apartaban todos del lugar nuevo; y tuvieron que venir a poblarlo familias asalariadas de Antipas y gentiles de la Perea, de Samaria y de la Decápolis. La holgura y los regocijos lo hicieron después apetecible a todos, menos al judío que siempre murmuró de la ciudad que consentía imágenes de abominación y todo pecado. El animal impuro para el creyente, vedado también al egipcio, al etíope, al fenicio, al indio y al árabe, se criaba allí, en piaras go-



bernadas por siervos paganos, y se vendía y guisaba en todos los hostales y figones.

Su Gimnasio, nunca reposaba de fiestas helénicas y, como en los días nefandos de Sión, muchos israelitas participaban de los juegos, ocultando su carne circuncidada con un torpe artificio.

Y la ciudad creció. Florecieron después familias de clara prosapia, como los Miari, los Compso, los Pisti. Entre todos los palacios de la tetrarquía—el de Bethabara o *Livias*, en honra de la mujer de César, el de Seforis, cuyos jardines beben las dulces venas del Thabor, y además el de Sebaste y el de Jerusalén—escogió Antipas el de Tiberiades para residencia perenne de su corte, corte de artífices y retóricos, de galanes y músicos, de juglares y aventureros venidos de todas las repúblicas; y en su torno, la guardia gigantesca de tracios, germanos y galos, que escoltó a Cleopatra hasta su muerte, y pasó después a los Hero-



des por voluntad del vencedor de Antonio.



Corte de ingenios muelles de cánticos y triclinio. La adúltera y su hija aparecían entronadas, lentas, hieráticas, con misterio de divinidades; o entregaban delirantemente al festín todos sus encantos, bajo la sonrisa flaca y dolorida del príncipe.

Y vino ahora del frescor de los vallados, de las blancas aldeas, de las playas luminosas, la voz de un hombre que conturbó la vida del Tetrarca.

Y le dijeron de él:

—No se llama profeta este Rábbi, sino prometido por los Profetas, enviado de Dios. Tu siervo Lévi, el que se enriquecía cobrando tus tributos en Cafarnaum, le convidó a su casa, y después dejó su oficio y su caudal por seguirle. Irresistible es la potestad de la palabra y de los ojos del Rábbi: suelta la lengua de los mudos y los miembros de los tullidos; los endemoniados se le postran dócilmente con la dulzura de un niño que duerme. Exalta al hu-





milde y enseña contra el poder y el engaño de los saduceos y fariseos.

Y temió Antipas y aumentó las guardas para impedir que ese hombre pasara las puertas de Tiberiades.

Mas, el Rábbi desdeñaba las magnificencias de la ciudad, siendo pobre; y decía que no se trajese para el camino ni alforja ni dinero ni muda de vestido ni de sandalia, sino un cayado.

La nueva de cada prodigio hacía palidecer el rostro pesado de Herodes, y le trababa de flojedad las rodillas, y gritaba en sueños el nombre de Juan.

El Sanhedrín de Jerusalén, le envió Maestros de la Ley pidiéndole que extrañase de sus términos al que se había alzado como Hijo de Dios.

Y Herodes y los mensajeros se asomaron al pretil de la azotea.

Lejos pasaba la multitud rodeando al Rábbi.

Retrocedió Antipas empavorecido, sudándole las sienas, colgándole el belfo. Y les pidió:

—¡Lleváoslo y reducidle con vuestro

saber! ¡Por qué es Juan el que subió del río y se me aparecía en todos los peñascos de Mackeronte! Lo degollé por Herodías, y Herodías agarró la cabeza que aun goteaba sangre, y mirándole las pupilas alzadas horrendamente, le atravesaba la lengua con un agujón de oro! ¡Es Juan que ha resucitado!

Y huyó por lo fosco de los pasadizos, y escondióse bajo los árboles de sus vergeles para mirar el encuentro de los sanhedritas con el profeta.

Los doctores de la Ley buscaron sus mulas blancas, y salieron menospreciando al Príncipe.

El Rábbi se había parado en un camino abierto entre frutales. Las gentes, postradas en su torno, veían resplandecer su manto azul en el azul de los cielos. A sus pies le dejaban los hijos, los ancianos, los lisiados para que pudiesen recibir su mirada y consolación.

Los labradores hincaban la reja en el surco, y corrían a escucharle; y en los callados campos, quedaban inmóviles las yuntas mirando hacia el camino,

yuntas de buey con buey, de jumento con jumento.

El Rábbi se esperaba. Y después decía:

—... ¿A qué podré comparar el Reino de Dios...? Es como la semilla de la mostaza que la tomó un hombre y la sembró en su tierra, y el grano creció, se hizo árbol y las aves del cielo reposaron en su copa!

Las mujeres dejaban su horno, la piedra de moler, el huso, y sin reparar en velarse, acudían con un vuelo llamante de vestiduras.

Y el Rábbi también las aguardaba. Los suyos se revolvían con enojo; y él glosaba el mismo pensamiento acomodándolo a las recién venidas.

—... ¿A qué diré que se asemeja el Reino de Dios? Pues, mirad: es como la levadura que tomándola una mujer la escondió en tres medidas de harina hasta que toda quedase fermentando...

Un cavador no pudo reprimir su ansia.

—¡Rábbi, Rábbi; dime si serán pocos los que se salven!

Los discípulos reprobaron la impaciencia del nuevo. Y el Rábbi les reconvino con la mirada, y dijo:

—¡Bien hace! ¡Porfiad, porfiad en llegaros a la puerta, porque es angosta y muchos los que se atropellen para pasarla.

Y volvióse. Se acercaban las gentes del Gran Sanhedrín.

No fué menester que los servidores, los *virgiferi*, abriesen sitio, porque la solemnidad de la presencia de los Maestros y sus ropas y sus insignias se anticipaban al mandato de la voz.

Una mujer descolorida, de cansada belleza, se puso junto al Rábbi y le colgó sus brazos a los hombros haciéndose su escudo, y miraba recelosa a los de Jerusalén.

Entonces, se destacó un anciano cenéño, de ojos recónditos, de barbas de hebras claras y lacias como el heno marchito; y tendió un índice frágil, transparente, increpando al taumaturgo:

—¡Sal de aquí porque ya es conocida

del Príncipe tu obra de perdición! ¡El Tetrarca desea tu muerte!

Se apretaron los discípulos. Y el expulsado irguióse y gritó:

—¡Decidle a la raposa que yo doy la salud y libro a los poseídos! ¡No muere un profeta lejos de Jerusalén!

Y miró afligidamente hacia la ruta de la ciudad del Señor, y abrió sus brazos pronunciando:

—¡Jerusalén, Jerusalén, que persigues a los que te han sido enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos refugiándoles en mi amor como el ave que protege sus crías bajo sus alas!

... Los doctores del Sanhedrín tornaron en busca del Tetrarca. Y el viejo de las barbas secas profirió:

—¡Todo lo de nosotros tiene escarnio en su boca!

Y Herodes se apuñazaba la frente murmurando:

—¡Es Juan!

—Peligrosa su doctrina, porque ya muchos le han oído: «¡No traigo paz, sino discordia! ¡Fuego vine a poner

en la tierra; y qué quiero yo sino que arda!»

—¡Es Juán que ha resucitado! Así en Mackeronte puso fuego contra mí; y yo tuve que hundirle en prisión; mas, no le maté sino por ella, porque ella se lo inspiró a su hija que nos había enloquecido danzando y tañendo su nébel!

Un fariseo menudo, de huesos aceitosos, levantó su brazo siniestro retrenzado con las badanas de las «filacterias», y le interrumpió inflamadamente:

—¡No sé qué dices; sólo sé que Rábbi Jeschoua afirma que limpia los pecados; y también el agua que lava nuestro cuerpo hace fango; se envanece de alumbrar con sus enseñanzas, y yo te digo que con una antorcha se deja en pos más negrura!

Y quedóse su puño erguido y trémulo.

El Tetrarca meneaba flojamente su cráneo, y seguía:

—¡Poderoso fué Ptolomeo Ebergetes, y también en un festín humillóse a los

antojos y gracias de una extranjera tañedora de nébel! ¿Y por ventura aventajaría ella a Salomé?

Los Sanhedritas le contuvieron ceñudos cerrándole entre ellos; y mezclaban su desdén por Herodes con su violencia contra el Rábbi.

—¡Si urdió rebeldías a su príncipe, justo fué el suplicio de Juán; mas, ve que sus creyentes siguen ahora al nazareno!

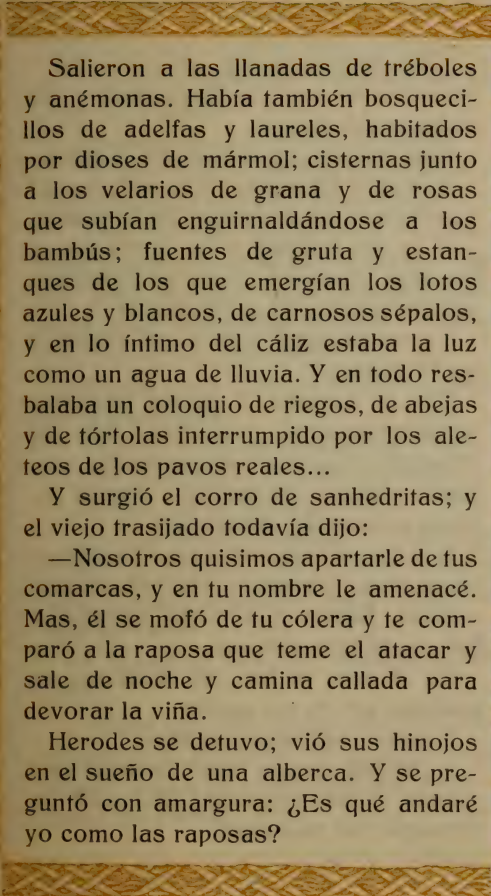
—¡Ha resucitado el que subió del río, y atraviesa mis campos como un león!

—¡No subió del Jordán, sino que baja huido de Nazareth!

—¡Gentes tuyas le acatan, como Lévi, el publicano, y Juana esposa de Chouza, tu mayordomo de Cafarnaum!

—¡Porque embauca con el poder de la Magia! Se dice el Cristo y la multitud se le rinde, que el afán por un Mesías en sí mismo lleva la fe!

Herodes se balanceaba dentro del grupo farisaico, mirando inquietamente. Todo rumor de los árboles le anunciaba la aparición del profeta decapitado.



Salieron a las llanadas de tréboles y anémonas. Había también bosquecillos de adelfas y laureles, habitados por dioses de mármol; cisternas junto a los velarios de grana y de rosas que subían enguirnaldándose a los bambús; fuentes de gruta y estanques de los que emergían los lotos azules y blancos, de carnosos sépalos, y en lo íntimo del cáliz estaba la luz como un agua de lluvia. Y en todo resbalaba un coloquio de riegos, de abejas y de tórtolas interrumpido por los aleteos de los pavos reales...

Y surgió el corro de sanhedritas; y el viejo trasijado todavía dijo:

—Nosotros quisimos apartarle de tus comarcas, y en tu nombre le amenacé. Mas, él se mofó de tu cólera y te comparó a la raposa que teme el atacar y sale de noche y camina callada para devorar la viña.

Herodes se detuvo; vió sus hinojos en el sueño de una alberca. Y se preguntó con amargura: ¿Es qué andaré yo como las raposas?

Comenzaban un vial de cidros floridos entre el mar de Genezareth y los pórticos del palacio.

Sola en todo el cielo pasaba un águila.

Apareció Herodías, roja de púrpura y de ocaso, en la terraza de la ribera.

Y la vió Antipas, y se le hincharon los ojos mirándola; toda su carne semejaba una pupila de monstruo.

Ya no escuchó más a los ancianos del Sanhedrín.

Ella le llamaba. Y corrió Herodes; subió pisándose, tropezando con las pilastras y con las frámeas de sus bárbaros crasos, adormecidos por la caliente quietud del crepúsculo.

Herodías lo acercó al mar. Descansó en su brazo vibrante y oloroso, la nuca sudada, blanda y débil del príncipe, y fué elevándole la frente.

En el azul ya frío del horizonte se apagaba el oro del águila.

Y apasionadamente le dijo:

—¡Mucho tiempo voló tejiendo una corona sobre nosotros! ¡No será un presagio, oh Herodes?

Herodes hizo una sonrisa hueca. En su garganta doblada le resonaba el afán de la laringe.

De súbito, se incorporó jadeando:

—¡Cuán bien pudieron degollarme!
Ella le miró con desdén el cuello.

—¡No ahí, sino en tus hombros, debiste sentir el peligro desde que el reino del gran Herodes tuvo que rasgarse, porque no quedaron fuerzas de hijo para llevar todo su manto!

Antipas esquivó la mirada de la mujer, balbuciendo:

—¡Un trozo de ese manto, es mío!

—¡Y de Roma!—le gritó Herodías.

—¡Otro, de mi hermano!

—¡Y de Roma, también! ¡Y sólo de Roma la Samaria, la Judea y cuanto amó y glorificó vuestro padre junto al mar de Siria!

El Tetrarca, con risa plebeya, le advirtió:

—¡Mira que aun sobra manto, y hay hombros de hijos del rey que traen una túnica tan parda como la de los menestrales de Roma!

La injuria al esposo de Herodías, mordió en el corazón altivo de la adúltera, que se retorció toda en sí misma, como una sierpe dentro de su piel. Y, ahogándose de despecho, con el vaho magnífico de su sangre más que con voz, fué exhalando:

—¡Ruín es tu frente! ¡Filippo, al que abandoné por una gloria que sólo está en mi vida, Filippo tuvo la firmeza de su humildad: es lo que quiso ser, y a nadie remedó! ¡Mas, tú y tu hermano, el otro Tetrarca, os ponéis ropas de reyes, y habéis de salir con las sienes desnudas porque perdisteis la corona dentro de vuestra casa! Y aún en ella necesitáis del romano; sin su auxilio serías tú ahora esclavo del Arabe! Filippo, arrinconóse a sí mismo. ¡Qué sois vosotros arrinconados en Tetrarquías por César y por vuestro pueblo!

Herodes pegaba sus mejillas en los pilares buscando la frialdad de la piedra. En la obscuridad amarga de su ánimo, se había perdido su ímpetu de

amante y de príncipe, quedándole un desconsuelo de abandonado, una prostración de decrepito.

Toda la noche latía de astros. Sonaba claramente el ruido de pezuñas y aparejos de la caravana de bálsamo y de miel que venía de Jericó.

Suspiró Herodías, y fué acercando las brasas de sus ojos a Herodes, y dulcificada le dijo:

—¡A dónde habrá llevado el águila esa promesa de gloria que no hemos recibido nosotros! ¡Oh, no me huyas!— Y lo ciñó besándole muy despacio en los párpados.

—¡Sé Rey de lo que ha sido nuestro! ¡Pídeselo a César! ¡Yo deseo Jericó más que lo quiso Cleopatra! ¡Sé grande! ¡Me tienes toda! ¡Mírame, Herodes! ¡Me tienes toda y no ansías un reino poderoso!

Antipas, angustiado de delicia, contuvo un sollozo y la apartó bruscamente para acechar en las tinieblas.

Le estaba mirando una cabeza cortada...



... Al comenzar la tarde, entró en Jerusalén la escuadra primera de tracios, corpulentos y rubios.

Su presencia anunciaba el arribo de Herodes; y las gentes de las caravanas pascuales y las del arrabal de los que-
seros y de los artesanos, invadían el Agora, apretándose entre las columnatas y en las graderías que suben, en hemicíclo, tallando la ladera de Sión. Arriba del collado, está la residencia del Tetrarca, que fué de los Asmoneos; y sus terrazas salen sobre los techos de Xystus.

Las familias saduceas, partidarias de los Herodes, iban por la puente de Tyropeon a los altos atrios, y desde aquí, por la escalinata guardada de la plebe, descendían para dar la bienvenida al Príncipe, bajo el baldaquino de venerables paños faraónicos.

Llegó Antipas en una mula relumbrante de gualdrapas rígidas de oro; todo el animal crujía de riquezas, solemne y

deforme como un ídolo. A su lado, en una stramenta de sándalo y lacas con dosel carmesí, llevada por tres camellos uncidos, venían Herodías y Salomé, que estaba prometida al hermano de Herodes, Tetrarca de la Traconítida, de la Batanea, y Páneas. Y en pós, seguía toda la corte, los siervos, los caballos y carros del señor y la escolta bárbara, de viejos y mozos, hijos ya de estos gigantes impasibles, tardos, dóciles como leones castrados, relucientes de bronce y de grasa, con su cola de cabellos de un rojo lacio y frío cayéndoles de la nuca.

No daba la muchedumbre un signo de júbilo ni de sumisión ni aún de acogida. Sólo aguardaba por ver.

Tetrarca de la Galilea y de la Perea, Herodes Antipas equivalía para la ciudad de David a un príncipe extranjero, avenido con los gustos de Roma, la Metrópoli execrada que proyectaba su gobierno ávido y duro sobre toda la Palestina.

Quedábale a Herodes en Jerusalén la

amistad de algunas casas patricias, y el palacio de Sión; los otros, engrandecidos por su padre: el de la fortaleza *Baris* o *Antonia* y el de las torres Marianna, Híppicus y Fasael, de mármoles blancos, pertenecían a César.

Sus escrúpulos le llevaban a participar como romero de las fiestas sagradas de la Pascua, en el mes de Nisán; de los Tabernáculos, en el mes de Tischri; de la Dedicación, en el mes de Kisleu; de los Purim, en el mes de Adar, cumpliendo entonces episódicamente con los ritos mosaicos.

Intentó un día atraerse el amor de la Judea intercediendo con Poncio para impedir sus sacrilegios, y el romano malogró los designios políticos de Herodes rechazando su mediación.

Y al llegar a Jerusalén, seis decurias bajaban la cuesta del Pretorio; pero el continente de los legionarios, antes presentaba el aviso de la soberanía de Roma que el acatamiento al Tetrarca.

Desde el último domo de la ciudade-

la, vigilaba el Tribuno como un halcón en su roca.

Esa noche, en los intercolumnios de Xystus arden lámparas quemando aceites aromosos. Sión resuena de sambucas, de sistros, de pífanos, de crótalos, de symfonias o gaitas que dan el viento de su odre a la caña del óboe y de la siringa. Los cánticos y tonadas escandalizan a los fariseos, que pasan encorvándose para no ver la mansión de pecado.

Y cuando las trompetas proclaman el nuevo sol, acude Antipas al Templo levantado por su padre, y deposita su tributo.

Los ocho travesaños de cedro para colgar y desollar las víctimas, no pueden tener todas las ofrendas del Príncipe. Hasta la hora tercia rebullen sus esclavos transportando los cuévanos y ánforas con los diezmos de las heredades de la Tetrarquía. Y en las tres plegarias subirá Herodes el Atrio de Israel—*Azarath Yisraël*—con escribas y levitas, mas, sin ninguno de su cor-

tejo, porque las estelas de la Ley de la Castidad condenan el tránsito de los gentiles.

Quiso mostrarse Herodías en el Santuario, y fué a la *Schema Yisraël* de la tarde; pero no resistió los mezclados olores de sudor, de perfumes litúrgicos, de sebo y de inmundicias de las reses de los holocaustos. Y retiróse sin orar; y se mofaba el pueblo.

Y al salir por el Portal de Occidente, vió toda la hondonada de Acra henchida y rumorosa de multitud. La soldadesca precipitaba sus potros sobre los torrentes humanos; los rebaños pascuales huían despavoridos por las callejas de escalones abruptos.

Jerusalén vibró de clarines y trompas.
Poncio Pilato venía de Cesarea.

Y los que miraban a Herodías y al Príncipe, les olvidaron por ver al Procurador aborrecido, que traía amistades de Italia convidadas a la Pascua.

Herodes apresuró el retorno a su palacio.

Estaba entonces Sión en sosiego y

soledad de collado campesino. A lo último de la ladera, un grupo de hombres humildes, subía hacia un casal blanco y rudo como una granja.

Un judío herodiano deslizó al oído de Antipas:

—¡Es el Rábbi Ieschoua Nazarieth con sus discípulos!

Herodías sonrió, recordándole al Tetrarca sus antiguos terrores.

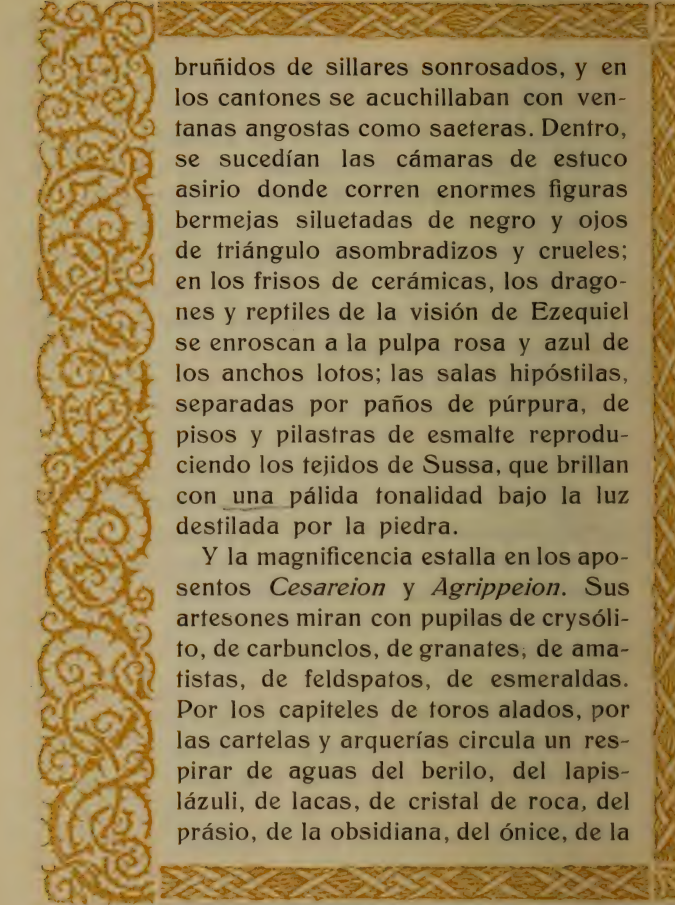
Y él dijo:

—¡Mejor hablara con Rábbi Jesús que con aquél!

Y quedóse indicando la litera de Pilato, que avanzaba sobre las espaldas de seis nómadas por el cauce de picas y broqueles de la cuesta del Pretorio. Y lejos de la ciudad, nublados de polvo rojo del crepúsculo, aun venían los dromedarios del bagaje, las eternas «naves del desierto».


Pasó Herodes sus pórticos, y entre las maravillas acumuladas por el Gran Rey, se le deshizo la enojosa inquietud que siempre le dejaba Poncio.

Todos los muros del palacio estaban



bruñidos de sillares sonrosados, y en los cantones se acuchillaban con ventanas angostas como saeteras. Dentro, se sucedían las cámaras de estuco asirio donde corren enormes figuras bermejas siluetadas de negro y ojos de triángulo asombradizos y crueles; en los frisos de cerámicas, los dragones y reptiles de la visión de Ezequiel se enroscan a la pulpa rosa y azul de los anchos lotos; las salas hipóstilas, separadas por paños de púrpura, de pisos y pilastras de esmalte reproduciendo los tejidos de Sussa, que brillan con una pálida tonalidad bajo la luz destilada por la piedra.

Y la magnificencia estalla en los aposentos *Cesareion* y *Agrippeion*. Sus artesones miran con pupilas de crysólito, de carbunclos, de granates, de amatistas, de feldspatos, de esmeraldas. Por los capiteles de toros alados, por las cartelas y arquerías circula un respirar de aguas del berilo, del lapislázuli, de lacas, de cristal de roca, del prásio, de la obsidiana, del ónice, de la





cornalina, de todos los matices del ágata tallada en óvalos, en estrellas, en rosas, en losanges y círculos.

Las columnas dan una convulsión de cuerpos desnudos, enjogados. El viejo Herodes volcó en las carnes de los alabastros y ámbares las caravanas de lapidarios de Saba y de Rehema; y todo el recinto parece articulado y ondulante de escamas de pedrería y tiene un frío íntimo, una sensación de pena y de misterio de tesoros de tumbas, de densidad subterránea.

Entre las estancias se abren los patios de jaspes con toldos amarantos, verdes, anaranjados, sanguinosos y crudos, que tamizan el sol.

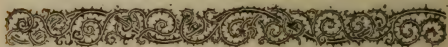
Se desgranar los collares de agua en piscinas de vidrio rodeadas de columnas que se envían sus grecas de manzanas, de granadas y uvas de cobre. En cuencos profundos de mármol crecen los dulces árboles de Eubea que traen fruto y olor; los arrayanes, en cuya tupida frescura resaltan las estatuas helénicas. De los claustros cuel-





gan los pebeteros, hechos de gloriosos escudos, donde se derriten las gomas de sándalo, de almáciga, de cisto, la mirra, la pasta del azafrán de la India y de la flor del cinamomo, la raíz del jengibre...

Y en el fondo, se ofrecen los triclinios de bronce de Iberia y de cidro de la Mauritania, con mesas sobre caimanes y jumentos de plata, alcatifas de Persia, pieles de dugongo almagradas, como las que techaron el Tabernáculo, recodaderos de plumón de francolín; y los cien lechos insignes de orificia bajo pabellones de grana como los de Holofernes, y vigas de sabina, de naranjo, de olivo, de ébano, con taraceas de nácares, de turquesas, de calcedonias...



... Todos los peristilos y acitaras se poblaron de bayaderas y tañedoras, de cortesanos, de servidores y guardias.

El Intendente de la *domus*, con la in-

signia de la llave en su cingulo de cuero, previno a Herodes de la llegada de un centurión seguido de sacerdotes y turbas.

Palideció Antipas.

En aquel punto, presentóse alborozadamente su copero, un doncel de Mytilene, de brazos tatuados, que se le postró diciendo:

—¡Roma te ama siempre, oh, *Basileus!* ¡Poncio te manda a Rábbi Jeschoua!

—¡Roma!—balbució el Tetrarca; y le vacilaron los hinojos.

Después, pudo añadir:



—¡Que lo sepa Herodías! ¡Decídselo!

Y él dirigióse a la cámara de audiencias.

Entre las dos últimas pilastras se hallaba el trono de su padre, casi oculto de firso, de coronas marchitas, de crótalos, de salterios, de pomos de olor y túnicas de festines.

Una bandada de siervas quitó rápidamente la escombra de las orgías.

Era un trono labrado a semejanza



del de Salomón, con las seis gradas de marfil, y los dos leones para los codos, la silla, formada por la grupa de un buey, y la cuerna sirviendo de respaldar, de oro macizo.



En derredor, acomodaron los divanes y almohadas para los dignatarios. Se erizó un bosque de lanzas de puntas retorcidas. Y las dos columnas se cerraron hasta la mitad de sus fustes con paños recamados, verdes, cárdenos y de rojez de cereza.

Antipas subió al solio. Y fué pasando su corte y el hervidero de sus oficiales, de sacerdotes, maestros y ministriles del Sanhedrín, de fariseos, de rabinos y la escuadra pretoriana que arrastraba a un hombre lívido; y después, se amontonó la plebe.

Avanzó el Centurión.

Pero Herodes resbalóse del sitial para asomarse a los tapices.

A través de los aposentos próximos, venía un rebullicio femenino. Y vió a Herodías desnuda, gozosa, infantil, atravesando estancias, derribando trí-



podes, saltando sobre escabeles y braseros; y sus esclavas la seguían tendiendo los cobertores que ella apartaba en su carrera. Y llegó al estrado y asomó su cabeza entre los pliegues de las estofas. Se la adivinaba todavía húmeda del baño, corriéndole los perfumes de la unción matinal. De súbito crispóse el cortinaje, y nada más quedaron sus ojos fulgurando como dos gemas.

Herodes la miraba arrebatadamente, porque esos ojos separados de toda la mujer tenían una lumbre y una promesa desconocidas.


Un cortesano le recordó que el Centurión esperaba.

El Centurión inclinóse pronunciando:

—Lucio Poncio Pilato, Procurador de Tiberio César en Judea y Samaria, a Herodes Antipas, Tetrarca de Galilea y de Perea: salud y amistad!

Herodes volvióse a la mirada de los tapices y recogió un destello que iluminó su vida.

Lucio Poncio, continuaba el preto-



riano, sometía al Tribunal de Herodes la causa que el Gran Sanhedrín de Jerusalén le presentara contra Rábbi Jesús, ciudadano de Galilea.

Y ladeándose apareció el reo.

Herodes exhaló algunas palabras de amor a Roma y de elogio y de gratitud para Poncio.

—Porque yo y mi corte deseábamos ver a este mago y presenciar sus prodigios...

Se produjo un rumor hostil entre los sanhedritas.

Y el Tetrarca sonrió al Centurión y miró a su escolta de gigantes y a las pupilas de ascuas entonces fijas en Jesús.

Le distrajo un susurro de burla difundido entre sus cortesanos.

Detrás de los reposteros también se oía un sofocado reír de las mujeres. ¡La risa de ella se desgranaba sobre todas como un sartal de agua viva!

Y desconfió Herodes porque nunca alcanzaba nada por sí mismo. Fué tan amargo su ceño que algunos se le llegaron explicándole:

—¡Repara en los visajes de los fariseos!

Entonces, el Tetrarca fingió reprimirse su bulla, pero todavía miraba receloso a los demás, sin cuidarse del Rábbi, atado, rendido, solo en un círculo de clámides rojas y crestones de cascos.

Los jueces de secta farisaica subían su brazo enrejado por las correas del tefillah que les ataban los dedos índice, anular y cordal; se descogían el sudario de la cerviz, el paño recio de los hombros, el lienzo de enjugarse en las lustraciones, y se cegaban todo el rostro; y brincaban retrocediendo, y se paraban abrazándose doloridos, y quisieron salirse, horrorizados de las imágenes de dioses, de hombres y bestias de las pinturas murales.

Sus enemigos los saduceos, que en estos días se les habían juntado para perseguir al profeta sedicioso, impidieron el escándalo de la huída recordándoles que no era gentil la casa del Tetrarca, siendo del hijo del que reedificó

el Templo del Señor y ofreciendo él mismo holocaustos, pagando el tributo devoto y pudiendo orar en el Atrio privado de los creyentes.

De su voluntad había de venir la sentencia para bien del pueblo.

Tornaron los fariseos, con la cabeza hundida en el embozo de sus ropones.

El Hâkân, segundo vicario del Sanhedrín, el que gobierna a los juristas, desdobló las fojas de la causa y exclamó:

—¡En el nombre del Señor Dios de Israel!



Pero el Tetrarca abandonó de nuevo su trono, y recostándose entre sus validos les consultaba, y todos le celebraron mucho sus razones; y él dijo:

—¡Oye, Rábbi Jeschoua, muéstranos un portentoso!

Otra vez murmuró el sacerdocio.

Rábbi Jesús permanecía callado, liso, inmóvil. Y el centurión le tocó con su junco de viña.

Entraba de los pórticos una espada de sol y traspasó los rizos vírgenes de



la barba de Jesús dorando su piel, sus ojeras verdosas, sus párpados caídos.

Herodes le repitió su mandato con tono de llaneza y de merced.

Al Rábbi le temblaron levemente los ojos y la boca. Y no respondió.

Antipas volvióse muy pasmado a los suyos. Les confesaba que nunca sospechó tanto apocamiento en esos hombres que se apoderan de las multitudes. Y le buscó el contorno de las rodillas.

Un cortesano dijo:

—¡Ved que viene de las aldeas y de las barcas de Tiberiades a la presencia del Príncipe!

Herodes asintió y lo fué diciendo a los otros para que lo oyese Herodías. Después dispuso que desatasen al reo. Y al mirarle halló los ojos de Jesús abiertos sobre él, esperando los suyos, que se le doblaron con la misma sensación que le doblaba siempre sus piernas. Los fué subiendo; y aún estaba cayéndole toda la mirada ancha, quieta, desbordándole. No le respondían, no le temían, no le suplicaban los ojos del

Rábbi; ojos sólo, ojos vibrando de voluntad.

Y esforzóse el Tetrarca para salirse de ellos; y adivinó en todas las frentes: «¡No has podido! ¡Es el que te llamó raposa! ¡También hoy te desprecia!»

Y quien más se lo decía eran las ascuas del tapiz.



Quedóse encogido, y los jueces, que le acechaban, alzaron sus voces contra Jesús.

Surgía de la acusación el Rábbi como un hombre rebelde, denodado, forjador de una corona sacrílega!

Y la mirada de la mujer escondida le gritaba a Herodes: «¡Es más que tú! ¡Tú no tienes fuerza ni sobre su silencio!»

Se incorporó el Tetrarca. Vinieron hacia él los sanhedritas encendidos por el encono y el ansia, y braceaban y repetían las culpas.

La corte, la escolta, y *ella* ya no se fijaban en el reo. El mago retaba al príncipe con su desdén; ahora la emoción había de darla el príncipe.






Y el Tetrarca sintióse golpeado por todas sus venas; se precipitó, apartó al sacerdocio, fué hacia Jesús y profirió un chillido rajado por el esfuerzo, un chillido sin palabra, sin soberanía, sin rencor. Y quedóse resollando cansadamente, hincado en las losas, como aperciéndose a resistir un ímpetu.

Jesús ladeóse contemplando el camino de sol que ya se abría encima de sus hombros, el sol grande, gozoso y bueno que secaba las redes de Bethsaída.

Herodes no podía avanzar, ni osaba volverse. Se miraba a sí mismo hundido en un cepo de torpeza. Crujió el paño de las columnas. ¡Le vencía Rábbi Jeschoua! Y... comenzó a reír. Señalaba con su mano gorda y cerrada la boca de Jesús. Jesús apartó su faz; y él reía siguiéndole con el puño tendido; y llamaba a sus cortesanos para la burla que le librase de su soledad con el Rábbi.

Fueron sus amigos; y tuvo que sonar su carcajada de sumisión y de halago.

Salió un bramido de la multitud exigiendo la sentencia.



Y el Tetrarca aullaba de risa ahogándose, salivando; y ya entre sus gentes, volvió al trono.

No estaba la mirada de Herodías.

Recios y altivos esperaban los legionarios.

Clamaron los sacerdotes.

Y Antipas les increpó:

—¡Qué buscáis, si me habéis traído un ruín que hasta se cree hijo de Dios y rey de todos!


Interrumpióse hablando con sus gentes; y redobló el bullicio.

Salió de la cámara su copero; y a poco tornó arrastrando un lienzo gordo de lona.

El Tetrarca lo presentó gritando:

—¡Es la vestidura del rey! ¡Con ella se lo devuelvo a Poncio!

Y sus oficiales enfundaron a Jesús dentro de la hopa blanca que remedaba el manto regio de los persas, atavío también de sus dioses; la veste que ciñen sobre el hierro los varones de clara progenie romana al entrar en combate; la túnica ceremonial de los augustanos,



la ropa «cándida» de presentación que traen los que aspiran a la preeminencia de las questuras, y de ella reciben el nombre de «candidatos...»

El centurión reforzó los cordeles de las muñecas del Rábbi, y tradujo el escarnio en fórmula de Justicia diciendo friamente:

¡Forum apprehensionis!


Y se llevó al reo.

Herodes tendía sus brazos y después se apretaba los ijares, y riéndose, balanceando el cráneo, desapareció entre las colgaduras de las pilastras.

Fuera, rugió un viejo desdentado:

—¡Hijo de perros!

Estaban solitarias las salas que antes atravesó Herodías toda desnuda. Sobre las alcatifas quedaron olvidados los cendales, los justillos y partidores, las ajorcas, los alabastros de perfumes. Recogió el Tetrarca el espejo de ella, un disco de plata con mango de ébano y frutillas de marfiles, y vió allí su risa convulsa de enfermo, una risa sólo de piel crasa, sudada, amarillenta,



fría. Y arrojó el espejo; y su risa iba saliéndole en los medallones de calcedonias, en los rombos de ámbar, en las pulidas maderas, en el bronce de los braseros, en el mármol de las estatuas, en el agua de los estanques. Se apretó la faz, y sus manos palparon la mueca de la risa. Todo estaba lleno de su risa, y le dolían las entrañas de humillación, de obscuridad, de desamparo, de congoja.

Y cautelosamente se iba acercando a las terrazas.

Su corte, sus guardias, sus siervos, y *ella* vestida de púrpura, miraban al Rábbi...


Y él se sentó en una losa, como un mendigo...



PILATO



51



... SIENDO
PONCIO PILATO
PROCURADOR DE LA JUDEA ...

EVANGELIO. — SAN LUCAS; III, 1.º



N el año xii de la exaltación imperial de Tiberio, siendo Ælius Lammia legado de Siria, le fué encomendada a Lucio Poncio Pilato la procuratura de Judea.

... Poncio era amplio, vigoroso y súbito; su cabeza, redonda, de cabellos grises, apretados y cortos; la frente, baja, de recia sien; los ojos, metálicos, inquietos y menudos, que aun se reducían más cuando miraban con ahínco; los labios, rasurados y carnales; la nariz, gruesa; salediza la barba; la mejilla, depilada y robusta; y las manos, muelles, enjoyadas con pulseras de oro pálido, y el ancho anillo de çaballero como una gota de luna.

La violencia de su porte y de su voz, caían en cansancios y hastíos; y dentro de esta quietud, quedaba su ímpetu hecho plástica, vibrando en el pliegue

de sus cejas, en el enojo de su boca, en la línea rotunda, estallante, de su mandíbula, como los broncees de Myron contienen el esfuerzo y el brío de la palestra.

Era terco en la idea, y se le deshacía la voluntad. Atormentó a un esclavo que le quebrara una copa thericlea, y después le manumitió dándole bienes más grandes que la joya partida. Tenía por oficio de parásito el de poetas y filósofos, y se entregaba con avidez al conceptismo del epigrama y de la epístola. Dolíase de que las Escuelas de Grecia se hubiesen apoderado de los gustos y del espíritu de Roma; y dejaba el regalo del Triclinio, y el placer y el coloquio de la esposa por escuchar a su lector el abejeo de los parrales de Anacreonte o la sabiduría desleída del panal platónico.

Claudia le reprochaba sus olvidos con la caricia de su mirada.

Y Poncio se defendía evocando:

—¡No hay sienes tan sabias y eternas de mocedad como las del buen

viejo de Teos; la uva que cerró su garganta mana siempre el vino de la leticia!... ¡A Platón, cómo no amarle! Fué dilectísimo de Cayo Poncio Herenio de mi estirpe, y juntos conversaron

*«Al amor de las calladas frondas
de Academo».*

Le agradaba hacer donaire de los fracasos divinos en la tierra, proclamando de más subido valor la vida de las criaturas que la de los dioses; y, luego, a hurto de todos, postrábase bajo la edícula del Padre Jove, arrepentido de sus audacias. Pero, sobre el poder del Pantheon Romano estaba para Poncio la oculta fuerza de la Adivinación y de la Magia. Recogía y estudiaba todos los documentos de Crisipo, de Posidonio, de Panecio; y su adivino asalariado, de faz sumida, amarga y astuta, llagado de tormentos y expiaciones, y resplandeciente de ropas chapadas de pedrería, vigilaba los signos y barruntos de presagio, previniéndole si la corneja graznó hacia

la siniestra y el cuervo hacia la diestra, si el buey tomó huelgo levantando las calientes narices a las nubes de tempestad... Porque en aquel tiempo, la palabra afilada de los magos de otras tierras, se hundía en las entrañas de Roma. Se les odiaba, se ensayaba en sus cuerpos magros, ascéticos por rigores de su ciencia, todo ingenio de crueldad y se codiciaban sus oráculos y prodigios; y hasta el César, hediondo de lujuria como un macho cabrío, revolcándose en los placeres de Capri, que relata Suetonio, palidecía de angustia bajo la mirada cobarde de su agorero...

... Llegó Poncio al país de Israel aficionado de las alabanzas de aquellas naturales hermosuras y despreciando a sus gentes por noticias de Marco Tulio: «¡Raza abyecta, nacida para la servidumbre.»... Sus vergeles, sus frutas, sus bálsamos, dignos de Roma!

Desde su Pretorio de Cesárea del Mar, envió una cohorte de escogidos que llevase a Jerusalén las enseñas

gentiles, execradas por los hijos de Jacob.

Entraron los pretorianos en la Ciudad ya muy honda la noche. La techumbre y el pináculo del Templo, recibieron sombras de maldición. Los perros y los leprosos que hozan y rebuscan en los vertederos, en las cavas y puertas del muro, huyeron por los barrancos de Betfage. Todo el monte de Bethania pareció desgarrarse de ladridos. Y un endemoniado, que se guarecía en un sepulcro del Cedrón, vió una estrella de sangre atravesar el cielo y un ave hinchada, de alas inmundas, membranosas, que brincaba por el torrente siguiendo el surco rojo del astro...

Vino el día y entre el humo de las primeras inmolaciones y oblatas, subió un grito pavoroso de los levitas victimarios y de los que abrasan el perfume de Jehová.

En las cornisas de la Ciudadela, mostrándose a todo el recinto del Templo, brillaban los manípulos con sus guirnaldas y la abierta mano de oro,

el *águila* y los escudos con la imagen de Tiberio.

Tronó Jerusalén convulsa de sollozos:
«*¡ Por qué se multiplican los que me atribulan!*

»*¡ Vinieron los impíos a tu heredad, oh Señor!; contaminaron tu Casa; y devoran a tu pueblo como manjar de pan!*

»*¡ Derrama tu ira sobre los que no te conocen! ¡ Líbranos por la gloria de tu nombre, no sea que murmuren entre sí diciéndose: ¿ En dónde está el dios de ellos?*

»*¡ Pueblo tuyo somos, pueblo tuyo, y ovejas de tu majada!*»

Y la multitud redonda por los collados; cubre los caminos de Cesárea. Se le juntan los labriegos, los pastores, los aldeanos. Y se humilla a los pies de Poncio pidiéndole que se arranquen de las piedras del Señor las efigies vedadas.

El romano les oye cansadamente, removiéndose en su *bema* o púlpito de ciprés y sardios.

Tornábase al mar mirando el rumbo dichoso, y el baño de luz de las gaviotas; volvíase a los senderos que temblaban entre el vapor azul de la labranza. Se impacientó. Levantó su cráneo, sudoroso y duro como un bronce mojado; cruzóse la toga, y adelantándose encima de la muchedumbre, rápido, sin mirarla, dejó caer su palabra negando la súplica.

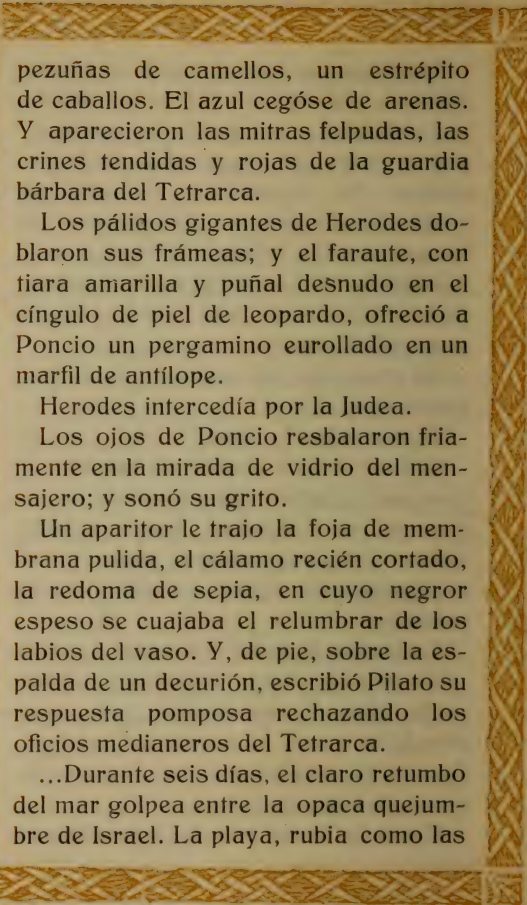
Un trujamán fué esparciéndola con gritos nasales.

Rugieron las bocinas.

El Procurador dejaba su estrado. Y comenzó a subir la escalinata de su residencia de mármoles, fresca y luminosa como una concha, entre macizos tiernos de cidros, de plátanos, de palmas.

Ya pisaba el último peldaño; y revolvióse brusco, rígido; descansó su codo en un pilar, y esperó. Su anillo, resplandecía como la pupila de un tigre. La vela de púrpura que entoldaba la terraza, le bañó de sangre.

Venía un trotar bronco, ferronoso de



pezuñas de camellos, un estrépito de caballos. El azul cegóse de arenas. Y aparecieron las mitras felpudas, las crines tendidas y rojas de la guardia bárbara del Tetrarca.

Los pálidos gigantes de Herodes doblaron sus frámeas; y el faraute, con tiara amarilla y puñal desnudo en el cingulo de piel de leopardo, ofreció a Poncio un pergamino eurollado en un marfil de antílope.

Herodes intercedía por la Judea.

Los ojos de Poncio resbalaron friamente en la mirada de vidrio del mensajero; y sonó su grito.

Un aparitor le trajo la foja de membrana pulida, el cálamo recién cortado, la redoma de sepia, en cuyo negror espeso se cuajaba el relumbrar de los labios del vaso. Y, de pie, sobre la espalda de un decurión, escribió Pilato su respuesta pomposa rechazando los oficios medianeros del Tetrarca.

...Durante seis días, el claro retumbo del mar golpea entre la opaca quejumbre de Israel. La playa, rubia como las

eras en colmo, los peristilos y arrayanes, las estatuas de los pórticos, hieden a miseria, a humanidad remansada. Pastas hirvientes de moscas torpes, blandas, húmedas, propagan la inmundicia. Sobre el cielo magnífico, latino, se revuelve fermentando la costra parda y agria de túnicas y carnes hebreas.

Y Poncio se arrebatata; surge encima de un friso de desnudos; su brazo hiende el azul; y el huracán de la legión siriana se precipita, chafa y desgarrá la multitud que solloza por el oprobio de sus piedras venerables y tiende impávida su cuello a la cuchilla. El primer Centurión avanza hundiéndose y amaratándose en el lagar humano: saltan dedos, pechos y frentes al tajo de su espada goteante; tiemblan en su casco girones de sudarios, de sayales, de cíngulos, de cabelleras con piel que aun sangra...

Poncio empuja a Claudia, blanca de congoja, y le grita:

—¡Mira mi centurión! ¡Parece aquel valeroso Domicio que peleaba atándose

una antorcha a sus sienes, y la brega le esparcía y doblaba el fuego como si ardiese su cráneo!

La elegancia del atrio, la graciosa perversidad de los mármoles, el júbilo de los jardines, bañados en una lumbré de miel que les deja suavidad de pulpa de sol, reciben los espectros de los moribundos.

Las tazas de las fuentes se van acortezando de sangres; los cisnes se arremolinan abriendo ruidosos el armiño de sus plumas; de los bojes y lauredos sale el vozner de infortunio de los pavos reales; se remontan espantadas las palomas; y el carnero blanco, fino, velludo, de cuerna de oro, la bestia cuidada por las manos de Claudia, con quien retoza derribándose sobre las anémonas y asfodelas, brinca ahora enloquecida, imprimiendo sus pezuñas rojas de matanza en la blancura de las graderías, en el esplendor de los tisús, en el regazo de las esclavas...

Y Poncio odió a Israel hasta por la náusea del suplicio. Sentíase murado

de padecimientos. Se hastiaba, y salió; tendió su insignia, y la soldadesca se contuvo.

Poncio permitía que se quitaran las imágenes de la abominación.

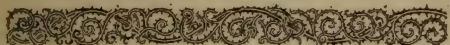
Israel alzó sus manos crispadas y sus preces eucarísticas.

«En mis tribulaciones invoqué al Señor.

Y ha escuchado la plegaria desde su Templo.

¡Vuélvete, alma mía, a tu reposo, porque te ha hecho bien el Señor!»

Y apartóse goteando de sangre los senderos. Sobre las espaldas de los fuertes, se iban pudriendo los hermanos heridos. El aire crepitaba de salmos...



... Poncio sube a Jerusalén.

Ha de seguir el avisado gobierno de sus antecesores: Coponius, Marcus Ambivius, Anniús Rufus, Valerius Gratus, que acudían a todas las grandes

fiestas. Entonces, Jerusalén recrece de mercaderes, de pastores trashumantes, que dejan sus ganados en los rediles comunes de las afueras, de artesanos y labriegos, de marineros de los puertos de Ascalón, de Joppe, de Cesárea, de Ptolemaida, de Sidón y Tiro; de Rábbis que juntan y traen sus escuelas... Jerusalén es pueblo tumultuario; urde el engaño y la resistencia enroscándose a los hinojos de Roma...

Pasado Rhama, por la enlosada ruta de Samaria, la escolta de Pilato ciñe su litera.

Y Claudia murmura entristecida:

—¡Cómo nos aborrecen!

El esposo la rodea con sus brazos; y sus dedos toman un perfume tibio de ámbar, de intimidad primorosa, palpitante.

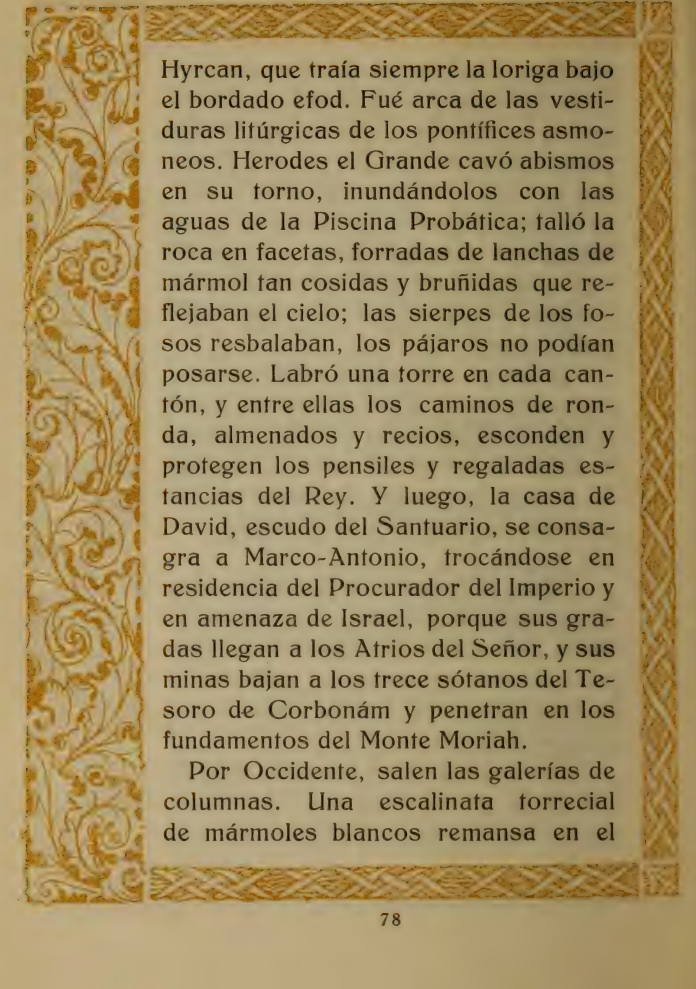
—¡Amiga mía: Israel nos acecha. Es la fiera del desierto que no sabe obedecer ni mandar... Varus, el que crucificó en Jerusalén dos mil hebreos. ¡Un Líbano de cruces con un vendabal de alaridos! Varus, domeñó bravamente la Germa-

nia. Mas, confiése en el terror que inspiran las «águilas» de Roma; y los rebeldes le espiaban. Fué su acometida súbita; un brinco de hienas. Le cosieron la boca con pelos de caballo después de arrancarle la lengua, y un bárbaro la exprimía entre sus garfas rugiendo: *¡Ya no silba la víbora!* ¡Oh, Claudia, yo quiero que mi lengua silbe, mate y goce!

Y sumerge sus labios en los pechos redondos de la mujer, mientras pasan la bóveda de la Puerta de Jaffa, exaltada de color de frutas, de telas y cenachos de peces, resonante de esclavos, de guardas, de pregones de la alcana.

...
... Está el Pretorio de Jerusalén en la *Torre Antonia*, encima del peñascal de Baris, que aparta al Templo de un altozano donde creciendo los edificios se le llamó Bezetha, que se traduce por «ciudad reciente.»

Tuvo esta fortaleza principio del Rey David; la glorificaron los Macabeos; hincó y subió más su fábrica el valeroso



Hyrcañ, que traía siempre la loriga bajo el bordado efod. Fué arca de las vestiduras litúrgicas de los pontífices asmoneos. Herodes el Grande cavó abismos en su torno, inundándolos con las aguas de la Piscina Probática; talló la roca en facetas, forradas de lanchas de mármol tan cosidas y bruñidas que reflejaban el cielo; las sierpes de los fosos resbalaban, los pájaros no podían posarse. Labró una torre en cada cantón, y entre ellas los caminos de ronda, almenados y recios, esconden y protegen los pensiles y regaladas estancias del Rey. Y luego, la casa de David, escudo del Santuario, se consagra a Marco-Antonio, trocándose en residencia del Procurador del Imperio y en amenaza de Israel, porque sus gradas llegan a los Atrios del Señor, y sus minas bajan a los trece sótanos del Tesoro de Corbonám y penetran en los fundamentos del Monte Moriah.

Por Occidente, salen las galerías de columnas. Una escalinata torrecial de mármoles blancos remansa en el

patio del Pretorio. Al abrigo de los claustros, morenos y desnudos, están los hornos, los trojes, las mosteleras y cavas; el ergástulo, los tormentos, la armería, los pesebres y la *castra pretoriana*.

Por las escamas y jaqueles del encendido mosaico corre el júbilo del sol que centellea en la cátedra de la Justicia, un óvalo de abeto, liso como un jaspe, con la «sella» y las gradillas de bronce y las cuatro argollas de los varaes.

Y la honda entrada se resuelve en tres arcos, grande, de cintra cabal el del centro, y breves y graciosos los mellizos de sus costados.


Fuera, sigue el *Lithostrotos* o *Gab-batha*, planicie empedrada de guijas rojas y azules, como los pisos de los Pórticos del Templo. A la izquierda, el puente de Tyropeon; y en medio, la rampa de lomo de basalto, que desciende a los barrios y obradores de Acra.

... Poncio ha recorrido toda la forta-

leza *Antonia*: desde los ocultos caminos que pasan al Santuario y salen de las murallas, hasta las bocas de los aljibes, que se abren en las últimas cúpulas esperando las lluvias del mes de Marcheschvan, las que hinchan los racimos y calan el tempero para la siembra, y las lluvias del mes de Nisán, las que granan las mieses y cuajan la rosa de los frutales.

Recostado en una almena, Poncio va esparciendo su mirada. Le sube un vaho caliente de cárcabas y barrancas desoladoras. Le abrasa los párpados la lumbre cruda de la cal. La ciudad se le ofrece apretada, grietosa, desollándose de reseca, árida, blanca, de un blancor que, ayudado de los relentes, pudre los ojos del judío. Jerusalén tiene sed.

Y a trescientos estadios, en la cuesta del valle de Etham, los estanques de Salomón, oprimen la frescura de sus aguas ociosas. Más alto, nace el hon-tanar, dulce y limpio; mana de una roca de pliegues de túnica, y lo guarda una piedra que tiene el sello del hijo de Da-



vid. Es la «fuente sellada» del Cántico de los Cánticos, que regaba el vergel «plantado de viñas y de toda especie de árboles», el «hortus conclusus», ceñido de pulida almacería. La hija del Faraón, desfallece de amores, esperando al rey, que venía en su carro egipcio, leve y gracioso, con sus gloriosas vestiduras doradas por el primer sol, tendidas al vuelo de sus corceles, seguido de sus jinetes, veloces y magníficos.

... Ahora llamean los montes metálicos de Juda, raídos, descarnados.

Y Poncio se promete una nueva Jerusalén, recogida y dulce como otro «huerto cerrado»; con deleitoso ruido de riegos y de frondas, con viales de mirtos y cipreses para el ingenio y el amor. Florecerán las peñas de David como Roma con los jardines que plantó Julio César!

Y trae arquitectos y aguaños fenicios, y él les guía por oteros y ramblas; su jabalina va trazando la ruta de los acueductos, el asiento de los embalses. Y para las expensas, toma el oro del Ga-

zofilacio que duerme en los subterráneos sacrosantos, como el agua baldía de las albercas salomónicas. Pero es oro del Señor Dios de Israel. Los sacerdotes lo exigen. La multitud invade el Pretorio, se agarra a las pilastras, hunde sus uñas en el mosaico, y resuena su gemido.

Aparece Poncio; y hollando carne y vestiduras sube a su púlpito, y dice sus propósitos: la ciudad insigne por santidad, será también ensalzada por hermosa.

Israel no le atiende. Plañe, ruje, solloza, se revuelca y reza.

Vibra la voz del romano. Acuden los centuriones.

Truenan las trompas de la legión. De improviso, se oculta la guardia. Dentro, cubren sus armaduras con ropas largas orientales, y salen por los escondidos pasadizos, rodean la ciudad, y van viniendo como gentes placeras que participaran del tumulto.

Se alza el puño de Poncio; y la disfrazada soldadesca arremete y hiende las

espaldas judías con báculos, con almocafres, con fustes de picas, con los pomos de sus puñales. El atrio cría un fungo de sangre, da un hedor de entrañas abiertas y pisadas.

Pero, Israel inmóvil gime pidiendo el tesoro de Dios.

Cae la noche; y Poncio pálido de repugnancia y odio, se recoge en su cámara.



Bajo, se arrastran los salmos y alaridas del pueblo. Sobre los cadáveres aplastados avanzan y se renuevan los judíos, vestidos de penitencia, que lloran el despojo sacrílego sin mirar el brazo que les aguarda para herirles. Es la obstinación del semita que agota la rabia del amo.

Y Poncio, renuncia con menosprecio a sus quimeras.

Entre el Procurador y las gentes judías ya sólo queda un mando de furor implacable y una humillación rencorosa. La litera del extranjero va dejando un rastro de silencio miedoso, de sonrisas, frías, de miradas oblicuas.

Se ha difundido en Jerusalén una historia ruín.

Llegó como un vendabal de arenas del desierto que penetra en todos los hogares. ...«Poncio es liberto de un soldado de Iberia... Sirvió a Roma con deslealtad para los suyos; medró con delaciones. Claudia trajo a sus bodas la dote del favor de Tiberio que premia las complacencias del esposo con destinos rapaces en las provincias. La Procuratura de la Judea, antaño reducida a la cobranza de los tributos, a la guarda del Fisco en Oriente y a un corto mando militar, logra con Poncio Pilato la magnífica preeminencia, la *jurisdictio et imperium merum* de los lugartenientes del Emperador en la Mauritania, en la Tracia, en la Nórica. Por Claudia se olvida la *Ley Oppia* que vedaba a los Procónsules y Legados llevar sus mujeres a las comarcas de su regimiento... No tiene medidas el poder de Claudia. Tampoco ella las tuvo para sus gracias y travesuras como pececillo del acuarium de César.



Porque fué del cortejo de *delicias*, niños-peces que se bañaban con el Emperador, deslizándose entre sus muslos, mordiendo sus pechos, blandos y afeitados como los de una cortesana, mientras seis vírgenes presentaban el cuadro lúbrico de Parrhasio.»

Los escuchas de Poncio le refieren la difamación, y por las noches, en el ergástulo, los líctores amputan con su segur la lengua de los malsines cazados.

... Entre todos los patricios israelitas, sólo un varón de los *Zequenim* fué agradable a los ojos del romano. Era suyo el lugar de Arimathea y a su hacienda pertenecía la solana del Ebal, de ferrón pingüe, caliente, reventado por la raíz de zarpa de los algarrobos, y las josas y mieses de Bethel, «casa de Dios», cuyas montañas descienden en peldaños muy fértiles, donde vió Jacob la escala de los Angeles.

Josef de Arimathea, el justo sanhedrita, vivía retraído en su huerto del camino de Damasco. Apuraba su ánima

en la austeridad y en la meditación. Como Attalo y Séneca, pudo Josef decir que no se hundía en la enjutez de su lecho. Era su vida como la lámpara de un sosegado recinto, que no mueve su luz ningún oreo.

Poncio y Claudia paraban, algunas tardes, su litera para mirar el jardín.

Josef leía entre sus naranjos y rosales. A veces, dejaba el estudio de la *Thorath* o de los papyrus de Alejandría por remediar de su violencia una rama doblada, por saber de la fábrica de su sepulcro, que iban cavando sus fellaths en una peña roja como un pecho en carne viva.

Y una tarde se hallaron Poncio y Josef. Y el Procurador, descuidándose de lo que nunca olvidaba un jerarca romano, abandonó su silla para conversar con el judío.

Josef le respondió en la irisada lengua del Lacio. No recogió farisaicamente los ojos, sino que le miró a la faz, celebrando lo ajeno con bondadosa polidez.

Exaltóse Pilato por la alegría del amigo hallado en tierra de asechanzas.



El israelita se le insinuaba, ciñéndole con las sutilidades de su ingenio y de su porte. Y Poncio creía que su claridad y eminencia de ciudadano de Roma entraban victoriosamente, como águilas de César, en el ánimo recóndito y hermético de Israel.

Volvióse a la mole insigne del Pretorio. Una nube rubia, velluda, como una piel de león, magnificada por el ocaso, pasaba sobre las almenas.

Sonrió. Todo le parecía sometido al sentimiento de su voluntad apasionada. Y quiso que Josef le acompañase en sus ocios y comidas de solitario.

Tornó el hebreo a elogiar el atruendo genfil, sin admitirlo porque se lo vedaba el rigor de su Ley.

—¡Tu Ley!—Y el rugido de Poncio se estampó en la tarde, y sus puños estrujaron la túnica del anciano. La memoria de las calumnias enconó su sangre; y balbuciente de dolor y cólera fué repi-



tiéndolas, volcándolas, dentellándolas al decirlas.

Se descogieron los doseles de grana de la litera, y apareció Claudia pálida de inquietud.

Josef escuchaba compadecido, porque dentro del grito de Poncio se oía la queja íntima y cerrada del desamparo que sobrecoge algunas veces a los poderosos, el miedo de niño a la soledad, soledad de extranjero.

Y le dijo con serena palabra:

—«¡Pie de soberbia no pise mi corazón y mano de pecador no me conturbe!» ¡No pasan, oh, Poncio, mis umbrales las voces de infamia! Yo, de ti, sé que vienes de la familia de los Telesinos; que un Poncio rompió el asedio de Roma atravesando el Tíber en la corteza de un árbol; que te llaman *Pilato* por la insignia del *pillum* ganada en muchas guerras; que tu mujer participa de la estirpe sabina de los Claudios, los que tienen sepultura en el Capitolio desde los tiempos de Atta. Y yo y todos los de la Casa de Justicia

sabemos que eres *aques illustrior*, que presupone el dictado de «Amigo del César.» ¡Ahora, que mi respuesta suave y justa quebrante tu ira, según se promete en los Proverbios!

Hablaba como si recitase la ejecutoria de un ausente, pronunciando con frialdad, sin añadir entono ni gesto ni hazañería de lisonja.

Claudia, apoyada en el esposo, miraba al anciano y le sonreía.

Y Poncio, puso sus brazos en los hombros huesudos y frágiles del hebreo, y con sonrisa propicia le dijo:

—¡Por qué permitieron los dioses que nacieses judío!

El varón de Arimathea, recogió sus manos en el seno como si orase, hizo una exquisita medida, y con apacible aticismo le repuso:

—¡Deja, señor, que a mí, en cambio, me pese tu origen pagano!

Y apartóse rápido y sutil.

Semejaba resbalar como una aparición. Tornóse para verles; y, de súbito

se perdió en las frondosas albarradas de su huerto.

... Pasado el bullicio de la fiesta, que entonces fué la de los Tabernáculos, volvió Poncio a la paz de Cesárea.

Y en este invierno del año cuarto de su poder, le llegaron cartas privadas del César advirtiéndole de las querellas que recibía de Israel «contra el mando violento y confuso del Procurador.»

César no le *nombraba*; no le mostraba enojo ni desabrimiento.

Recordábale con su melosidad viscosa las virtudes y habilidades de la política romana « que semeja apoyarse, y pisa; que oprime, y no deshace; que transfunde su sustancia, y se incorpora la agena. » «Nunca agarréis al lobo por las orejas; seríais su cautivo. ¿Cómo soltarle sin que os devorara?» Sus palabras: «Esquila sin desollar a la res,» no sólo se encaminaron a moderar codicias, sino que alcanzaban a toda empresa de gobierno.

Retorcióse Pilato de temor y de odio.

Tiberio no le tocaba en sus avisos; parecía aconsejar con anchura doctrinaria. Pero, nunca sus escritos exigieron ni castigaron con exactos contornos; y al leerlos, siempre se sentía la mordedura de una escondida ponzoña, y la proyección de una obscuridad de desgracia...

Poncio tuvo, desde entonces, el tormento de la incertidumbre. Lo que antes era para él una renovación de designios, volvióse en conciencia recelosa de todos sus pensamientos. Se acechaba a sí mismo; y el acecho le abría más la duda de su voluntad.

Pensó con sobresalto en el retorno a Jerusalén.

Venía la Pascua, que, por las evocaciones de la salida del cautiverio, avivaba los rescoldos de sediciones.

Y Poncio imaginóse entre las multitudes aborrecidas y tuvo miedo de sus impulsos de amo.

Se lo confesó a Claudia; ella le propuso rodearse de amigos y testimonios de Roma, que le mitigarían su



hosquedad renovándoles el dulce ambiente de Italia.

Y ya sólo se cuidaron de redactar mensajes, de prevenir festines y regocijos para sus huéspedes.

Y en vísperas de la partida a Jerusalén, una nave, enviada hasta Cnido, puerto de la Caria, trajo los convidados del Procurador.

Eran cinco caballeros romanos:

Q. Cayus Stertinus, atezado, duro, corpulento; el cráneo hendido a la redonda por el surco indeleble del yelmo de guerra. Vestía la trábea militar; el amictus doblado encima del hombro siniestro para esconder su mano lisiada; y el arrojito, la reciedumbre y prisa en todo lance de su diestra, ocultaban su manquedad mejor que la vestidura. Asistió con su hermano L. Stertinus a las gloriosas jornadas de Germánicus; y él descubrió, en los saladares fangosos del Norte, el *aquila* enmohecida, abandonada por la legión Decimonona. Tuvo que ayudarse de su boca para recoger la enseña: le colgaba una mano



rasgada por un hacha de pedernal. Contempló en las selvas de Teutberg los cadáveres, todavía insepultos, de las escuadras de Roma, que cegaban como escombros de cal. Vió armaduras oxidadas, huecas, enteras, caídas, como pieles viejas de serpientes, al derretirse podridos los legionarios; esqueletos en actitudes de vida de los que murieron de hambre y se descarnaron en los breñales; masas de carroñas, de huesos astillados: dedos retorcidos con rosarios de vértebras, quijadas dentellando fosas de nariz, de los que se desgarraron bestialmente; cabezas roídas por los buitres, clavadas con dardos y tizones en sus mismos vientres y en los troncos de los abetos; ruínas de altares, donde fueron degollados los centuriones y tribunos de Quintilius Varus... Las tierras foscas y malditas de Germania estaban siempre en los ojos gruesos, calientes, que daban como un vaho de ferocidad, de este gigante mutilado.

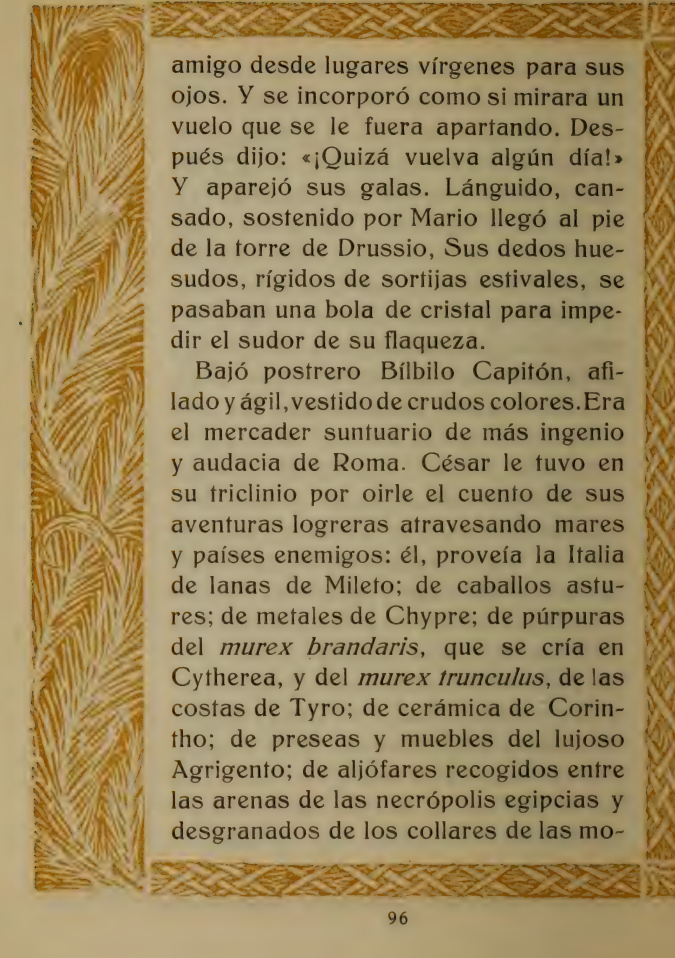
Junto al guerrero desembarcó Fosidio,

senador y camarada de T. Cesonio Prisco, entonces Intendente de los Placeres de Roma, cuestura que creó Tiberio. Era devoto de poetas, muñidor de sus certámenes; viejo y menudo, adobado como una matrona; su paso y acción, medidos por una severa disciplina eurítmica de retórico; su pecho, emblandecido con mielecillas aromáticas; su voz, modulada según el tono de su flautista; su túnica, desceñida, como la trajo siempre Julio César.

Vinieron también los hermanos Antístico: Mario y Celio: aquél, regocijado y hermoso, bulla de los Pórticos de Livia y de Pompeyo, palomares de Venus «más fértiles en amor que en uvas Metimna y en trigo los pingües campos de Gárgaro.»

Y Celio, curioso de todo origen y experiencia de sensibilidad. El tacto de un suave tejido, el goce de un perfume nuevo, de un sabor aun no catado, producíanle un placer que le demacraba rápidamente. Supo la invitación de Poncio en el segundo día de haberse

abandonado a morir de hambre. Ocurriósele el suicidio sin apetecerlo. No fué suya la voluntad de la muerte. Sintió que se le posaba como un avecita ligera que descansa en una rama sin doblarla. Esforzóse Mario en deshacer sus intentos. Le trajo hetáiras que le prometieron agotarle con dulzuras aprendidas en cultos y lechos remotos. Le lloraban las siervas nacidas en la casa, las fidelísimas *vernas*, que le atraían el sueño acariciándole los pies y los ijares con la titilación de sus pestañas. No le faltó el grito ni la zumba de *Tricongio*, prodigio de la mocedad, que, en presencia de Tiberio, vació sin pararse tres congios de Moscatel de Samos. Familiares y amantes, clientes y bardajas exaltaron todos los apetitos viciosos sin curar su desgana de vivir. Un filósofo pudo distraerle toda una vigilia proponiendo el tema de la emoción misteriosa que abriese el «primer cadáver» entre los primeros hombres. Y la carta de Poncio le oseó de pronto su designio de suicida... Le llamaba un



amigo desde lugares vírgenes para sus ojos. Y se incorporó como si mirara un vuelo que se le fuera apartando. Después dijo: «¡Quizá vuelva algún día!» Y aparejó sus galas. Lánguido, cansado, sostenido por Mario llegó al pie de la torre de Drussio, Sus dedos huesudos, rígidos de sortijas estivales, se pasaban una bola de cristal para impedir el sudor de su flaqueza.

Bajó postrero Bílbilo Capitón, afilado y ágil, vestido de crudos colores. Era el mercader suntuario de más ingenio y audacia de Roma. César le tuvo en su triclinio por oírle el cuento de sus aventuras logreras atravesando mares y países enemigos: él, proveía la Italia de lanas de Mileto; de caballos astures; de metales de Chypre; de púrpuras del *murex brandaris*, que se cría en Cytherea, y del *murex trunculus*, de las costas de Tyro; de cerámica de Corinto; de preseas y muebles del lujoso Agrigento; de aljófares recogidos entre las arenas de las necrópolis egipcias y desgranados de los collares de las mo-

mias; de marfil de Etiopía; y como agotara, una vez, los preciosos colmillos y fuesen escasos para su ansia, aserró, dentro de los bosques, toda la osamenta de quince elefantes...

... Grato y magnífico fué el tránsito de la gentil caravana.

Al salir de Cesárea, Fosidio, de pie sobre el trono de su camello, cantó la gloria de Herodes fundador de la ciudad de mármol, que aparecía inmaculada, de una carne lechosa de magnolias abiertas entre los azules del mar y del cielo de Siria. Surgían los tallos de las columnas, los fastigios de los obeliscos y monumentos, las estatuas y torres de los muelles, de asilo más amplio y seguro que los del Pireo, con rompientes como canteras recién cortadas, para reducir las olas que allí siempre las hinchan los huracanes de Africa. Asomó la rubia colina donde está el Templo consagrado a César, y su pórtico semejaba esculpido sobre el ópalo de una nube. Más en lo hondo se desplegaba graciosamente la cumbre del Car-

melo, «viña de Dios», monte de abundancia.

Juró el Senador, llorando de blancura retórica, que sentía en su sangre toda la magnífica sensualidad del viejo Herodes.

Mario Antisticio, embriagado de lumbré y de «indómito Falerno,» aguijó a su dromedario con la piña de su tirso y entróse en la playa hasta que la salada espuma le roció los cobertores y su boca.

Mirábale Celio sonriendo desde el fondo de su litera, llevada junto a la de Poncio y Claudia.

El valeroso Cayus Stertinius, prefirió el ímpetu de un potro de la legión a la dócil andadura de un rumiante.

Y, apartado, Bílbilo conversaba con unos mercaderes de Dora que iban a Joppe llevando en sus asnos velludos cargas de abalorios, terrazas cypriotas y telas teñidas, plumas de somormujos y avestruces.

Después, el camino se retraía de la playa que empezaba a quebrarse de pe-

ñascos ferreños, con ámbitos de hoz y un perpetuo rugir de mar atormentado.

Perdióse el paisaje ancho, tendido; de cactus y palmeras; paisaje penetrado de la fresca luminosidad de la marina; y sucedió una comarca densa y oscura; un tránsito a un invierno de Occidente. Cañares, tamarindos, sargas en fangal verde; y la laguna temerosa de Cesárea, morada del Leviathán de Job, del monstruo que tiene el cuerpo «de fundidos escudos, apiñado de escamas, burla de la piedra de ballesta y de honda y del filo de la lanza; de sus fauces, salen teas encendidas; su resuello, hace arder carbones; sus ojos, como párpados de la aurora.»

Juntóse toda la caravana.

Las siervas tendían tapices y cojines, y preparaban la refacción matinal: pasteles de setas y especias, cecina de jabalí umbriano, madreperlas y mariscos cogidos en el creciente de la luna, mirlos rellenos de pistachos, pavos-reales lardeados—para que Fosidio tributara su cántico al divino Hortensio, — uvas

ahumadas, y tarros de licor de almezas y de vinos como almíbares traídos en odres de nieve. En tanto, Poncio, Claudia y las forasteros, con la guardia privada del Procurador, subían por las márgenes briosas de cepas de enebros, hasta el tajo pantanoso, donde las aguas se despeñan blancas, gordas, tronando como los aludes de los puertos.

A la tierra alta, pelada, lugar de olvido, se agarraba un Templo. Las vigas de su pórtico se iban doblando hinchadas; costras de fungo roían los pilares; se descarnaba el hastial, y en la convulsa desarticulación de las piedras, en las adrajas centenarias, dormían los buhos, arropándose en sus plumas, con un gesto cerril y penoso de hombre, y al aparecer las gentes de Pilato destaparon sus órbitas de ciego, redondas, frías, gelatinosas.

La luz penetraba despedazadamente en la nave; y, a lo último, en la enorme ara de cuarzo, Belo, con dos alas tendidas y dos alas plegadas, dos ojos anchos, ávidos en la frente, dos ojos

vacíos en la nuca, y las manos devorándose los muslos, se iba cubriendo de llagas, se le abrían los costados, le caían piltrafas y cortezas de herrumbre como carne de leproso.

Avanzó el grupo romano, alzando el aleteo de los ecos.

Un grito de Claudia rasgó el aire como una hoja de oro.

Junto al dios, habían surgido dos fantasmas, que comenzaron a venir mudos y fatídicos. Tenían la cabeza, rapada a navaja; la piel del mismo color de sus túnicas apergaminadas y andrajosas. Iban descalzos, y se sentía el ruido de todo su esqueleto; miraban afiladamente, y en seguida, les bajaban los párpados azulosos como el telo de las aves dormidas.

Poncio dijo:

—Acaso son filósofos que habitan en las ruinas y susstituyen a la divinidad!

Los solitarios miraban humildes y sobrecogidos las rizadas alcúlas, los amictos o mantos rozagantes, las leves estolas, los peplos y pallas que hacían

un revuelo de perfumes, todo glorificado de sol, que no era el mismo sol que mostraba sus harapos y sus miembros corroídos como la leña mordida del gorgojo.

Los cortesanos se hundieron en las crujiás que rodeaban el edículo, derramando su aturrido goce por los escombros; contentos de sentirse fuertes y descuidados en lugares donde, en otro tiempo, el misterio de un dios hizo estremecer a los hombres.

Las primorosas sandalias, los borcegués de gamuza violeta, las recias cáligas militares, hollaron los lechos de heno de los filósofos, y salía un vaho de pesebre húmedo; brincaban sobre el mantillo duro de basuras y sirle, sobre osarios de palomos, de cabras, de bueyes; aplastaban odres rugosos, vasijas exhaustas de vinos y aceites, braseros calcinados de las pasadas ofrendas. El hogar olía a pavesas y humos envejecidos, a horno helado que coció pan.

Los del yermo les seguían atropellán-

dose, crujiéndoles las quijadas, y en sus cavados ojos fosforecía una centella de iracundia. Polvorientos, erizados y tristes, dejaban una frialdad pegajosa de sepulcro.

Claudia sintió en su piel de nardo la mirada puntiaguda de los míseros. Volvióse en busca de Poncio, y le llamaba con una voz de quejido. Salió todo el cortejo.

Poncio, se había recostado en la mota de la laguna, mirando el hondo, impaciente de reanudar la jornada. Cerca, su primer centurión, le guardaba como un mastín.

Tardaba Mario. Y el fastuoso mercado le avisó con el rugido de un caracol gigantesco que le colgaba de un sartal de calcedonias.

Apareció el mancebo sobresaltado y rápido. Todas las ruínas repitieron el alboroto de su carrera.

Y contó que aquellos dos hombres no eran dos filósofos sino dos sacerdotes de divinidades vivas, porque entre aquellas rotas paredes «donde la araña

colgaba su cendal y envejecía la hierba como en los templos de Júpiter y de Juno Sospita en los principios de Augusto,» y en aquellas aguas clamorosas habitaban Belo y el dragón, el cocodrilo sagrado, el saurio de Syria...

Fosidio le interrumpió conmovidamente:

—¡El *campsas* de Egipto, que menciona Herodoto!—y añadióles las palabras de Cicerón: —«*Piscem Syri venerantur!*»

Bílbilo gritó riendo:

—¡Pero, los sirios pasan ahora cantando himnos a Adonis, sacrifican en los altares cesáreos, y prosiguen su rumbo, y el aire del mar se endulza de fragancias de sus mercancías que se consumen en los placeres de Italia!

—Los sacerdotes—dijo Mario,—tienen hambre, huelen a hambre. Se alimentan de raíces, de lirones y culebras de las aguas.

Comentándolo bajaban a lo umbrío del soto. Y empezó el refrigerio. Las bayaderas componían danzas de drya-

das y pastoras en un suelo verde y cencido. Una esclava había de poner en los labios de Celio los manjares y la copa empañada de fresco zumo.

En la alitud, asomados a las rasgaduras del pórtico, les acechaban las peladas cabezas de los sacerdotes.

Claudia pidió que les subiesen socorro.

—¡Cúmplase el ruego de la piadosa dómina!—recitó Fosidio.

Stertinius propuso que se les enviara el alimento en la punta de dos flechas.

—¡Por la voracidad de Kronos, que se engullan a su dios!—dijo Pilato. Y llamó a un legionario.

Intercedió Prócula.

Y el más duro y el más exorable de los Procuradores, levantóse, y fué recogijadamente con los amigos donde pacían las acémilas, y alcanzó un manojo de ánsares, dos cabritos y tortas de flor de harina, y todo lo colgó de los hombros de los siervos.

También los patricios quisieron ir.

A la mitad de la cuesta Mario voceó:

—¡Ved que os traemos hostias sabrosas!

Los servidores de Belo se precipitaron para tomarlas; sus zancas horribidas y peludas, como las patas de los búfalos, estrujaban sus sayales.

Poncio les rechazó. Mudóse su generoso contento en una frialdad sarcástica.

— Nosotros — pronunció calmamente—quisiéramos ver cómo el monstruo divino devora nuestras ofrendas!

No le entendían los sacerdotes, y el afán por saber sus palabras les plegaba el rostro, como calaveras de hueso arrugado.

Un decurión lo tradujo al syriaco.

Y se le postraron aullando. Imploraban que les entregasen los dones. El cocodrilo se ocultaba del claror y de las gentes. Ellos le imprecarián para que subiese en medio de esa noche, y apenas apuntase la mañana, podrían venir y mirar las huellas sagradas en la ceniza de las baldosas...

Poncio volvióse a sus esclavos y dijo riendo:

—¡Adelantemos al dios la noche!

Y precipitó en el abismo las aves, los panes y las reses.

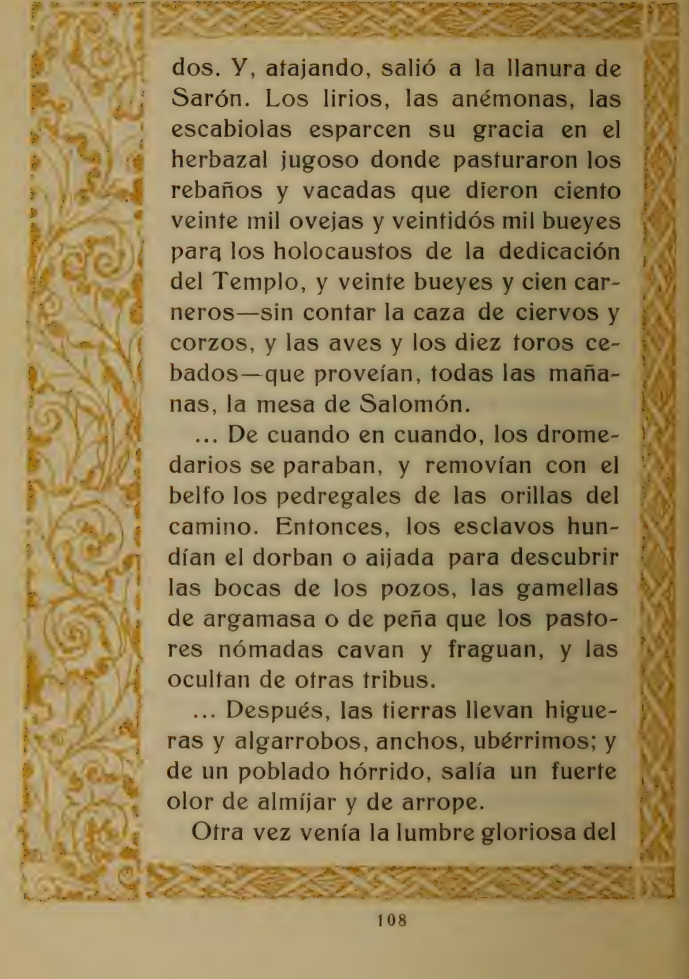
La faz de los hambrientos se rompió con una mueca horrible.

Todos se asomaron.

Las aguas rebramaban. Lejos, en un remanso, comenzaron a palpitar rajándose sus costras verdes. Se oía un profundo crujir. De súbito se descuajó un trozo de la laguna; estalló sangre, cieno y un hedor de moho y de carne manida. Fué asomando lerdamente una coraza viscosa, nauseabunda de cartílagos vidriados que soltaban pringues y cuajadas almizcleñas. Y cerróse el agua con un hervor de burbujas enrojecidas.

Los sacerdotes se hundieron llorando en sus escombros...

... La caravana desapareció alborozadamente bajo los bosques que van desde la ribera a la serranía de Efraim, comarca de los ferezeos y de los rafaimitas, simiente de hombres desafora-



dos. Y, atajando, salió a la llanura de Sarón. Los lirios, las anémonas, las escabiolas esparcen su gracia en el herbazal jugoso donde pasturaron los rebaños y vacadas que dieron ciento veinte mil ovejas y veintidós mil bueyes para los holocaustos de la dedicación del Templo, y veinte bueyes y cien carneros—sin contar la caza de ciervos y corzos, y las aves y los diez toros cebados—que proveían, todas las mañanas, la mesa de Salomón.

... De cuando en cuando, los dromedarios se paraban, y removían con el belfo los pedregales de las orillas del camino. Entonces, los esclavos hundían el dorban o aijada para descubrir las bocas de los pozos, las gamellas de argamasa o de peña que los pastores nómadas cavan y fraguan, y las ocultan de otras tribus.

... Después, las tierras llevan higueras y algarrobos, anchos, ubérrimos; y de un poblado horrible, salía un fuerte olor de almíjar y de arrope.

Otra vez venía la lumbré gloriosa del

mar hinchando y calando el verdor de las huertas de Joppe, que desbordan de naranjal maduro y florido, de granados con frutas de áscuas, de morales succosos, de parras, que suben sus racimos, como pechos de madre, al amor de las higueras. —

Las palmas abren sus manos en el azul y recogen el vuelo cansado de las palomas que van de camino, las palomas de pupilas de luz, la *columba Pa-
lestinae* del elogio de la Sulamita.

Campos de pan, de sésamo, de añil; alfónsigos que destilan su resina mantecosa. Corona de cristal son los montes de la lejanía. Y en la ribera surgen las murallas blancas y las cúpulas, como turbantes de lino, de Joppe, puerto de Israel que se llenó del olor generoso de las armadias de troncos del Líbano para los cábríos, artesones y alfarjes del Templo salomónico y de Zorobabel.

Lo saludaron los viajeros exaltados de perfume de azahares y madresevas, de claridad y júbilo de Creación. Todo semejaba tierno, de formas

vírgenes, de colores originales, calientes, de una cerámica purísima.

Poncio llamó a Fosidio, y señalando las rocas, que palpitaban como cachos de sol, le dijo:

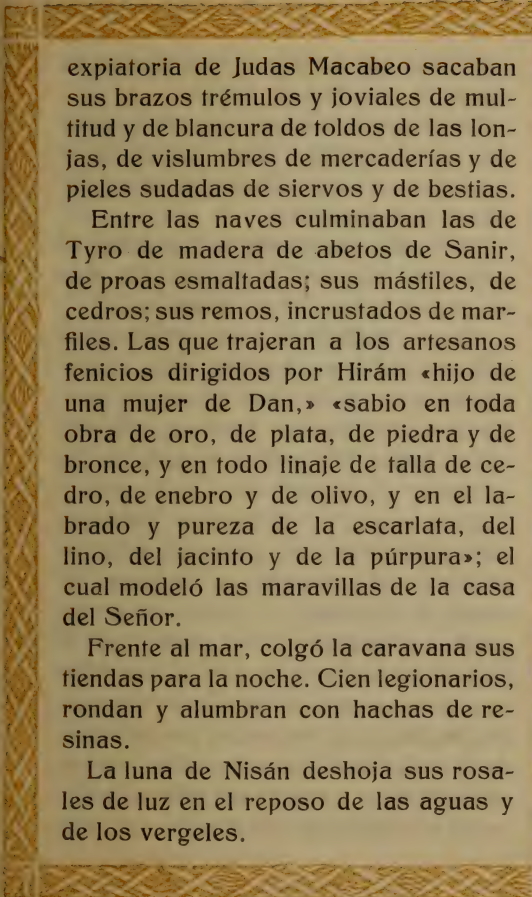
—Poeta: ¡allí estuvo desnuda y encadenada la dulce Andrómeda, hija del argonauta Cefeo y de Cassiope la que se creyó más hermosa que Juno; y ahora refulgen los esposos en la noche, junto a la Ursa menor!

Quedóse Fosidio contemplando la costa; y, luego, pidiendo tono a su músico, profirió con arrogante lástima:

... «¡Oh mujer, no merecedora de esos lazos de suplicio sino de sentir aquellos que Amor ciñe a sus rendidas criaturas! Dine tu nombre y tu patria, y qué hados pusieron tu belleza en ese trance.»

Y fué recitando estrofas del sublime amigo, que murió en la soledad del destierro y quiso siempre morir en las proezas del deleite.

Atravesaron la calzada de la ciudad.
Los muelles que calcinó la hoguera



expiatoria de Judas Macabeo sacaban sus brazos trémulos y joviales de multitud y de blancura de toldos de las lonjas, de vislumbres de mercaderías y de pieles sudadas de siervos y de bestias.

Entre las naves culminaban las de Tyro de madera de abetos de Sanir, de proas esmaltadas; sus mástiles, de cedros; sus remos, incrustados de marfiles. Las que trajeran a los artesanos fenicios dirigidos por Hirám «hijo de una mujer de Dan,» «sabio en toda obra de oro, de plata, de piedra y de bronce, y en todo linaje de talla de cedro, de enebro y de olivo, y en el labrado y pureza de la escarlata, del lino, del jacinto y de la púrpura»; el cual modeló las maravillas de la casa del Señor.

Frente al mar, colgó la caravana sus tiendas para la noche. Cien legionarios, rondan y alumbran con hachas de resinas.

La luna de Nisán deshoja sus rosales de luz en el reposo de las aguas y de los vergeles.

Y antes que despierte el día, alza su campo la comitiva de Poncio.

Tomó la ruta que se aleja por Lydda, camino de pórvido entre quebradas y terrazgos de siena, donde se crispa la viña y el sycomoro.

En todos los términos humeaba el polvo de rebaños y caminantes que acudían a la Pascua de Jerusalén.

Mario y Bíbilo todavía comentaban la feracidad de los huertos y las riquezas de Jaffa. Entonces, el primer centurión de la Cohorte Auxiliar, celebró, sobre todos los países y pueblos, la comarca y ciudad de Cafarnaum... ¡Cafarnaum en la llanura de Zabulón, tierras de Gennesar, que crían el olivo, el mirto, la palmera, la morera, el nogal, el milgrano, el índigo, el pistachero, el manzano, el naranjo y el cidro. Sus melones aromosos maduran más tempranamente que los de Damasco; sus higueras soportan las bóvedas de la vid cuyas uvas se hinchan y doran como dátiles. Cafarnaum junto al arroyo de las *aguas de la Consolación*, que

vienen del padre Nilo por recónditos cauces, prodigio de algún mago; y frente al mar de Genezareth, predilecto del Dios de los israelitas, porque sus rabinos afirman: «Esto dijo el Señor: Siete mares he creado en el país de Canaam, y yo escogí el de Genezareth para mi complacencia.» ¡Cafarnaum, entre quintas estivales de los ricos galileos; albergue y tránsito de las fastuosas caravanas de Arabia, de los perfumistas de Jericó, de los cortesanos de Tiberiades, de los mercaderes de las Indias y de la Tetrarquía de Filippo de Iturea y Páneas; porque allí se juntan las calzadas de Jerusalén, y la que deriva del Eufrates, y la que cruza el valle del Jordán por el puente de Jacob, y la que pasa por Damasco y sale al Mediterráneo y llega a Egipto. Cafarnaum y Tiberiades eran los jardines del pecado de todas las razas.

Mario y Bíbilo corrieron a repetirle a Celio las noticias del centurión; y como recogiesen una sonrisa cansada del convaleciente, le dis-

paró Bílbilo el alboroto de su bulla diciéndole:

—¡Nunca falta en mi bagaje el piñón y la miel del Hymeto, el bulbo de Tesa-lia y el pelitre con vino de una centu-ria, que enardecen al más olvidado de la diosa Voluptas!

Mario le gritaba a Fosidio que acudiese.

El senador no podía escucharle. Te-nía alzadas pomposamente sus manos recitando:

¡Jerusalén entre collados secos!
¡Jerusalén apagada y siniestra!
¡No tienes dioses que en ti se deleiten,
Pero te alcanzan los ojos de Tiberio!

Y todos aclamaron al César:

—«¡Oh, Padre de Roma, el mejor entre todos los hombres!»

... En el confín oriental se desnudaba la frente de piedra de Sión ...

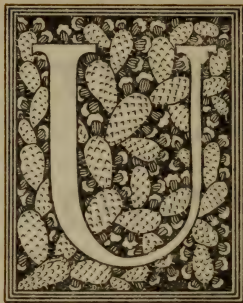


PILATO Y CRISTO



... MAS, LOS JUDÍOS GRITABAN DICHIENDO:
SI SUELTAS A ESE NO
ERES AMIGO DE CÉSAR

EVANGELIO. — SAN JUÁN; XIX, 12



UNA esclava de Alabanda, — memorable solar de los mimos y bayaderas, — con túnica verde y cerquillo de cobre en la greña indomable, postróse bajo los robustos hinojos de Pilato y le calzó la sólea, pasándole entre los dedos las bridas de color de jacinto.

Volvióse Claudia, y apareció el contorno magnífico de su cuerpo, de una íntima palidez de fruta, y sus piernas, desbordaron graciosamente del tálamo de limonero y de marfil. Subió los brazos y trenzó las manos en la delicia de su nuca; y prosiguió diciéndole su sueño.

Los dos copos de luz aromosa de la lámpara, avivaban una circulación de sangre de resplandores en la imagen de Júpiter Optimo Máximo, y en las telas de Pérgamo, que vislumbran

y crujen frías, apretadas como un musgo.

—... Dejan sus ojos un pesar que va resbalando con la blandura de un unguento precioso, y queda nuestra vida tan delgada que parece que vuela encima de sí misma como un ave cerniéndose sobre un nido! Yo sentí una congoja y un bien que no trae el dolor ni la salud. Y si me dijesen: «Besa de amor a ese judío,» y yo le besara, no besaría en él lo que de él me cautiva, que si a ti, Poncio, te beso, beso a Amor y a lo amado; mas, si por besar la música beso la cítara, no besaré la música, que ya está en mi carne y permanece fuera de mi cuerpo y de la cítara. ¡No recuerdas a ese hombre, oh, Poncio!

Poncio sonrió, y alzóse envuelto en su *amfimallum* de paños dóciles, blancos y felpudos.

Abrió la esclava los tapices. Por un vidrio de Siria penetró el día azul, y al pasar el romano a su terma se produjo un relámpago de vestiduras.

Oyóse la inquietud del agua rasgada por las piernas de Poncio.

Claudia se espacía desnuda dentro del sol, «el esposo rubio y fuerte,» recién ungido de los campos, que llegaba a reposar en el tálamo de la hermosa. Ella se complacía mirándose; pero, la memoria de su sueño le apagaba la delectación de sí misma; y entornaba los ojos, y hablaba muy despacio, como si fuese escogiendo y tomando cada palabra de la imagen aparecida en su interior para formarla fuera corporalmente.

—... Tiene su barba dos puntas de rizos que semejan los brotes del acanto... Su boca, siempre dolorida, se entreabre de cansada. Trae el turbante muy subido y se le descubre toda la almena de sol de su frente; los cabellos le bajan apretados por su tez de color de trigo. Cuando ese hombre mira todo lo que está delante de sus ojos parece que palpita desnudo. Su túnica es ancha, de un tejido moreno de hebras rojas, y del manto azul, le caen los cordones que le señalan por maestro de gentes.

Camina un poco encorvado, parándose, volviéndose a todo lugar. Tiende sus manos, y se le ve el dibujo perfecto de sus dedos. ¡De qué son esas manos, sus manos cinceladas!



Crujió la faz del agua herida por las palmas de Poncio que dijo con zumba:

—¡Oh, Prócula, y cuán ahincadamente le miraste!

—¡Toda la noche estuvo a nuestro lado! Dormida comencé a verle; y desperté, y seguí mirándole, sin engaños de sueños, porque yo oía el pregón de las vigiliass. Las luces del *bilychnis* doraban su cabeza, quedando en una sombra morada sus pómulos y sus órbitas, y esa obscuridad me miraba, me miraba sin pupilas. Era el hombre que, por vernos, no reparó siquiera en el paso de Ismael-ben-Fabí, el acatado por el esplendor de sus galas y de su mesa...

La bóveda del baño palpitó de risas de Poncio.

—¡Yo tampoco, amiga mía, yo tampoco me vuelvo cuando pasa ese vien-



tre de podre que despreciaría Edusa! Nada más me enoja que sea su cocina más grande que la nuestra. Afirman que mide ciento cuarenta y ocho pies de longura. ¡He de derribársela; se lo juro a la graciosa deidad del Triclinio!

Claudia, prosiguió:

—... Ismael y su cortejo y cuantos hallábamos, se doblaban ante nuestra litera, torvos y duros; sólo ese Rábbi, levantó su frente para mirarnos. ¡Parecía que contemplara en nosotros toda Roma!

De nuevo rodó la risa de Poncio; pero, llegaba desleída en la mañana ancha y libre, porque las siervas habían abierto la azotea para la *insolatio*. Desnudo y tendido sobre pieles, untado de aceites y bálsamos de flores, que el sol iba exprimiendo sin apoderarse de los aromas, Poncio murmuraba, trémulo por la fricción de las sabias manos de los adobistas.

—¡Por... Jove, nunca, nunca... escuché una lisonja de tanta elegancia! El cantor de mi linaje...—Y se detuvo

para recoger toda la caricia que le esponjaba la espalda—... ¡El cantor de mi linaje mordería de celos su estilo...! ¡Contemplar en nosotros toda Roma! ¡Oh, fervorosísima, que no sospeche ese elogio Ælius Lammia porque aun reside más Roma en él que en Poncio Pilato!

Todavía dijo ella:

—... Antes de perdérseme la forma de ese hombre, se me acercó mirándome con agonía... ¡He sentido su cuerpo; se agarraban sus dedos a mis hombros; le colgaba la cabellera mojando mi carne de sudor de moribundo!

... En las torres, vibraron plenas, clarísimas, las trompas de las atalayas, y el sonido frío, luminoso, parecía abrir el azul y alejarse como una bandada de aves.

Por la crujía de los aposentos del Procurador, comenzaron a oirse unos pasos macizos que troquelaban el silencio de las losas.

Llamó la voz del tribuno.

Poncio envióle un siervo; y supo que

una multitud, guiada por sanhedritas pedía el consentimiento de una sentencia de muerte.

Desperezóse volcándose por la blanda solana, y con su grito acerado mandó que se contuviera al pueblo hasta la *hora tertia*, en que siempre principiaban las de la Justicia.

Las pisadas volvieron a hundirse en los pasadizos; después, las piedras se cerraban en su reposo mural.

Pero, bajo, rompió contra la Ciudadela un oleaje tronador de muchedumbre. Era un estallido de la Jerusalén peligrosa, desbordada y fanática.

Resonó descarnadamente el Lithostrotos por la carrera de la caballería pretoriana.

Irguióse Poncio. Claudia le llamaba. Las siervas se asomaron pálidas y medrosas.

Venían entonces de los adarves, los huéspedes del Procurador, y hablaban con sosiego. No había tumulto, sino impaciencia popular. Y acercándose a la cámara vestuaria de Pilato, le pedían

remedando los gestos y voces de Israel, que bajase al Pretorio.

Poncio sonreía; y decidióse. Trocó la levísima suela por el *cálceus* patricio, múleo de cuero escarlata y bridas negras que se cruzan y abrochan en el tobillo con una media luna de marfil; se vistió la túnica íntima y corta de hilo de Egipto; encima, la laticlavia, y colgóse sobre los hombros, dejando libre el brazo diestro, la toga pretexta, blanca, franjada de púrpura, de gordos pliegues, y cauda ampulosa; enjoyó sus muñecas, tomó su insignia, y bajo el dintel de sycomoro esculpido, recibió el salve de sus invitados.

Junto a una pilastra, esperaba el Tribuno de la fortaleza.

El Procurador retrajo las saluciones para mandar que se abriese el Pretorio; y salió con reposado continente a la cumbre de la gradería.

Sus amigos corrieron por los techos de los pórticos, y se asomaron a la ciudad desde los arcos.

Poncio se paró en el primer peldaño.

La plaza centelleaba de yelmos, de escudos, de picas y brazales, de la cohorte de Cesárea, perteneciente a la legión «fulminata,» *legio duodecimo gemina*. Rodeando el púlpito subían los medallones de los manípulos y los cuatro mástiles del velario.

Fuera, se encrespaban las voces y los relinchos.

Volvió el Prefecto de la torre. La cabeza de Poncio se ladeaba escuchándole. Y sonrió desdeñoso.

El pueblo se negaba a pisar las piedras de la casa del gentil, para no contaminarse en la vigilia de la Pascua.

Poncio recogióse la vestidura; y ceñido y rápido comenzó a bajar la escala de mármoles. En el último tramo, le aguardaba el séquito de Justicia. Le precedieron los líctores, de uno en uno, con toga delgada, cerquillo de laurel de oro en las sienas, y encima del hombro izquierdo, el haz de abedules atado con la roja correa donde reluce la lengua de la segur. Después, iban los tabularios con sus garnachas lisas, llevando junto

al seno las dos láminas enceradas, *tábula dealbata*, para la absolución o la condena; los pregoneros, de piernas desnudas, y el sayal cruzado por la banda del cuerno de cobre; el trujaman, con turbante rebultado de telas amarillas y verdes y plumas y abalorios, la dalmática morada, y recias bragas medas; los cuatro milites de las ejecuciones, con su apex de bronce, el pectoral de uñas cobrizas, y cayéndoles del costado, el sagum o clámide, teñido de púrpura de *coccus*.

Cruzó Poncio el inmenso patio. Un aire tibio le abría un ala blanca de su toga. Su javalina de marfil, señaló hacia la gran arcada; y ocho númeradas hercúleos, de piel callosa de elefante, pasaron los horcones por las argollas del púlpito, arrastrándolo a los portales. Avanzó el centurión con una escuadra de caballería. Gritó la muchedumbre.

Y apareció Pilato sobre la viga forrada del umbral, frente a Jerusalén de cúpulas gozosas, tiernas de sol, y ceñida

por el vaho de las callejas sórdidas de Acra.

El silencio fué ondulando hasta cerrarse en toda la planicie.

Se adelantaron los sanhedritas y sacerdotes, y al deshacerse su grupo en fila reverente quedó solo Rábbi Jesús, jadeando entre el aliento de humo de los caballos.

La mirada de Poncio le rozó distraída al hundirse con dureza en el pueblo. Y sin subir a su cátedra levantó la insignia permitiendo que le hablasen.

Un escriba salmodió el proceso, y el intérprete trasladaba al latín las acusaciones: blasfemias, embaucamientos, adaptación de las profecías con daño de Israel...

Goteaba la voz en el claustro solitario del Pretorio con un eco roto y frío.

Poncio se cansaba de aquel relato de culpas donde no había para él ninguna realidad humana. Y volvióse a su séquito.

Sonaron las trompas. El sanhedri-

ta enmudeció plegándose. Y Pilato exclamó:

—¡Juzgadle vosotros mismos, según vuestras Leyes!

Traducidas las bruscas palabras, las enviaban los corros próximos a los apartados tejiendo un rumor sañudo.

Poncio que ya pasaba los claustros, retrocedió impulsivo y siniestro.

—¿Qué quieren? Y quedó inmóvil, mirando la multitud.

Sobre un fondo de voces, surgía el grito metálico de un viejo curial.

—¡Rábbi Jeschoua es digno de muerte; mas, a nosotros ya no nos es dado el poder de esa sentencia! ¡Rábbi Jes...

—¿Y qué hizo?—le cortó impaciente y adusto el romano.

Simón-ben-Kamithos, menudo y pálido, le repuso:

—¡No te lo traeríamos si no fuese culpable!

El viejo prosiguió:

—Rábbi Jeschoua se ha rebelado contra el Señor Dios nuestro, contra

nosotros y contra tí mismo. ¡Se llama rey!

—¿Rey? Y la mueca altiva de Poncio acabó en un pliegue de recelo. Se fijó en Jesús y miró al centurión que arrojóse de su potro dejando las bridas a un esclavo de las cuadras.

Poncio, dijo:

—Súbelo.

Y él adelantóse.

Detrás le aullaban las turbas. Y no se volvió. Comenzaron a llegarle los pasos del soldado. En el sol del mosaico veía caminar la afilada sombra del reo, y la sombra cojeaba.

Pilato se detuvo para mirarle. Rábbi Jesús tenía un pie descalzo, y le sangraban las uñas; el otro llevaba sandalia, una sandalia reventada de subírsele y aplastarle otros pies, gorda de fango y estiercol.

Los palomos de los torreones volaban rodeando el Pretorio, y la proyección de su vuelo se rompía rauda y graciosa en el sol de las murallas.

... Pilato apoyó su diestra en el breve

pilar que partía la aguda ventana. Era un aposento hondo, vestido de paños donde millares de siervas labraron figuras de monstruos y vegetales de Egipto y de Lybia. Colgaban de los artesones cuencos de pedernal para las estopas de las luces, racimos de aljabas y de clavvas, adargas de pieles polícromas, que envió el Gran Herodes de sus guerras con los Parthos. Los lechos de ciprés y cornerina formaban un estalo bajo los tapices. En medio de la estancia, reposaba una gigantesca loba de bronce sobre un cubo de mármol negro por el que se trenzaba, reproducida en esmalte, la viña de oro de 500 talentos, «encanto de los ojos», según los judíos, que Aristóbulo regaló a Pompeyo. Y frente al animal sagrado, en una mesa délfica, brillaba una ampolla de vidrio con peces de Aretusa.

Pilato contempló la gloria del día de primavera, los campos tiernos, los montes esculpidos por el cincel de la luz; y junto a su palacio, las manadas de hombres greñudos y foscos, amonto-

nándose tercamente en la planicie. Les odió tanto que sintió el latido atropellado de toda su sangre.

Asomóse el centurión; luego, Jesús, el trujamán, el asesor.

No lo advertía Poncio. Recordaba las pasadas matanzas, las letras de Tiberio... ¡y se maldijo porque las antiguas crueldades le impedían ahora machacar esa muchedumbre...! ¡Nunca, nunca se le había deparado una costra de humanidad tan densa de israelismo como entonces!.

Venían las risas de los caballeros romanos.

Tornóse Poncio, y llamó al tribuno.

—¿Qué nuevas tienes tú del Rábbi?

Y el tribuno, recio y pecoso, sonrió como un chico mazorraral... Había visto al Rábbi en el Templo. Bajó él con una escuadra porque Jesús acometía a los mercaderes de los Atrios... Fué después del día de su triunfo en las calles...

—¿Su triunfo?... ¿Cuántos le aclamaban?

Y el custodio de la fortaleza quedóse

cavilando. Se veía en su frente ruda el ahinco de torpe y de escrupuloso para el recuerdo. Parpadeó mucho, resolló y dijo:

—Eran todos pobres y forasteros. Menos que hoy. Los que él sanaba; gentes galileas y algunas del arrabal de Bethania, de Bethfage y de Ofel.

—¿Es éste el mago a quién Addaï, rey de Edesa, llamó a su casa?... ¡Empújalo aquí!

Y Poncio sentóse en un dorado *bisellium*, de espaldas a la claridad. Sus pupilas de cobre se contraían acechando a Jesús. Y de improviso le gritó:

—¡Cuéntame lo de tu reino!

Aun llegaba el Señor, y su frente, sus pómulos, el hueso de su nariz, su barba, iban recibiendo la luz de la estrecha ventana.

El trujamán, pesado, rollizo, repitió en siríaco lo que dijo Poncio, y reparaba soezmente en las basuras de la sandalia del Rábbi.

Pilato lo apartó hincándole en la

pierna la punta agudísima de su calceus.

Jesús les miró; pasose la lengua por sus labios terrosos, y contestó en habla greciana:

—¡Mi Reino no es de este mundo...!

El judío dice: tres idiomas hay: el hebreo, para la plegaria; el latín para la conquista; el griego para la elocuencia y la plática.

El Rábbi valióse del griego en sus jornadas por Scitópolis, Gerasa, Hippos, Pella, y todas las ciudades helenizadas de la Judea Oriental; en algunas de Galilea y de Samaria; en sus disputas con helenistas. Y Poncio, como caballero y magistrado romano, hablaba el idioma oficial de la sabiduría de su tiempo.

Ya no era menester que la boca mercenaria oscureciese el coloquio.

Y sin darse cuenta, Pilato arrastró su asiento y Cristo se le acercó más.

Los invitados del Procurador comentaban gratamente la pronunciación del Rábbi. Fosidio tomó de la cintura a

Celio. ¡Oh, prefería este visionario a la hez israelita que le acusaba! Después no pudo reprimirse y suspiró:

—¡Que no diera yo por haber escuchado a Cleopatra, sabidora de todas las lenguas! ¡Su garganta se acomodaba a los acentos como la del ruiseñor a los trinos!

Insistió Jesús:

—¡Mi Reino no es de este mundo porque si de aquí fuese, mis gentes me librarían victoriosas de vosotros!

Irónico y rápido le dijo Poncio:

—¿De nosotros, o de esa chusma que te agarró?

Y quedóse mirando las manos de Cristo. Los cordeles las hendían, subiéndole los bordes de la tumefacción amoratada. No eran manos cortas y plebeyas de artesano, ni untuosas, cadavéricas, rapaces, de mercader semita... Y se las indicaba a sus amigos.

El senador juró por la «Aurora de rosados dedos» que los dedos del Rábbi eran de una pureza verdaderamente latina.

Pilato se acariciaba sus pulidas uñas.

—...¡Luego te crees rey?

Jesús contestó:

—¡Tú dices que lo soy!

—¿Yo? ¡No, por tus dioses y los míos! ¡Yo no! Lo dicen los que te traen y tú mismo lo dices!

Se alzaron las risas de los caballeros; y el centurión, el tribuno, los curiales, se daban de codos y también reían.

Jesús prosiguió con una firmeza amarga:

—...¡Yo para ser Rey nací y para testimonio de la Verdad! ¡Todo aquel que ama la Verdad escucha mi voz!

Poncio, con las piernas tendidas y cruzadas, movía los pies recreándole el brinco del sol en las lúnulas de su calzado.

Los patricios repetían en su torno las palabras del reo.

Se incorporó Poncio; y en tanto que se subía la toga dijo bostezando:

—¡La Verdad... la Verdad! ¿Y qué es la Verdad?

Agrupados los amigos, olvidándose de Jesús, se cambiaban los conceptos aprendidos de los sofistas y de sus lecturas.

Pilato los desdeñaba todos; en cada pueblo y en cada hombre había visto florecer una verdad. Hacía tiempo que su esposa triunfaba del anagnostes... Y cansado de vanas sutilezas de adomenos, apotegmas y definiciones, soltóse de Fosidio y de Celio, de más atildaduras y remilgos de erudición que los otros, y bajó al Pretorio.

Rugieron las trompas. Y en el silencio que dejaron, se oían los toquecillos que daba Poncio con su jabalina sobre el oro de sus brazaletes.

Onduló la muchedumbre. Y el romano la miraba distraído, impenetrable.

Venía Jesús muy despacio. Y Poncio señalándole gritó:

—Yo no hallé culpa en ese hombre. La justicia del Imperio no puede confirmar vuestra sentencia.

Se elevaron los brazos de los san-

hedritas. Y el pueblo, que aun no entendiera al Procurador, también alzó sus manos y agitó sus cayadas.

Salió del todo Jesús.

Fué tan estridente el vocerío que hería el aire y los muros con sensación de piedras que rebotasen.

Bajaron afanosos los invitados de Pilato. Todas las galerías se coronaron de cubicularios y siervas.

A un signo de Poncio cabalgó el centurión, y se removieron estruendosos los corceles.

Los sacerdotes iban a las turbas para aquietarlas. Después, volvían junto al Procurador. Allí, en un ruedo, se consultaban, con ademanes resbaladizos, con sonrisas incisivas; se estregaban sus manos enjutas; aparentaban sumirse en una consternación sigilosa y ritual. De sus frentes pendían las cajuelas de boj y badana, donde llevan las palabras del Exodo y del Deuteronomio que deben acompañar todos sus pensamientos. Y compungidos repetían a Poncio los delitos de Jesús, instándose, enmen-

dándose, dándose aletazos con los codos; y cuando alzaban sus miradas, Pilato las pisaba con la suya... «Muchas veces buscaron a Jeschoua Nazarieth para apartarle de sus maquinaciones con la mansedumbre del consejo, con la aspereza de la amenaza, con el aviso del enojo de Antipas y de Roma. Y el Rábbi les menospreció. Toda sumisión peligraba por su doctrina. Revuelto estaba su país de la Galilea, y ahora traía el mal a Jerusalén»...

Poncio contuvo al intérprete. Denotaba una vivacidad, propicia.

—¿Por ventura es galileo ese Rábbi?

Y como ellos se lo confirmasen, cerró la causa:

—No tengo poder sobre él. Su foro es el de origen. En su palacio de Sión está ahora el Tetrarca; que Herodes os lo juzgue; y yo consentiré que se cumpla su fallo en la Judea.

Luego, dictó a los tabularios:

—¡Forum originis vel domicilii!

Tendió su insignia, resonaron los cuernos, y desapareció seguido de

los atributos y oficiales de la jurisdicción. Detrás, los enormes esclavos le llevaban el púlpito.

La caballería abrió un vado en la riada de muchedumbre. Y Rábbi Jesús se fué alejando por la puente de Tyropeon, entre picas, yelmos, tiaras y turbantes.

Poncio y sus amigos buscaron la umbría de los claustros, haciendo un grupo de claridad y elegancia bajo las rudas bóvedas.

Bílbilo apartó los comentarios del juicio renovando el propósito de recorrer la Galilea.

Pero, Celio pidió ir a Jericó donde se hunden las rollillas en las mieles de los dátiles y en el suco delicioso del mirabolano.

Mario gritaba:

—¡A Cafarnaum y Tiberiades! Un centurión me ha prometido hebreas que tienen todo el recato de la virgen de oriente y la oculta y sabia liviandad de la mujer de todos los países! ¡Ellas componen para sus cuerpos un aroma,

cuyo secreto no descifraron todavía nuestros perfumistas! ¡Tiberiades!

—¡Tiberiades reciente, pulcra y per-versa!—dijo casi cantando el senador—
¡Tiberiades, la concubina de un príncipe que le ha dado por baño un mar diminuto! Tiberiades, sagrada por su nombre imperial!

Stertinius confesó que le agradaría más quedarse en Jerusalén.

Celio puso sus pálidos dedos cuajados de anillos en la boca del héroe.

—¡Por el dulce ceñidor de Venus, que no atienda nuestro huésped tu antojo de soldado!

Y Poncio imitaba los fervores de Mario Antístico:

—¡Tiberiades, Tiberiades, casa placentera del Tetrarca en cuyos jardines se ofrece Herodías tan poderosa para la tentación que hasta los cisnes la miran amándola como si cada uno escondiese un Júpiter!

—¡*«Qué palabras se escaparon del cerco de tus dientes»!*—recitó Fosidio.

Y Mario encendido rugía:

—¡Magistrado cruel que estimulas nuestra hambre de delicias, y nos dejas entre gentes ensayaladas! ¡Oh, Bílbilo, cómprate un reino con tus riquezas, y arráncanos de Poncio y de Stertinius! Poncio sonreía.

—¡Acaso realicé hoy, valiéndome del pobre Rábbi Jeschoua, una obra política que abrirá las puertas de Tiberiades para vuestro gusto!

Le acometieron todos preguntándole. Y él contó:

—Rompióse mi amistad con Antipas por las matanzas que hice de sus súbditos amotinados en el Templo; la sangre de los galileos se juntó con la de los bueyes y ovejas de los holocaustos. En Cesárea, tuve también que acuchillar a los judíos. Intercedió Herodes; y no pude oírle. Hoy el Procurador del Imperio le cede un reo en presencia de Jerusalén. ¡Basta una lisonja para trocar en amigo al adversario vano!

Mario le abrazó diciéndole:

—¡Dos tórtolas de las palmeras de Magdala he de ofrecerle a Lubertina

para que César te nombre su Legado en Siria!





—¡No, por todo el Olimpo, no pidas mercedes a las divinidades, no fuera que se asemejasen a los hombres que cuando remedian se comportan con el protegido de modo que evitan la gratitud...!

Pasaban por el ergástulo. Celio se estremeció, y tuvo que buscar el sostén de su hermano.

Entre dos sillares del zócalo, se erizaba una reja, y dentro fosforecía una mirada.

El Tribuno les dijo que allí estaban los reos guardados para las ejecuciones de la Pascua. Los suplicios se habían retrasado esperando al Procurador. Ya sólo podrían cumplirse en aquel día, «antes de que apareciesen dos estrellas en el cielo,» según comprueba el israelita el tránsito de la tarde a la noche, o después de la santidad de los Azimos.

Quizo verlos Stertinius; y dos clavos desempotraron los travesaños,



sumiéndose en lo profundo con sus linternas cilíndricas de cuerno y las virgas de acebo enfundadas de cuero de toro. Sonaron los varazos hendiendo carne, rebotando en los cráneos. Acercóse un ruido de prisiones y losas, y salió arrastrándose un hombre velludo y fornido; en su piel, traía la paja y la inmundicia de la yacija. Luego, asomó un costal humano, una masa rezumante, con dos cabezas; dos reos atados juntos; el lodo y la mugre se les agrietaba en la boca, en los párpados, en las orejas, en las nalgas.

Mandó Pilato que desgajasen el montón; y los custodios lo fueron desliando volcándolo brutalmente bajo el sol del Pretorio.

El tribuno leía en una rodaja de pino colgado del cepo del carcañal, los nombres de los sentenciados. Para mostrarlos apoyaba su pie en las frentes; y subía un hervor de moscardas verdosas.

...«Genas, incendiario y ladrón...

... Gestas, ladrón y homicida...

—¿Y aquél?—preguntó Stertinius— señalando al hombre peludo.

El soldado doblóse y el reo le miró como las ratas cuando las ahogan, y le dió sus lomos.

...«Jeschoua-bar-abbas, ladrón, dos veces asesino y sedicioso».

Les interrumpió el estrépito de las trompas de los vigías previniendo de proximidad o sospechas de disturbios.

Y subieron precipitadamente a las terrazas.

Poncio se asomó al pasadizo.

Al verle, los pretorianos que guardaban el Lithostrotos se apercibieron para acometer. Conocían el ceño de sangre de su amo.

Retornaban las turbas, conmoviendo la mañana de rumores, nublándola con humo de carne y de tierra. Desde lejos adivinó el centurión el afán de Poncio; su caballo botó, y se produjo una llama de hierro, de oro, de púrpura. Pronto estuvo bajo el recio arimez; y en tanto que refería todos los lances del fracasado juicio en la cámara herodiana, fué en-

jambrándose la muchedumbre al pie de los muros.

Rábbi Jesús traía una ropa blanca, inflada de viento, llena de sol, como la vela de un navío.

Y esa vestidura cándida podría simbolizar tan sólo el oprobio de una quimera; pero, Pilato recordaba su significación jurídica en los procesos de Israel. Porque allí el acusado presentábase a los jueces con sayal negro; y reconocida su inocencia, se le ataviaba con vestiduras blancas.

Abrió sus brazos sobre el azul y exclamó:

—Yo no descubrí delito en ese hombre. Su Tetrarca tampoco puede condenarle...

Apenas vertidos sus conceptos saltó unánime el aullar de la plebe, como si viniese ensayada y decidida a la revuelta.

Pilato se sintió acechado de odios. Y brilló en sus ojos un destello de crueldad. Pero, dentro de sí mismo, Roma le observaba.

El grupo de jueces era ya más copioso, y lo presidía el Pontífice, asistido del Hâkân.

Y fué el Sumo Sacerdote, el que arre-
dró la multitud, subiendo su báculo de
curva enjorada.

Destacóse pesadamente, y dijo en
lengua latina:

—¡Pido justicia a Poncio Pilato! Y la
justicia traerá júbilo a la ciudad del Se-
ñor y paz al gobierno de Roma!

Poncio sonreía heladamente.

Kaifás esforzó su voz de cortesano.

—Los tres anatemas de la Synagoga
han caído sobre Jeschoua Nazarieth. Y
el Sanhedrín, en mi aula y en su cámara,
le ha condenado a que muera. Porque
ha escarnecido la Ley Santa y quebrantó
todos sus preceptos; y se llamó el
Ungido, el Mesías, que descenderá de
David y será tanto como el Rey glorioso
que redujo a los sirianos y domoñó
a los ammonitas. Mas, todo impostor
que se alce por Mesías, «muera de
muerte!»

Y rugió el pueblo:

—«¡Muera de muerte!»

—Roma—acabó el Pontífice—no puede oponerse a nuestra sentencia. Jerusalén acusa al falsario que puso asechanzas contra su Templo y yo soy el testimonio de la Ciudad, yo el Sumo Sacerdote desde los primeros tiempos de Valerius Gratus, sin que éste ni tú hallaseis engaño en mí. El Tetrarca no le condena porque aquí aún tiene menos poder que nosotros. El derecho a la muerte, el *jus gladii* sólo es del Imperio!

Y volvióse Kaifás y todas las tiaras se humillaron acatándole.

Los amigos de Poncio se asomaban y escondían. Se les juntó el Procurador, y los cinco le acogieron imitando con el índice y el pulgar de entrambas manos el pico de la cigüeña, ademán de burla en Roma.

Mario gritaba:

—¡Se nos revienta la esponja de la risa, la «pulpa lienis», según diría nuestro Senador, mirando al hierofante de Jehová!

—Yo he visto—dijo Stertinius—yo he visto en Germania bestias como ese Pontífice: su misma barba, sus orejas, sus ojos, su vientre, sus pies!

—Tú la tienes, carísimo, en tu atrio—prorrumpió Bíbilo.

Y le recordó la pintura de un bisonte lamiéndose.

Celio gimió:

—¡Oh, Poncio que desuellen y asen todo ese sacerdote de grasa, o dadle eléboro!

Y Fosidio olvidóse de si mismo, para recitar el adagio.



—*¡Ventri obesitas non gignit ingenium!*

No participaba Pilato del regocijo. Se le había endurecido la mirada; se oía el temblor del ebúrno dije de su calceus que golpeaba nerviosamente los balaustres.

¡Un pueblo y un sacerdocio con el Pontífice Máximo acusando a un curandero!

Y se inclinó para mirarle.

Kaifás, que seguía todos sus impulsos, le dijo:



—Ahora está encogido y medroso. ¡Desconfía de él! Examínale más por ti mismo, si quieres, siendo cauto con el astuto.

Moviose la mano del Procurador. Y el centurión empujó a Jesús dentro del Pretorio.

Corrían los viejos del Sanhedrín, buscándose, espesándose. Descollaban Kaifás y un escriba lívido, caroso, cuya osamenta se le señalaba espantosamente bajo su túnica rayada de verde y ocre.

La multitud llamaba a los vendedores de agua de miel, de bergamotas y ponciles, de pasta de higos; y la disputa y el bocado, les hinchaba la faz pringosa.

Un viento cálido, esparcía sobre el Lithostrotos los humos de los sacrificios.

En la hondonada cruda de sol, se desarrollaban largas sierpes de rebaños conducidos por pastores árabes, con sus albornoces rígidos como pieles de tiendas.

Poncio y Jesús se encontraron donde principia el pasadizo de los arcos.

El Rábbi se pisaba el lienzo y la soga de la befa de Herodes.

—¡Quitádselo!—rugió el romano.
Y Jesús le miró.

De una colgada azotea salió un grito de mujer.

Pasaron perezosamente los patricios, y antes de entrar en la cámara de la loba, llamaban a Poncio.

—¡Prevén a Herodes de nuestro viaje!

—¡Oh, ya basta, dilectísimo!

—¡Aconseja al pobre mago que se humille al bisonte!

—¡Que dispongan la comida viaticia!

Poncio sorprendióse de la mirada firme y austera del nazareno. Pero, en seguida, los ojos del Rábbi quedaron en una quietud soñadora, como si contemplaran un abierto confín.

La liberta de Claudia vino presentando al esposo una tablilla que decía:

«¡Nada hagas tú contra ese justo!
¡Es el que se paró a mirarnos; es el de mi visión!»

Los trazos del estilo rasgaban, retorciéndose, la faz de la cera.

Poncio sentía en su frente el ahínco de Claudia asomada entre dos leves pilares.

Leyó otra vez su aviso; se fijó en Jesús.

Y tuvo una sacudida de protesta, porque le cansaba y le violentaba un hombre que era un reo, y un reo de Israel, como los que se revolcaban en su miseria, avivada por el sol del patio.

Y, de improviso, mirando a los ruines se suavizó su gesto; dió un breve mandato al centurión, y salió sobre las arcadas.

Su voz comenzó a caer recortadamente:

—Est autem consuetudo vobis ut unum dimittam vobis in Pascha.

Kaifás, y los sanhedritas que sabían el habla latina se sobresaltaron barruntando que el anuncio del *jus agratiandi* fuese, entonces, una destreza de magistrado para librar a Jesús.

Este indulto sancionado por el pue-

blo, derivado de la fiesta romana del *Lectisternium* y de la griega de las *Thesmophorias*, lo traía Roma a sus provincias para dejar en sus sometidos una ilusión de poder; y los hebreos se incorporaron la gracia a su cerrada vida tomándola como memoria del término de la servidumbre de Egipto.

—Costumbre tenéis vosotros que os suelte uno en la Pascua—tradujo el dragomán al arameo.



Esperó Poncio.

Se le acercaba un hollar de pies descalzos, un resuello convulso, un rumor de argollas.

Y apareció Barabbas; y a su lado, Jesús, frágil, exprimido entre la corpulencia bravía del preso y la blancura estatuaría del romano, cuya palabra revibró:

—*Quem vultis vobis duobus dimitti: Barabbam an Jesum, qui dicitur Christus?*

—¿A cuál de los dos queréis que os suelte? —voceaba el mercenario — ¿A Barabbas o Jesús, que se dice el *Cristo*?



Los codos de Barabbas retemblaron; crujieron sus quijadas y se le desgarró la boca en un mujido de buey. Dos líctores le contenían extrangulándole los cordeles de los riñones con el ástil de su destal. Súbitamente los ojos del homicida, de una esclerótica de coágulo, quedaron fijos a la mirada de Jesús.


—¡Barabbas! — pronunció el Pontífice. Y lo repitió el sacerdocio; y lo aclamó la plebe.

Pilato estrujaba la orilla de púrpura de su toga. En su frente hendida, en la palpitación de sus labios, se fraguaba un arranque de ferocidad. Pero abatió su cráneo y retiróse del pretil. Se le estremecían las mandíbulas y las sienes como si estuviera mordiéndose las ataduras de su sangre.

Y en todo el hondo seguía resonando:

—¡Barabbas, Barabbas, Barabbas!

Los ejecutores abrieron la carlanca y los hierros del facineroso, que al sentirse aflojado, hinchó su tórax, se trenzaron sus músculos, saltaron rotas las cuerdas, y escapó enloquecido, arrastrando



de un talón un trozo de cadena que chacoloteó en todas las gradas y rebotó contra los eslabones de los reos del patio.




Todo el Pretorio llenóse del relincho y del trueno de su huída.

El romano y Jesús se miraron. Y parecióle a Poncio que resalían en el Rábbi los rasgos firmes, angulosos, de terquedad y sigilo de la raza odiada.

Y murmuró con lástima dura y zumbona:

—¿Y tus partidarios, *Cristo*? ¡No ha venido nadie de los que te quieren! ¡No, no es *de este mundo tu reino*! ¡Mas, por las sombras del Báratro, en este mundo es donde matan los hombres a los hombres!

El Rábbi contempló desoladamente los montones de humanidad seca, enemiga: judíos que le aborrecían; gentiles gozosos de tumulto; galileos humildes que se recataban de los altivos jerosolimitanos, o celebraban sus insultos confesándose engañados por el mal Profeta; mujeres, lisiados, viejos y



hasta criaturas chiquitas, los niños que él descansaba con lástima en su pecho y se le incorporaba la palpitación de su vida! ¡No tenía a nadie!

Una tristeza de hombre, de hombre desamparado, comenzó a reducirle y angustiarse; se le plegaba la piel a sus huesos agudos, de un temblor frío y trágico. Un extranjero le recordaba su soledad. Y sintióse extranjero en la tierra judía, agria, quebrada, obscura. ¡Oh, Padre, si él hubiese vivido siempre entre estos hombres de Judea!

Lejos, sobre un remolino de koufiets y turbantes, osciló la espalda sudada y hercúlea de Barabbas.

Poncio gritó:

—El daño que Rábbi Jeschoua os hizo lo expiará con la flagelación.

Y ordenó el suplicio que aplacase a Israel y sirviese de tortura, *quæstio per tormenta*, para arrancar revelaciones al obstinado galileo.

Los líctores bajaron a Jesús a la rincónada de los Pórticos donde estaba la

columna flagelatoria, un pedestal mutilado, cortezoso de sangres viejas, de sudores y mugres.

Rápidos, expertos calzaron con cepos los pies del Señor; le descolgaron las ropas hasta los hinojos; le enfundaron la cabeza con la máscara de paño rígido y amargo de pringue, de salivas, de espumas y lágrimas, el capuz que ciega a la víctima y ahoga un poco sus bramidos. La espalda del Señor crujió al doblarse; y quedó inmóvil y curvo, con las muñecas y la garganta atadas en manojo a una argolla.

El líctor Proximus conversaba con un viejo rapado y bisojo de piernas cortas, y el vientre desbordante del cingulo de esparto, mientras los demás deshacían los rollos de varas. El viejo arrastró un tajo de higuera; subióse, y fué tentando con su pulgar, todo córneo, los flacos ijares, la quilla de vértebras, los huecos de la axilas de Jesús.

Un tabulario llamó al centurión.

Poncio no quería que golpeasen al Rábbi con las virgas; quebraban ocul-

tamente el hueso; y él prefería que se rasgara la carne para saciar la multitud.

Bílbilo propuso el *flagrum*, correas retorcidas que acaban con mendrugos de osecicos, de plomo y de vidrio.

También lo rechazó Poncio. El *flagrum* dejaba llagas asquerosas y, a veces, una semilla de infortunio y aún de muerte ya inútiles; muchos azotados con el *flagrum* quedaban idiotas, y otros, después de cerrárseles las heridas, pasado tiempo, morían enrollándose como virutas.

Celio confesó que nunca había visto tan curiosa agonía en ninguno de sus esclavos, y prometióse verla.

El Procurador se descinó la toga; y se alejaba y volvía por el hondo aposento. Se paró frente al tribuno y le dijo:

—¿Y Melio?

Trasudó el tribuno. No comprendía; no recordaba.

—¿Y Melio?—Y el grito de Pilato le hizo apretar los ojos.

El centurión intervino: Melio pertene-

cía a la cohorte de Cesárea; y en el Pretorio de Jerusalén, nada más se sabía el apodo del *lorarius* de la otra residencia: «Sisifo».

Ya descansó el custodio de la *Antonia*.

«Sisifo;» Sisifo se hallaba entonces, con los líctores.

Y Poncio decidióse por el *flagellum*, haz de trallas hendidas y sutiles que desgajan la carne en hebras, y, si no es hábil el lorario, pueden sumirse y enroscarse a los nervios y a las entrañas.

—¡Que lo flagele Melio!—Y dirigiéndose a sus amigos, añadió:

—«Sisifo» desuella los cuerpos con más goce y sapiencia que los Asirios a sus prisioneros; los descortezan de modo que se les vé la vida desnuda, y no mata!

Aun aguardaba el centurión.

Le miró Poncio; y el soldado preguntó friamente:

—¿Cuántos?

—¡Es verdad; cuántos...! Si hablase, un *cuarenta menos uno*, según dicen en

este país hórrido y falaz hasta para el suplicio. Y si no hablase, si no hablase, acordad vosotros el número. Yo no quiero que ese hombre muera!

Y comenzó la flagelación de Jesús. Los patricios, recostados en los pilares de la escalinata, presenciaban el tormento y gritaban sus comentarios al Procurador, que seguía cruzando la profunda sala.

Stertinius exclamó;

—¡Puño de oro! ¡Cuán perfecta la red de surcos que teje en un espinazo seco! BÍLBILo se entusiasmaba.

Pero, Celio pidióles que callasen, y dijo dulcemente:

—¡Exquisito dolor, que nunca agota la sensibilidad ni la resistencia! ¡No cambía el golpe ni el gemido! ¡Atended como yo!

Y todos escucharon.

Rechinaba la argolla de la columna, y bajo la tela retesada que cegaba el rostro de Jesús, se producía siempre el mismo quejido, y siempre exacto con el movimiento de la tralla; una

queja íntima, aspirada, y rota contra el paladar.

Fosidio copió su tono y recitó la frase de la tercera sátira de Horacio:

Ne scutica dignum horribili sectere flagello!

Ya cansados buscaron a Poncio, y se tendieron en los almohadones que se estremecían como espaldas deliciosas.

Mario inició una plática de aventuras de matronas ilustres.

Y Poncio, reclinado sobre la mesa délfica, sumergió sus dedos en el fanal de peces de Aretusa; fué doblándose su mano, y recogió en su hueco un latido frío que le produjo una risa violenta.

—¡Cómo rebulle el pobre pez! ¡Mirad que no me es dado abrirle la cárcel ni cerrársela más! Esta palpitación helada...

Calló. Subía un cántico entonado a la manera de un coro litúrgico:

¡Salve, salve Rex Jodæorum!

¡Saaalve!

—...Esta palpitación helada me recuerda el temblor caliente de una gOLON-

drina que aplasté con mis manos. Fué la tarde que me quitaron la toga cándida y la bula de oro de la puericia para vestirme la *libera*... ¡Aun siento aquella agonía en mi piel!

—¡Tu apretarás ahora, oh Poncio!

—Yo lo estrujaría si lo tuviese mucho tiempo; y no por maldad, sino por hastío!

Y soltó al pez que retorcióse inflando las agallas en el agua de luz.

Del Pretorio a la planicie se volcaba el croar de la chusma romana y judía.

En medio de los claustros, los líctores guardaban un hombre postrado. «Sisifo,» con una rodilla en tierra, le abría la clámide andrajosa.

Llegaban los milites; y apareándose frente al grupo, hacían media genuflexión y elevaban las espadas diciendo:

¡Ave Cæsar!

Y se tornaban, subían un calcañar, sacaban las corvas.

Precipitóse Poncio entre las colum-

nas, y su voz de imperio rechocó terrible en todos los muros.

Se esparció la soldadesca. Y quedó Jesús doblado al tajo de higuera. No podía incorporarse.

Una vara de bambú marino le retorció las sogas de los talones subiéndole rectamente a la gafa del sagun.

Mandó Poncio que lo alzarán; y vióse entonces el cráneo de Cristo enjaulado de ramaje.

El centurión contó todo el imperio. Dieron cetro, manto y corona al Rábbi; y por trono, el escabel del *Iorarius*. Y como no podía tenerse, se revolcaba sellando el piso con la llaga de su espalda. La hechura de la diadema antojósele a «Sisifo.» Pero las caídas y los golpes del cetro de bambú fueron hundiéndosela y ya le rasgaba las orejas.

Trajeron a Jesús. La congestión le había roto los vasos de las encías, de los oídos, de la nariz. Estaba tejida su corona con un aro recio de juncos, y del borde salían combándose, en forma de alcataz o mitra de los reyes

caldeos, las zarzas de zizifus y cambronerías, erizadas de espolones de puas. Un tallo verde, al desplegarse, le arrancó un trozo de párpado, que le colgaba de una espina, delante del mismo globo del ojo desnudo.

Celio iba rodeando al Rábbi, y profirió admirado:

—¡Qué suprema púrpura!

Hizo el Tribuno que el reo se volviese. Y tuvieron que separarse los cortesanos porque todo el cuerpo de Jesús desgranó sangre. Poncio removía dulcemente su insignia para quitarle una moscarda.

Estuvieron mirándole la espalda, abierta en un latido de granas con descarnaduras de costillas y músculos descuajados como filamentos de raíces, que daban orientes de perla. En cada gota de sangre renacía otra, sorprendida en su origen, con un punto convexo de sol, y ya espesada caía apagándose, brillando, escondiéndose.

Fosidio, murmuró:

—¡Oh, Poncio, bien dijiste: esto es la

vida por dentro, y tan maravillosa que parece que no deba sufrir!

Poncio se fijó en un codo del Señor: la lora o tralla abrió la piel, dejándola como una felpa que se deshila; y en el arrastramiento del rodillo, el mosaico, menudo y áspero, fué aserrando la carne hasta mondar todo el gozne del olécranon.

Convulsionaba sinuosamente Jesús como si respondiese a torceduras del hueso, y muy hondo crepitaba su quejido. Rendía la cabeza con un crujir de leña; y le salían las moscas, y en seguida le bajaban a los mismos grumos que estaban chupando.

Se hallaba el sol casi en medio del cielo. Y hervía el Lithostrotos como una tierra agusanada.

Los sacerdotes se deslizaron entre los grupos suscitándoles la saña contra el impostor que había acatado al extranjero en sus predicaciones. «¡El ungido verdaderamente por Dios exaltaré a Jerusalén en trono del reino mesiánico; todos los pueblos traerán sus

ofrendas; se alimentará el judío de pan y de bienes de los gentiles. La Casa de Israel será señora de los que la hicieran su cautiva! ¡Y Rábbi Jeschoua mintió a los humildes y quiso malograr las promesas de la plenitud y «ahuyentar la gloria del Señor como un ave!»

Estalló el enojo de la multitud en un clamor de injurias, injurias rebañadas de los muladares de la lengua, con el goce de lo hediondo que siempre habita en las entrañas de la plebe, y engendra el aborrecimiento, sin fijarse en el aborrecido, y se desea ciegamente el mal.

Presentóse Pilato sobre el pasadizo.

Y se agitó una masa de pupilas voraces, de dentaduras frías, de carnes bazas, de risas ruines, de brazos peludos, de sudarios pegados a las frentes aceitosas.

Relumbraron los crestones y lorigas de los milites y apareció la cabeza ensarmentada de Cristo.

El estruendo del escarnio sacó, otra vez, de la querencia a los palomos.

Escasa es la risa de Israel. Sus Libros Sapienciales la reputan por error y descubren el llanto en los extremos del gozo. Sobre la frente de cada judío se proyecta el agobio de la patria. Y en esa mañana de Nisán, la evocación que trae la Pascua de una jornada venturosa, el júbilo cosmopolita de las ferias, de los lupanares, de las caravanas, de los paradores; el vaho de vinos, de ropas, de frutas, de primavera; el apretamiento de toda la sensualidad de Oriente amontonada en Jerusalén, exaltaba al hombre judío que se fundía en multitud, y el fervor y el odio y el grito se rompían en risada.

Los jueces daban chillidos y silbos de corneja esforzándose por reprimir la algazara que trocaba la justicia en un lance chocarrero de hampa de lonja.

Y Poncio lo advirtió y quiso valerse de la burla. Asomóse; tendió su mano; y en el súbito reposo se oía el rico y grueso desdoblarse de su ropaje. Y dijo sarcásticamente:

—¡Ecce Homo!

Lo repitió el intérprete mirándose el caño de su boca grotesca de gárgola.

El escriba huesudo se precipitó hacia el portal, estirando los brazos que semejaron colgarse de dos garfios, y rugió al pie de la muralla:

—¡Poncio: la cruz para ese!

Brincó la muchedumbre, y se fijaron todos los puños en el cielo:

—¡Poncio: la cruz!

Y la planicie trepidó bajo la danza ominosa de la canalla que venía delirante, con los brazos tendidos, como una espesura de buitres de alas podridas.

Poncio apartóse de aquel abrazo hediondo, y le dijo al Señor:

—¡Qué hiciste, que así te odian!

Recudían más gentes de las puertas del Templo, de la plaza de Xystus, del arrabal de los obradores, y todas llegaban imprecando:

—¡La cruz, la cruz!

Stertinius torció con repugnancia la boca.

—Nuestro pueblo brama y acomete

como una fiera colosal y horrible; mas, este pueblo hebreo es una manada de chacales flacos!

Poncio gritó a los líctores:

—¡Retirad al Rábbi que no lo vean esas hordas!

Agrandóse tanto el vocerío, que se-
mejó hincharse el Lithostrotos, y que
el pueblo fuese a trepar por las cor-
nisas.

Salió Poncio. Y porfió Kaifás;

—Nosotros tenemos nuestros man-
damientos de Justicia, y según ellos
debe morir Jeschoua Nazarieth. Escrito
está por Moisés en el Levítico!

Y Pilato comentaba: «¡Mísero de
Moisés atravesando el horno de los
arenales en la corcova de su camello,
acosado perpetuamente por una raza
de heces de tribus, sin una prenda de
ciudadanía!»

Clamó el Pontífice:

—¡El ruín se dice Hijo de Dios, y se
obstina en su blasfemia!

—¡Hijo de Dios—murmuró Poncio
volviéndose a sus invitados—¡Un dios

humano les asusta, y en las florestas de Roma habitan más dioses que hombres!

Pero, luego se nubló su frente. Y miró al Rábbi:

—¿Quién eres?

Kaifás y sus familiares se alejaron hacia la residencia de Annás para pedirle consejo, temerosos que el Procurador retardase la causa y viniese el crepúsculo y con él la santidad de los Azimos, que impide todo suplicio.

—¡Quién eres!—insistía Pilato.

El Rábbi se quejó.

—¡No me respondes, a mí que tengo poder para protegerte de tus enemigos o para empalarte en la cruz!

Y oyó a Celio Antístico:

—¡Todo debió acabar con el *flagrum*!
¡No queda ya reo!

Entre las zarzas y la sangre cuajada se produjo una sonrisa, y gimió Cristo:

—¡No es tuyo ese poder, sino que lo recibes de lo alto!

Se le arrojó Poncio; y los ojos del Señor le esperaban.

En aquel instante llegó aturdidamente

una sierva de Claudia, y huyendo de Jesús, le dijo:

—¡La dómina llora!

Fué Pilato a la cámara; y su esposa se le abrazó sollozando:

—¡No matarás al justo! ¡Yo sentí su agonía en mi visión! ¡Poncio, no lo mates!

Y le dejaba el perfume de su boca y de sus cabellos y de las magnolias de sus manos y la amargura de sus lágrimas.

Llamaba el tribuno. Y Poncio se arrancó de las caricias de Claudia.

Habían venido los hijos de Annás, el que fué Pontífice y engrandeció su casa y mantenía amistad con el Legado de Siria.

Y cuando apareció el Procurador, embravecióse el tumulto, y gritó Eleazar, el primogénito del «hombre venturoso»:

—Esto dice mi padre: ofendes a Tiberio amparando al que se levantó por Rey de los judíos!

Los sacerdotes murmuraban:

—¿Te recordaremos nosotros al César?

Y seguía Eleazar:

—¡Título tienes de *Amigo del César*, y Rábbi Jeschoua se rebeló contra Roma!

—¡La cruz!—bramó la muchedumbre. Pilato sonreía cansadamente.

—¿Crucificaré yo a vuestro rey?—y pronunciándolo volvióse a sus amigos que recibieron con frialdad su chanza.

Se había invocado a Tiberio; y los patricios se apartaban cautelosos de la contienda.

Los sanhedritas escandalizados se golpeaban la faz.

—¡Mirad el rey que ofrece al pueblo del Señor! Lo escarneció por escarnecernos; y quiere librarlo porque nos odia!

El Sumo Sacerdote levantó su báculo.

—¡Todavía no tenemos más rey que Tiberio!

Y muchos voceaban:

—¡El «amigo de César,» el «amigo de César!»

Sobrecogióse Poncio. Jerusalén se le

ceñía para derribarle. Se enjugó las sienes y pensó: «Sudo como el Rábbi.» Y apartóse de él. En el grito de *amigo de César*, resbalaba el ludibrio y una amenaza de delación. Buscó la compañía de los caballeros romanos, y con tono de zumba, tan forzado que desconoció su misma voz, les dijo:

—¡Le acusan de Rey, y no tiene a nadie!

No le respondieron.

Poncio, lo repitió:

—¡No tiene a nadie el *rey* desollado!

Y cuando se afanaba por sonreír, le hincó BÍLBILLO sus ojos de gavilán.

—¿Nadie? ¡Y tiene toda Jerusalén que le acusa!

Enrojeció Poncio porque el logrero mejor semejaba advertirle: *¡Tienes toda Jerusalén que te acusa!*

Y vió la patria romana: se hundía en las nieblas de los más apartados confines del mundo; pero la conciencia de la soberanía de Tiberio se prolongaba como una raigambre viva, sustentán-

dose de la tierra de las colonias más remotas y sintiendo todos sus latidos.

Poncio se sorprendió mirando rencorosamente a Jesús. Celio dijo verdad: *¡No quedaba ya reo!*

Y seguía llegándole la mirada de padecimiento y de firmeza del acusado.

Se odió y lo odió todo: Jerusalén, César, la figura de Jesús, sus amigos, su insignia, su sudor, el cielo magnífico de la mañana, el llanto de Prócula...

Tropezó consigo mismo, obscuro, murado, inepto.

Y todo pesaba sobre su vida. Reducido, atado a los otros; y todos sometidos a su voluntad.

Avanzó; y le seguían sus gentes; se retrajo, y se apartaban. ¡Era él; era amo! Y abrió su puño, y retronó su voz: —¡Bajadlo al Pretorio!

Y él, corría delirante, con la toga desplegada; y su cortejo saltaba ágilmente los blancos peldaños. Abrióse la cohorte para recibirle, centelleando de sol. Sol, bronce, clámides, retumbos y alaridos de trompetas y multitud; el

púlpito arrastrado como un carro triunfal por sus gigantes de acero; las insignias moviéndose gloriosamente en el azul. Y Poncio se deslizaba dentro de lo magnífico, de lo gallardo y fácil de su pomposa jerarquía.

Se halló sobre su estrado de la Justicia. La ley romana quiere que la sentencia se pronuncie desde un lugar eminente; y él lo había subido.

Un anhelo precipitado le calentaba su diestra, apoyada en el recordero de la tribuna.

Junto al sitial se doblaba Jesús crujiéndole su aro de puas.

Poncio se dijo: Así debió derribarse en los hombros de Claudia!

Para no verle, sentóse en la cátedra; la cauda de su vestidura desbordó espumosa por la gradilla. Y, aún asomaba el erizo de ramas.

Y mandó que le quitasen al Rábbi la corona.

Lanzas, broqueles, cascos, báculos tiaras quedaron esplendiendo quietamente. Jerusalén calló.

Le esperaban. Y hundió la mejilla en su puño nervioso, dilatose su nariz, se le hundieron los ojos y parecía mirar con la crispación de sus cejas.

Después, ladeose. Un legionario recogió su rápida palabra. Y le presentaron un escudo por el lado cóncavo y un jarro de oro de cuello alongado y fino como un cisne de luz.

El tribuno le desnudó los brazos, y fue vertiéndole agua que asperjaba sus pulseras y se rompía entre sus dedos y saltaba fresca y sonora en el broquel. La emoción sagrada del símbolo en las viejas edades segaba como una hoz todos los rumores.

Concepto de pureza inspiró siempre el agua. El sabio de Mileto la puso sobre todos los orígenes de las cosas; y el cantor tebano la ensalzó como gracia primera de la vida. Y surgió el rito y el remedio lustral. Había lustraciones para expresar la inocencia; la proclamaban antes que el discurso; porque aún no se penetraba en toda la íntima fuerza de la palabra; y un acto simbólico com-

prendía más cabalmente lo que yacía dormido en la mudez.

La voz del hombre fué dando forma dócil y perenne a los pensamientos; pero, siguió practicándose el símbolo porque con él los jueces avisaban el peligro de una injusticia y se eximían de su pesadumbre con más pudor y eficacia. El vocerío de la multitud, que apagaba la palabra del prudente, no vencía el silencio mímico de la ceremonia.

Poncio Pilato se descansó en el símbolo. Y Jerusalén temió. Un gentil evocaba la voz del salmista: «Lavaré mis manos entre los inocentes»; y la solemne severidad del Deuteronomio:

...«Cuando fuere hallado un hombre muerto, y no se supiere quien le mató, saldrán los ancianos de la Judicatura y medirán la tierra desde el sitio del cadáver hasta las ciudades del contorno; y los jueces del lugar más inmediato, tomarán una ternera añoja que no haya traído yugo ni roto el campo con la reja; y llevándola a un valle árido le

quebrarán la cerviz. Y los ancianos lavarán sus manos sobre la res, diciendo: Nuestras manos no derramaron la sangre de ese hombre ni nuestros ojos lo vieron. ¡Sé propicio, Señor, a tu pueblo, a quien rescataste, y no le imputes la sangre inocente. «Y será apartado de los jueces el reato y peso del homicidio.»

Y la Glosa de Sôtah resume y cifra el texto mosaico: «Tan puras y limpias como nuestras manos lustradas, están nuestras conciencias de toda sangre.»

Poncio tendió sus brazos, y el agua goteó en la cabeza lacia de Cristo. Y dijo el romano:

—¡Inocente soy de su sangre!

Se adelantaron los sacerdotes, los escribas, los ancianos de Israel formando un círculo en torno de la cátedra. Y el Príncipe del Sinhedrio y el Hâkan subieron sus frentes, y no pronunciaron la fórmula pavorosa de descargo: «Caiga la sangre de ese hombre sobre él,» sino que dijeron dándose en prenda de su verdad:


—¡Caiga la sangre del Rábbi sobre nosotros y sobre nuestros hijos!

Lo repitió el cortejo volviéndose a la multitud; y ya todos rugían la maldición con un ahinco que les rasgaba las bocas y les inflaba las fauces como gañiles de perro.

Poncio quedó inmóvil, supremo, duro sobre el oleaje de sayales, de sudarios, de cayadas, de gestos y aullidos de plebe; plebe de astrosos, de lisiados y vagabundos; plebe de artesanos, labradores y camelleros, de rábbis, juristas, mercaderes y devotos, de gentes honradas y poderosas, sin un ímpetu de rebeldía, todo odio, desconfianza y obediencia, plebe que pastura el camino estercolado por todos los rebaños humanos.

Y Poncio la miraba con una frialdad señoril, complaciéndose en sentirse él, y él solo, blanco, prócer, togado, esculpido en la excelsitud de su jerarquía y de su raza.

La muchedumbre llegó a los pretales de los caballos, enloquecida por el can-



sancio; y daba ya hedor de entrañas agotadas, de lenguas secas.

Movióse Poncio. Había sentido en sus hombros los dedos de los romanos remedando el crepitar del pico de la cigüeña. Y no estaban. No estaban, pero recibía su mirada; y ya no eran sus ojos los ojos agradados del poder del amigo.

Le miraban los decuriones, el centurión, el Tribuno; y ya no le miraban pendientes de su ceño o de su insignia. Y detrás de todas las miradas, se abrían los párpados blandos de Tiberio, que le observaba con una fijeza glacial, sin ira ni lástima, los ojos de Tiberio parándose sobre un delatado de *lesa-majestad*, acusación que aparta el amor del hermano, del hijo, de la esposa...

Levantóse con indolencia. Acaso hiciera un ademán muy sabido de sus tabularios, porque acudieron aperci biendo sus láminas. Ya estaba todo: el pueblo, que pedía un fallo en nombre del Emperador; el reo, desfallecido, desangrándose; los curiales, los ejecuto-

res... Y la fórmula jurídica externa, enjuta de piedad, se deslizó en los labios del magistrado.

Después, prosiguió dictando el fundamento de la acusación:

—...Jesum Nazarenum, subversorem gentis, contemptoris Cæsaris...

Y acabada la sentencia alzóse, señaló a Jesús y sin mirarle, dijo:

—Ibis ad crucem!

Rápidamente recogióse la cauda, descendió del púlpito por la gradilla frontera a la del Rábbi, y mandó al líctor Proximus:

—I líctor: expedi crucem!

... Poncio subió lentamente. Las piedras de los muros y torreones humeaban de calina. De las cúpulas, de los umbráculos bajaba un convite de silencio y reposo de siesta.

En el azul de dos almenas, se recordaba la blanca figura de Claudia.

Y Pilato sumergiósese en la penumbra de la sala del Pretorio.

Los patricios dormitaban en los grandes lechos. Y él desabrochóse la vesti-

dura pretexto y la arrojó entre las patas de la loba de bronce.

Despertó Celio, y sonriéndole dijo:
—¡Procurador implacable, que te mustia una cruz! ¡Blando es tu ánimo!

Poncio arrebatóse.

—¡Blando soy porque no alcé esa cruz en cada azotea!

Se había incorporado el fastuoso mercader.

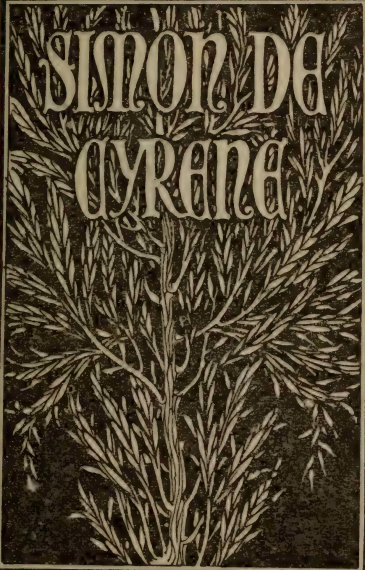
—¿En cada azotea? ¡Carísimo: toma mis bosques de Sicilia!

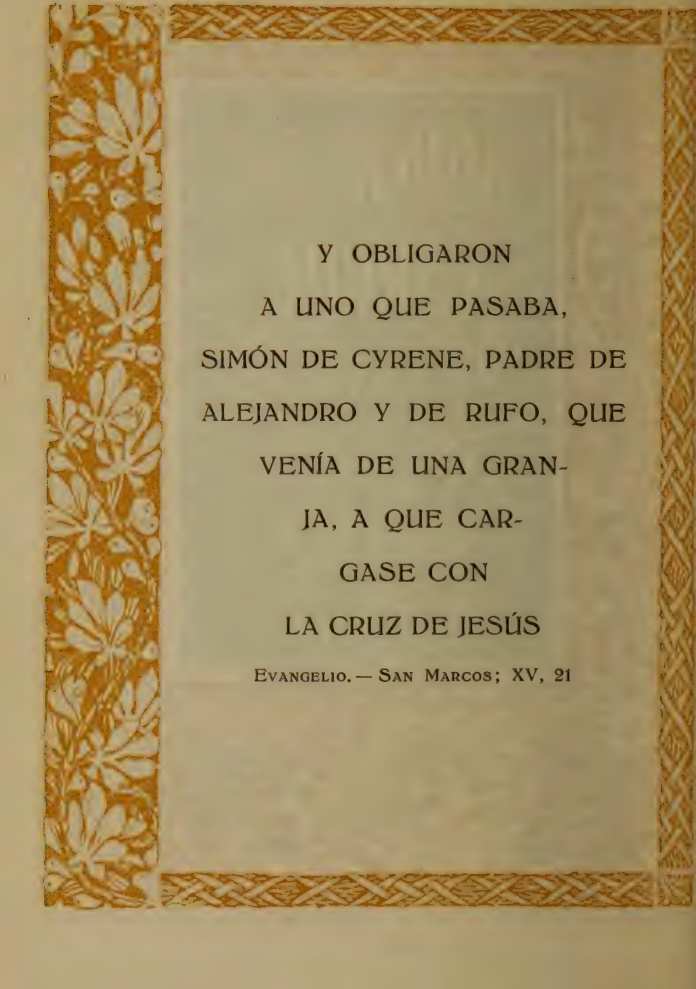
Mario rodó por las almohadas mordiendo las estofas de carmesí.

—¡Cafarnaum, Tiberiades! Los brazos de Herodías, más dulces que las manzanas de Tíbur... ¡Yo quiero exprimirlos!... En la paz del Pretorio, tronaron las bocinas pregonando la hora sexta



SIMON DE
CYRENE





Y OBLIGARON
A UNO QUE PASABA,
SIMÓN DE CYRENE, PADRE DE
ALEJANDRO Y DE RUFO, QUE
VENÍA DE UNA GRAN-
JA, A QUE CAR-
GASE CON
LA CRUZ DE JESÚS

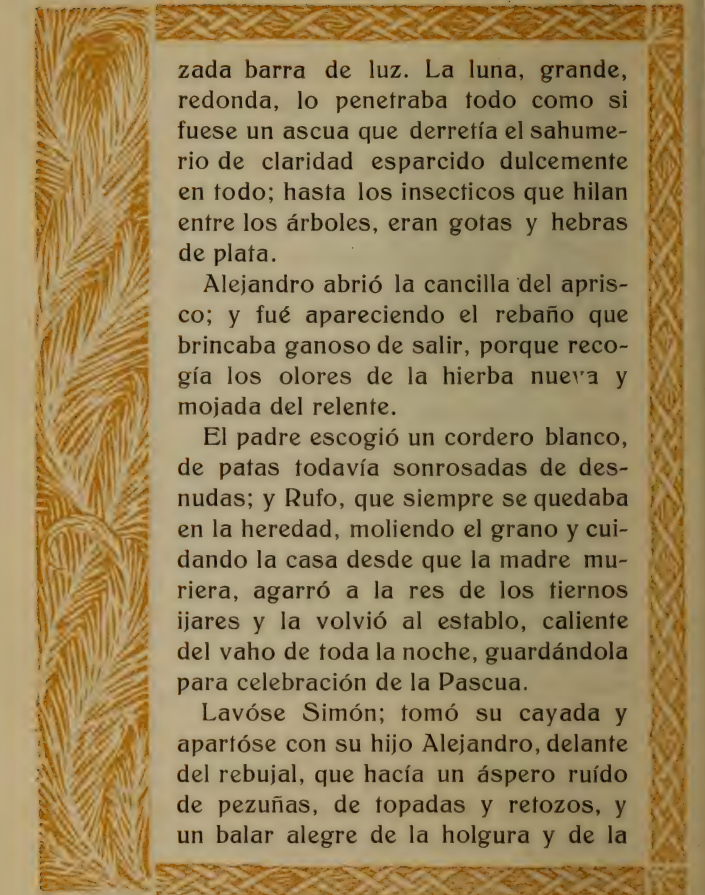
EVANGELIO.— SAN MARCOS; XV, 21



ISTIÓSE Simón su sayal de la muda de fiesta, que era recio y azafranado, y las mangas, de las que se rasgan por el codo. Fué doblándose a los riñones la ropa

ancha que le servía de talega y cingulo, y, entonces, se le descubrieron más sus piernas vibrantes de músculo, con vello como el esparto, domado por las ataduras de las ferradas sandalias, de piel de hiena. Tomó el sudario, que se ciñe a la barba; y salió a bañarse en la pila. Y se llenó de luna. Parecía forjado de metales y mármoles bruñidos; y su cabeza, pequeña y rizada, tenía los dulces rasgos de la raza libia.

Rufo, ya subía el agua; y la herrada tronaba fresca y ruda, desbordándose dentro del aljibe. La volcó desde el brocal; y el agua caía como una tren-



zada barra de luz. La luna, grande, redonda, lo penetraba todo como si fuese un ascua que derretía el sahumerio de claridad esparcido dulcemente en todo; hasta los insecticos que hilan entre los árboles, eran gotas y hebras de plata.

Alejandro abrió la cancilla del aprisco; y fué apareciendo el rebaño que brincaba ganoso de salir, porque recogía los olores de la hierba nueva y mojada del relente.

El padre escogió un cordero blanco, de patas todavía sonrosadas de desnudas; y Rufo, que siempre se quedaba en la heredad, moliendo el grano y cuidando la casa desde que la madre muriera, agarró a la res de los tiernos ijares y la volvió al establo, caliente del vaho de toda la noche, guardándola para celebración de la Pascua.

Lavóse Simón; tomó su cayada y apartóse con su hijo Alejandro, delante del rebujal, que hacía un áspero ruido de pezuñas, de topadas y retozos, y un balar alegre de la holgura y de la

promesa del collado y del hondo de aguas vivas. Sonoreaban las esquilas desgranándose en la paz del alba, llenándola de la inocencia y gracia de aquellas auroras de bendición en que Moisés mostrara a su pueblo, desde el monte de los *Pasajes*, el Monte Abarim, el principio de la tierra prometida, «cuyas rocas destilan la miel, el aceite y la sangre purísima de las uvas».

Simón cantaba y miraba sus bancales mullidos. Y había de volverse para llamar una oveja que se quedaba ronquera, y se paraba balando.



Desde el casal venía un quejido roto de la cría encerrada.

Alejandro le pidió a su padre:

—¡Cuéntame de Cyrene, que yo nunca vi!

Y dijo Simón:

—¡Cyrene, Cyrene! Sus muros, su tierra, sus casas, tenían un color de mies y de manzanas maduras; sus montes, como panales. A una moza rubia la comparábamos! Más que el Jordán era de grande el camino que venía



del puerto de Apollónia, siempre apretado de mercaderes; y bajo los velarios, en presencia del Rey, se pesaba y vendía el *silfion*, caña codiciada de los griegos que le extraen su jugo para especias y drogas. Fuera del recinto, camino de las huertas que crían la cidra y el azafrán, manaba una fuente de tres caños al pie de un cabrahigo en cuya sombra podía sestear un buen rebaño. Y cuando abrevaban las camellas se nos aparecía un viejo jiboso y desnudo, gritando como si ladrarse y moviendo su tirso de pieles de víboras. Escapábamos los pastores; y, entonces, él, escondido bajo los vientres de las camellas, les chupaba las ubres; y después, se iba volcándose beodo del hartazgo. Amenazónos el amo con la tortura; cobramos ímpetu, y una tarde caímos sobre el viejo arrojándole piedras y escombros. Un canto le quebró los hinojos. Los alaridos del lisiado, sacaron de la muralla a la gente. Y todos se holgaban apedreándole y decían:

«¡Es vampiro, vampiro de la enjundia de las hembras!»

Y el viejo bramó: «¡La sed os seque las entrañas y os pesen más que estos guijarros porque matáis al dios de vuestra agua!»

Muchos se asustaron, pero el rabadán de nosotros, gritó:

«¡Rematadle que ya se hiende y sangra por todo el cuerpo! Rematadle aunque sea dios, que alguna vez habíamos de poder nosotros.»

Y sus palabras y el olor de la sangre, embravecieron las manos, que arrancaban las losas de la misma fuente, y aplastaron al dios como un alacrán!...

A poco vino sequia; menguaban los caños. Y toda la ciudad nos culpó. Se buscaron y recogieron todos los pedrales de la maldición, y con ellos labróse un ara bajo el árbol para hacer de nosotros un sacrificio de desagravio al viejo jiboso.

Pudimos huir. Pasamos muchos pueblos de deleites y magias feroces donde se trasmudan las personas en

bestias; y así, había damas principales que agasajaban mulos y carneros en estrados floridos. Pues los brujos se apoderan, desde muy lejos, de la voluntad de los hombres; clavan agujones invisibles, encendidos de antojos, en el corazón de las mujeres haciéndoles aborrecer lo galano y amar lo inmundo. Con un trozo de la ropa de una enamorada, embebido del olor y de alguna sangre de su cuerpo, fraguan encantos que nadie resiste. También componen de cera unas imágenes de la hechura de quien se quiere gozar o se odia, y todo lo que en ellas se comete lo siente la persona representada. Lllaman Thot a la divinidad de la Magia, y es cruel y propicia, porque a Thot se le pide el daño de los hechizos y a Thot se le invoca para los remedios y los sortilegios. Hay, además, unos seres que dicen demonios. Tienen mucho poder. Algunos aparecen como sabbandijas con alas; se ciernen en el viento, se juntan con el polvo, se cuajan en el vapor de las marismas, buscan los la-

gares cuando hierve el vino, se sumen en la humedad de las praderas. Son los genios de la fiebre y de la locura; son los trasgos y los duendes que traen la desgracia de las esposas y de las hijas; son las gurias, de mirada pegajosa y voraz, que hartas de la podredumbre de los sepulcros, se pegan a la piel de los caminantes y les chupan la sustancia de las venas y del hueso, dejándoles desjugados, y se les ve arremolinarse en las polvaredas de las encrucijadas como hojas secas...

Llegamos a un país que adora a una deidad desnuda que se coge los pechos. Sus sacerdotes no pueden conocer mujeres, y las sacerdotisas mueren hartas de amor. Traspusimos más fitas de naciones; y nos acomodamos en las majadas del Líbano. Desde allí se veía toda la anchura del mar como un prado azul, y el reposo de la tierra, y sus ciudades dóciles y menudas como un hato de recentales. Yo cantaba la tonada de la muerte de Adonis, que aprendí de mi madre; nunca la acabé recordando el

tormento del viejo de Cyrene; y les preguntaba a los otros: «¿Sería un dios?» Ellos se reían de mi espanto y de mi lástima; y a ti te digo que yo deseaba que fuese alguna divinidad, porque me daba más compasión el sufrir que tuvo como hombre!...

... Cuando llegaban a los majanos y muladares de Bezetha, asomó el sol como una rodela ensangrentada. Se inflamaron las cúpulas, los hizanes, las eminencias y torres de Jerusalén. Pasaban las palomas que anidan en los techos y capiteles de los palacios, y al recibir la llamarada del cielo semejaban heridas. Los vellones del lomo de las reses se tiñeron de una púrpura siniestra; y sus sombras, y las de Simón y Alejandro se tendían oblicuas y lívidas por los recuestos.

Desde un adarve de la Ciudadela, un pretoriano disparó su arco contra dos buitres que se remontaban y luego volvían a la querencia del Cedrón. El Cedrón rugía hinchado de las aguas

gordas y de las sangres de los ver-
tederos del Templo.

Se entraron por el camino de Da-
masco, que allí se recoge entre cercas
desbordantes de frescura de los huer-
tos patricios. Los granados y laureles,
sueltan sus frutillas, se doblan bajo el
abrazo de la madre selva y del jazmín;
y la calzada queda íntima y umbrosa,
con un rumor de norias, de arcadu-
ces desbordantes. De cuando en cuando,
surgen los adelfos, los magnolios y
las oleadas de rosales del huerto de
Josef de Arimathea. De una acacia en
flor, siempre salía la trova de los
ruiseñores; y hasta las ovejas miraban
el árbol apasionado que era como un
salterio tañido por la brisa primaveral.
Después, acababa el deleitoso cercado;
y la tierra parecía crepitar de sol.
Camino entre cactus y eriales; ca-
mino de Jaffa que rodea un cerro pol-
voroso, con cardos que se quiebran de
sed y semejan vaciados en cal. Una
cisterna abandonada abría sus fauces
rotas; la peña, en lo alto, huesuda, lisa,

gorda, se va oprimiendo como una sien y después se levanta abovedándose como la frente de un cráneo enorme. Es el Gólgotha, hórrido y viejo entre la feracidad y juventud de las quintas señoriales de placentería; su vereda ardiente roe la ladera y baja a lo llano del camino de Jaffa que principia en la Puerta de Efraim o Puerta de los Jardines.

...Simón y su hijo descansaron a la sombra de los muros. La grey pacía las matas menudas de los fosos. En los yermos, bajo los olivos, se hacinaban los aduares de las caravanas.

Y mientras venían los mercaderes de ganados, Simón, tendido hacia el azul, recordaba de su vida.

En estos mismos parajes descansó otras mañanas de Pascua para vender rebaños de su amo. Entonces, ya se le deshacía la memoria de los dioses cartagineses, y mezclaba en sus imploraciones a Allah y Elo-him, coincidiendo su ánima intonsa con las sutilezas de los etimógrafos.

Revolvióse; se acodó en la tierra, y dijo:
—... Fué tu madre la que me pasó del todo a Israel. Aquí nos vimos un día de Parásceve. La seguí por toda la ciudad para mirarla. Subió al Templo; y yo también subí. Se apoyó en un pilar de los pórticos, y yo toqué esa piedra como se acaricia una cordera recién parida. Se marchó a su granja, que ahora es nuestra casa, y yo caminé detrás, y siempre la miraba...

Pero, yo era pobre; yo no tenía todos los dineros del *Mohar* que me pidió su padre. Y entré al servicio de sus campos hasta pagar en sudor el precio de la boda. ¡Ensalzada sea la mujer que me hizo venturoso y me dió hijos fuertes! Ella me bendijo sonriéndome en su agonía; y su mano se fué enfriando dentro de mi pelo! ¡Y yo, entonces, entonces ví el pilar del pórtico donde ella se recostó siendo moza! ¡Y la besé llorando, y besándola, besándola se derribó en mi hombro, muerta! ¡Vosotros jugabais con un cabritillo que estaba mamando de su madre!

...Llegaron los mercaderes de rebaños, cuyas túnicas olían como la piel del macho cabrío.

Sacaron discos de pan de maíz, habas tostadas y un tarro de vino fermentado de Media. De todo les dieron a Simón y su hijo; y les desmenuzaban el cuento de sus pérdidas y malogros.

Simón y Alejandro les atendían con desconfianza. Y los otros, muy falagueros les llamaban hermanos y amigos de bien. Y uno, seco de años y avaricia, de rostro sumido y húmedo como una rata de albañal, guiñaba de ojos murmurando:

—¡No hay mujer extranjera ni creyente que pase sin miraros! Apostura hermosa y buen sino hallarán todas en vosotros. Amigos: no necesitáis de la prenda que yo traigo!

Y descubriéndose el seno peludo, sacó un amuleto fétido de mandrágora.

Alejandro lo miraba ávido de saber su razón.

Y el vejezuelo le dijo con risa de vicio:

—Esta planta da el ardor y la fuerza que tiene el morueco. ¡Bíen apeteció Raquel su fruta! Y para que aproveche, ha de arrancarla un perro en la luna nueva, y se oye el llanto del hombre-cillo que vive en lo profundo, y le deja su figura humana. ¿No sabeis que los elefantes se alimentan de mandrágoras en el Paraíso?

Y cuando ya sintió que el mozo y su padre se desfruncían de recelos, profirió el precio de las reses.

Simón quitóse el alimento mordido de la boca, y sacudió los relieves y migajas del enfaldo de su sayal, agravado de la codicia de aquellos hombres de ojillos insaciables.

Los mercaderes engullían sin alzar la frente. Y murmuraban gangosos:

—¿Acaso piensas doblar la ganancia en las ferias del Templo de Dios?

—El profeta Jeschoua vino otra vez como una tempestad del desierto y trastornó los bancos de los cambistas y derribó los puestos de los vendedores.

Porfiaba el cyreneo en entrar su ga-

nado. Y los negociantes se reían heladamente, advirtiéndole:

—El profeta golpeó nuestras espaldas con una jáquima que recogió del muro, toda pinchosa de ortigas, y gritaba: «¡Mi casa, es casa de oración y no madriguera de ladrones!»

Y el viejo rijoso alzó sus manos de raíces podridas exclamando:

—¡Pero maldito ha sido su impropio, maldita su audacia! «El Señor hace misericordia a todos los que sufren agravios! El Señor es mi auxilio y no temeré lo que el hombre me haga!» Preso está ya ese Rábbi. Cuando salíamos lo subían atado al Pretorio. Yo le ví una mañana resistiendo con injurias y burlas las palabras de los sacerdotes.

Simón y Alejandro, se acercaron más al mercader.

—...Yo oraba en el Templo. Y vino Rábbi Jesús con sus discípulos, y aprovechándose de la soledad, llegaron al Vestíbulo. Yo les miraba espantado y aun les llamé. Y Jesús no quiso oirme

y se adelantó con altanería a las gradas santísimas. Pero, Jehová les envió un sacerdote. Terrible como el unicornio me pareció su ministro. Y resonó su voz en todo el Santuario: «¡Cómo osasteis llegar hasta aquí! ¡Cómo pisasteis ni una de estas losas sin bañar siquiera vuestro cuerpo, cuando nosotros no pasamos sin lustrarnos y sin trocar las vestiduras!» Y el Rábbi no temió. El Rábbi enfurecido, le dijo: «¿Acaso tú estás puro?» Y el sacerdote gritó: «Lo estoy. Yo me he bañado en la piscina de David; y descendí a las aguas por unos escalones y subí por otros para no recoger las inmundicias que al bajar dejaban mis sandalias. Mira mis pies y mis manos; mira mi túnica inmaculada!» Entonces, Jesús movió su cabeza con menosprecio y dijo: «¡Desventurados los que tienen ojos y no ven! Tú te has bañado en agua que corre por cauces donde pueden arrojar perros y cerdos muertos! Tú te has limpiado la piel, te has lavado por fuera como las cortesa-

nas y tañedoras se limpian y ungen para despertar los deseos de los hombres; mas, por dentro estáis avivados de escorpiones y de todo mal. No así yo ni los míos que nos purificamos en aguas de vida eterna!»

Calló el ganadero y quedóse señalando hacia la ciudad.

Llegaba una alarida pavorosa esparciéndose por el paisaje.



Los mercaderes prorrumpieron en maldiciones; se herían la frente con sus puños crispados, se retorcían las barbas y las vestiduras, se agobiaban hasta el polvo, y, después, elevaban sus brazos implorando al Señor.

—¡Ya no hay término en nuestros males! ¡Jerusalén gime en la revuelta por la obra ruín de Jesús!

Y Simón, temeroso de que el tumulto malparase el mercado del día, consintió en el precio que antes desdeñara.

El hijo llevó las ovejas madres a la verde blandura de una hoyada.

En tanto, Simón se acercaba a Jerusalén contando su ganancia. Corta ha-



bía sido, pero ya se sentía descuidado y con ella podía aguardar hasta que vendiese sus cebadas y avenas. Ahora, compraría los panes y frutas de la Pascua; y después de los Azimos, remendaría los muros de la heredad, que se iban desgarrando, y, de noche, entraban las sierpes, que buscan los rescoldos del *Kiraim* y la tibieza de los pesbres.

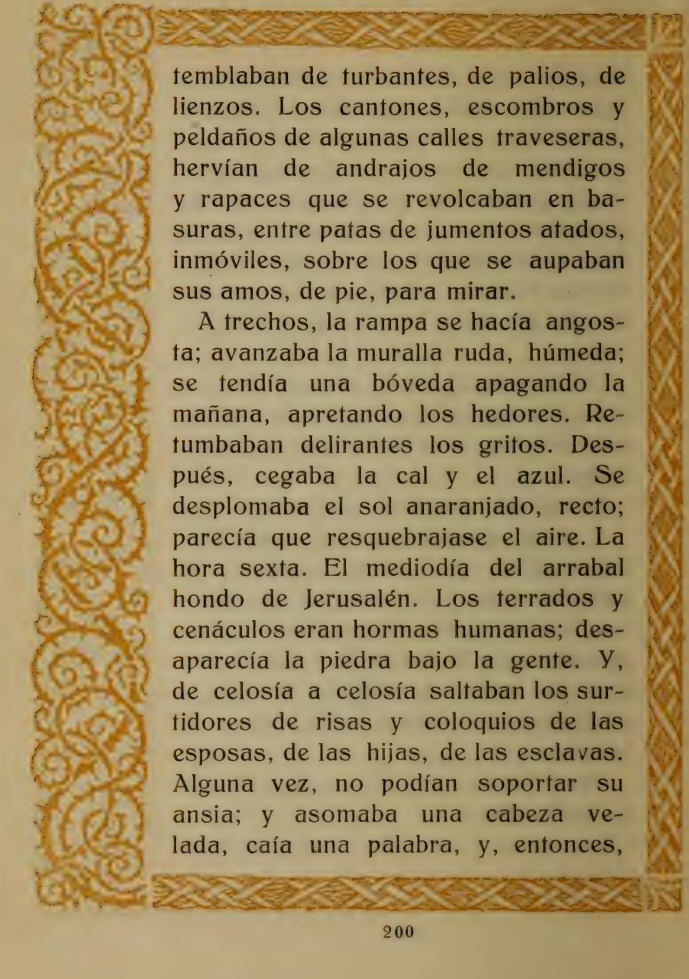
Le distrajo el habla bárbara de dos esclavos negros que subían la vereda del Gólgotha, escoltados por un pretoriano.

El cyreneo quedóse mirándoles.

A poco, aparecieron en la cima. Brillaba como un basalto esculpido la carne atezada y desnuda de los siervos; sus brazos se levantaban y caían pesadamente abriendo la roca. Sobre el crudo azul se perfilaba la silueta perezosa del soldado reclinándose en su lanza.

Pasó Simón bajo el arco de la Puerta de los Jardines.

La cuesta y las calles bajas de Acra



temblaban de turbantes, de palios, de lienzos. Los cantones, escombros y peldaños de algunas calles traveseras, hervían de andrajos de mendigos y rapaces que se revolcaban en basuras, entre patas de jumentos atados, inmóviles, sobre los que se aupaban sus amos, de pie, para mirar.

A trechos, la rampa se hacía angosta; avanzaba la muralla ruda, húmeda; se tendía una bóveda apagando la mañana, apretando los hedores. Retumbaban delirantes los gritos. Después, cegaba la cal y el azul. Se desplomaba el sol anaranjado, recto; parecía que resquebrajase el aire. La hora sexta. El mediodía del arrabal hondo de Jerusalén. Los terrados y cenáculos eran hormas humanas; desaparecía la piedra bajo la gente. Y, de celosía a celosía saltaban los surtidores de risas y coloquios de las esposas, de las hijas, de las esclavas. Alguna vez, no podían soportar su ansia; y asomaba una cabeza velada, caía una palabra, y, entonces,

subían los ojos y fisgas de la multitud. Pasaban mancebos egipcios, pintados y lascivos, con las cejas y cabellos de añil, ofreciendo en sus cestillas de mimbres, limones dulces, almendras verdes, meollo de palma, quesos de Bythinia. Un árabe hercúleo, de muslos de oso, con una camisa azul y una hoz rota atada a su frente como un asta, vendía en una cántara bermeja *vino de misericordia*, el *mesek*, vino con granos de mirra que aturde a los reos. Por un óbolo, la gente regocijada podía catar el último sabor que queda en la lengua del crucificado.

Le llamó una moza, vestida de un oleaje de colores; y desde un portal le avisaban:

—¡Engaño, engaño, porque la libra de mirra vale más de veinte denarios!

Y el árabe rugió:

—¡No beberíais lo que cabe en el hueco de las dos manos sin desfallecer!

Le cayó entre los ojos una plasta de estiércol.

—¡Raka! ¡Pones amargo tu vino con aguas de asno!

Bramó, ya cerca, la retorcida bocina del pregonero. Redoblaron los clamores. Tronó el suelo por el brío y fortaleza de Roma. De todos los callejones que vienen precipitándose a la ruta grande, se descolgaban racimos de plebe que ya viera el paso de los condenados, y se adelantaba para presenciarlo de nuevo. Chillaban enardecidas las viejas malagoreras que se refocilan en la visión de la muerte; las que pasan arrastrándose bajo la muchedumbre, y les crujen los huesos pisados, y se revuelven entre perros que les desgarran el capuz, y llegan junto a los sentenciados; les siguen, les toman el aliento de su angustia; oyen el pregón de su crimen, se muestran horrorizadas para agradar a los ejecutores. La soldadesca las incrusta brutalmente en la costra del público; y ellas refieren que las miró un reo, que tocaron su piel, y esa piel estaba erizada y se movía como la de los mulos cuando se

les paran los tábanos en las mataduras.

Simón bajaba, ahogándose, por la cuesta. Quiso volverse; buscar a su hijo; correr al apartamento de su granja, y no pudo; le atropellaron, le injuriaron resollándole encima de su boca. Le hincaban los codos en las ijadas. Surgió el caballo del centurión. Un heraldo levantaba en el ástil de una pica los títulos que habían de colgar de las cruces. Comenzó Simón a leerlos, y apartóle el golpe de una rodela que ardía de sol.

Entre los legionarios descollaba un reo rollizo, de cráneo chato, trasquilado; un anillo verdoso le taladraba su nariz en cuyas fosas se le había cuajado la sangre. Los dos tablones de su cruz, atados por una punta, le cabalgaban sobre el cuello como un yugo.

Una correa le atraillaba con el collar de otro reo lívido, mugriento, flaco, de barba de pelusa de panizo. Traía sus maderas como una horca, aplastándole un hombro. Las moscas les buscaban la humedad de las llagas de

la flagelación, que iba acartonándoles los harapos.

Seguían los esclavos sirianos de la cohorte, y sanhedritas sentados en sus mulas cubiertas de paramentos de plata. Asomaban las trozas cercenadas de la cruz del Rábbi, y súbitamente oscilaron derribándose. Se oyó un gemido.

Una vieja hedionda voceaba:

—¡Lo chafa el peso, porque ya está el *Mesías* como un gato canijo!

Acudió el centurión, grande, blanco, cruzado por la banda de oro de su *balteus* de cuyo broche de púrpura pendía la centella de su espada. Brincó su bestia sobre un torbellino de carne; y el jinete quebró la punta de su vara jerárquica de vid golpeando frentes.

Salía, entonces, del cerco de Jesús un legionario, y reparó en Simón.

—¡Eres como un árbol de fuerte! Ven, y probaremos tu rejo!

Y lo empujaba hacia el caudillo.

Estuvieron hablando. Su amo, para oírle, se inclinaba encima de las crines rizadas de su potro.

Luego, irguióse gritando:

—Sí; cargádsela a él.

Y el soldado agarró del sayal al cyreneo.

Intentó rechazarle el campesino. Vibraron las risas. Y una voz dura, extranjera, le increpó:

—¡Anda, llévale la carga a ese, o te clavamos en la muralla como un murciélago!

Simón llegóse temblando junto al Rábbi. Le alzó su cruz.

Y caminaron.

El hombre de Cyrene se sentía traspasado por la mirada del reo. Ladeóse para verle. Tenía un párpado rasgado; las sienes hondas; y al quitarse la sangre dura de las órbitas, su mano herida se dejó sangre fresca en su boca estirada por el asma. Y esa boca le sonreía...



...Rufo y Alejandro lavaban y buscaban en el cuello de su padre.

Y decía el hijo pastor:
—¡Debe de ser una pincha como una
jara según te quejas; y no se te ve de
tan menuda!

Mucho tiempo pasaron para arran-
cársela. Era como la arista de
un cascabillo de cebada.

Y se la dieron. Simón
lloraba mirán-
dola...





MUJERES DE
JERUSALÉN

Y
LE SEGUÍA
UNA MULTITUD, Y ENTRE
ELLA UN GRUPO DE MU-
JERES QUE LE
LLORABAN

EVANGELIO.— SAN LUCAS; XXIII, 27

SALIÓ PARA
AQUEL LUGAR QUE
SE LLAMA CALVARIO, Y
EN HEBREO, GÓLGOTHA. Y ALLÍ
LE CRUCIFICARON, Y CON ÉL A
OTROS DOS; A UN COSTADO
Y A OTRO, Y JESÚS
EN MEDIO

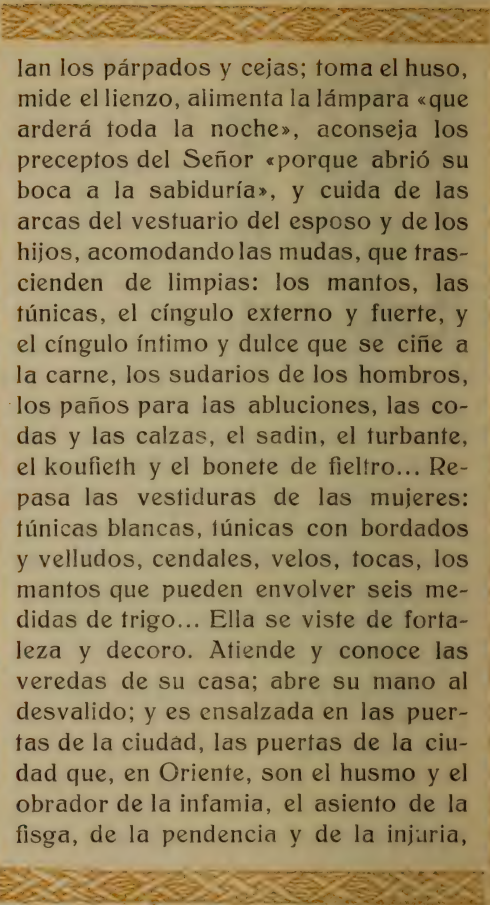
EVANGELIO.— SAN JUÁN; XIX, 17, 18



ACENDERA de bienes y virtudes es el hogar de la mujer prudente.

Las hijas labran túnicas y ceñidores; las siervas mozas, bullen al sol del patio, blanqueando

el tejido con la planta jabonera; algunas, hilan y devanan; otras, muelen, hiñen la masa, hurgan el rescoldo. Las esclavas de oreja horadada, porque renunciaron a la libertad del año sabático, venden labores al cananeo, vigilan el escriño donde se guardan las joyas: las armillas, el thorim de hebras de aljófares, el añazme, los zarcillos, las cadenicás con gábulos y almendras y lirios de orificia y ámbar, que resuenan en los pies. La madre, previene la costura, renueva el perfume de los pomos de alabastro que traen las hijas en el pecho, y las redomas del *stibium* y sus agujas de marfil, que agrandan y perfi-



lan los párpados y cejas; toma el huso, mide el lienzo, alimenta la lámpara «que arderá toda la noche», aconseja los preceptos del Señor «porque abrió su boca a la sabiduría», y cuida de las arcas del vestuario del esposo y de los hijos, acomodando las mudas, que trascienden de limpias: los mantos, las túnicas, el cingulo externo y fuerte, y el cingulo íntimo y dulce que se ciñe a la carne, los sudarios de los hombros, los paños para las abluciones, las cordas y las calzas, el sadin, el turbante, el koufieth y el bonete de fieltro... Repasa las vestiduras de las mujeres: túnicas blancas, túnicas con bordados y velludos, cendales, velos, tocas, los mantos que pueden envolver seis medidas de trigo... Ella se viste de fortaleza y decoro. Atiende y conoce las veredas de su casa; abre su mano al desvalido; y es ensalzada en las puertas de la ciudad, las puertas de la ciudad que, en Oriente, son el husmo y el obrador de la infamia, el asiento de la fisga, de la pendencia y de la injuria,

que no tiene entredicho en Israel, el ar-
bollón de las lavazas y podres de todos
los hogares y arroyos. Allí trae el es-
clavo la intimidad del lecho de la se-
ñora, desmenuza el cliente la sordidez
del patrono, cuenta el parásito los fes-
tines, y el rabino escurre su memoria
para sellar el lance que se refiere con
la marca de su escuela; allí se pregona
el fraude, el adulterio, las lágrimas de
la estéril; recude el soldado, el bata-
nero, el forjador, el azacán, el levita
andrajoso, que no participa de diezmos
y ofrendas, el hijo desgarrado de casa
ilustre, la manceba, y el jornalero que
aguarda dormitando que le arriende un
mayordomo. Al abrigo de las bóvedas,
pone el fenicio sus bazares, y el lisiado
clama su lacería, y el *portitor* o adua-
nero acecha desde su tarima, despre-
ciado de todos; hasta el inmundo, que
lleva roto el sayal para prevenir de sus
úlceras, rechaza su limosna, y el cami-
nante que pide posada, urde el embuste
contra él, y se celebra su engaño si
pasa al siervo por hijo, y jura que lo

de su fardel no ha de tributar porque viene destinado al Santuario, aunque luego lo granjee y lo consume con rameras. Puertas de ciudad, plaza, cárrava, cata y embalse de todas las vidas; y concurso y barzón de ancianos doctos, de vecinos principales, que vienen en las horas de sol del invierno y al oreo de las tardes de estío; y también roen y desnudan la desgracia y el vicio, y exaltan la gentileza de la casada que fué sorprendida sin velo; y se dividen sus pareceres comentando un repudio, porque los partidarios de la doctrina de Schammaï sólo lo aprueban si la mujer cometió adulterio, y consienten el divorcio para que el varón busque prole en esposa fecunda; mas, los que siguen la escuela de Hillel lo tienen por justo siquiera se funde en servir al esposo un manjar desaborido. Y el que oye alabanzas para la madre de sus hijos repite con el sabio que «la pérdida de ella fuera más amarga que la ruína de Jerusalén».

Un día llegó en que estos hombres,

los tolerantes, los rencilleros, los mozos, los ancianos, se alborotaron contra un Rábbi que perdonó a una adúltera.

El perdón les escandalizaba más que el mismo pecado.

Los escribas, los sacerdotes, los fariseos «que prolongan la oración al lado de las viudas para devorar sus bienes» maldijeron al que pretendía derrocar los mandamientos del pueblo escogido.

Y las mujeres descuidaban sus haciendas escuchando; y en el baño y en la plegaria se preguntaban por el Maestro, cuya palabra de amor tenía un filo de espada y de luz que iba penetrando en muchas voluntades. Porque su secta, que principió con doce discípulos en el país de Genezareth, se había derramado por la Decápolis y Samaria, y entraba en el recinto de Judea, murado y desdeñoso aun para las relajaciones de las mismas comarcas israelitas. Sesenta eran sus emisarios, como el número de las familias de Israel; y

surgían adictos en la ciudad del Señor y en las granjas del contorno.

El nombre de Jeschoua Nazarieth, fué execrado por las Synagogas, pero ya se pronunciaba en todos los hogares; y las siervas, apostadas en los canceles, traían el aviso del paso de ese hombre. «Venía por los callejones ahumados de las fraguas; atravesaba la plazuela tronadora de los batanes; salía por el arrabal de los tahoneros, oloroso de harinas y de leña; se alejaba hacia Sión»...

Y las mujeres, a hurto del padre o del esposo, se asomaban a las celosias, para ver al Profeta, enjuto y triste, de mirada vigilante y ancha; algunas veces, tendía sus manos sobre las sienes de un niño, sobre las angarillas de un paralítico que llevaban a esperar el hervor de la Piscina. Y sonaba la voz de Jesús, cálida y conmovida, que daba la gracia.

Tornaban las mujeres a su recogimiento, con un dulce sobresalto, un ansia nueva, dolorida y gustosa.

Cada palabra del Rábbi, era como un regazo que adormecía un corazón herido. Frente a los hombres, ásperos, desjugados, duros de egoísmo, otro hombre, que se llamaba Hijo de Dios, se adolecía de la mujer y había perdonado a la más abyecta. Rábbi Jesús condenaba hasta el pensamiento del pecado, pero menospreciaba la injusticia de los acusadores concupiscentes «que no podían arrojar la primera piedra». Entre la mujer y Dios estaba siempre el esposo, el padre, el dueño, la sombra del Doctor de la Ley «que oprime a los otros con un peso que no pueden soportar, y él no toca ni con una mano esa carga». Y el Rábbi Jesús no las arrancaba de sus deberes, sino que ponía la mujer al lado del hombre para que a entrambos les llegase la claridad y el amparo del Padre que está en los Cielos.

Junto a la oración farisaica, de labios enjutos y rencorosos, de piedad artera y ufana, Jesús renovaba la plegaria de los tiempos patriarcales, enseñando

el coloquio íntimo y tierno de la criatura con el Criador, del hijo necesitado que pide pan a un Padre que perdona.

Y cuando la judía confiaba en la promesa de su palabra, la voz adusta del hombre la hundió en sequedades recelosas: Rábbi Jesús hollaba la Ley, omitía sus ritos, trastornaba la verdad, participaba de la mesa de aventureros y gentiles.

Pero, se dijo que Nicodemus-ben-Gorión, maestro de Israel, fariseo justo y puro, había buscado al Profeta pidiéndole enseñanza; y que Josef de Arimathea, sanhedrita sabio y riguroso, le agasajaba y escuchaba devotamente.

Y vaciló el alma de las mujeres temiendo y esperando.

Y vino una mañana de primavera, tan jubilosa que parecía que se hubiesen alzado las bóvedas y las puertas de la ciudad. Jerusalén era un campo rebrotado, un monte verde, lleno de sol.

¡Hosanna, Hosanna al Hijo de David!
—gritaba un grupo campesino,—dejan-

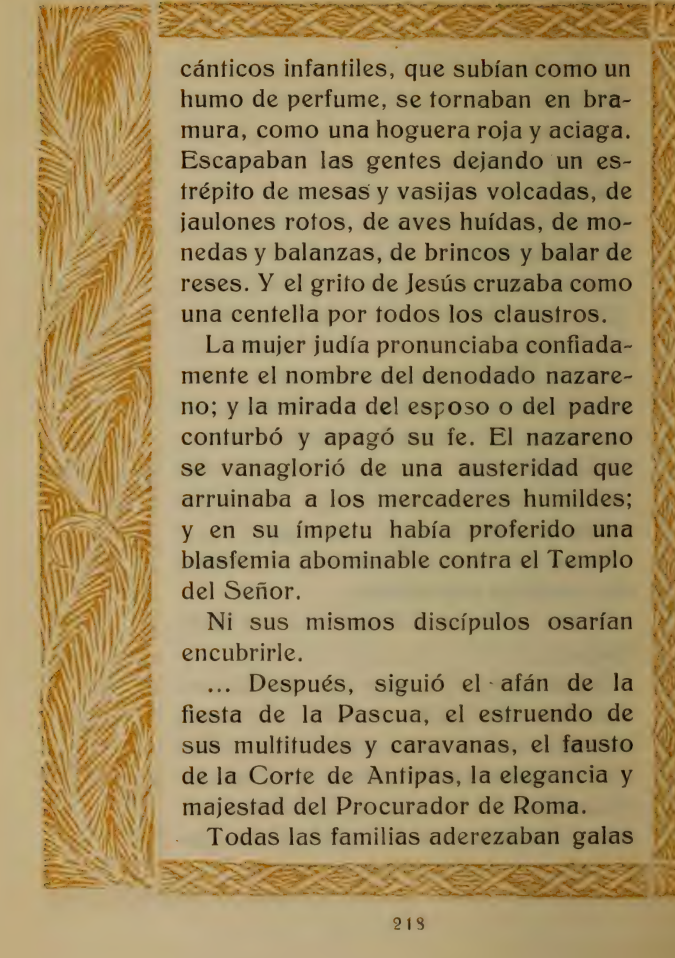
do olor de ramaje fresco de palmera y de olivo. ¡La alegría de Nisán, penetraba en los cerrados hogares! ¡El Rábbi de Galilea triunfaba de la ciudad enemiga! ¡Y contemplándola y escuchando las bendiciones de las gentes, lloraba el Maestro de pena de amor!

Los cánticos se iban deshaciendo como una niebla encima de los muros del Templo; y los que habían glorificado al Rábbi, regresaban esparcidos por las calles lóbregas, cansados, silenciosos, arrastrando por las vilezas de la tierra las ramas de olivo y de palma que resplandecieron sobre la frente de Jesús.

Jesús volvióse a Bethania, andando con los doce discípulos.

Y se nubló la felicidad de las mujeres.

Siguió otro día, otro día de exaltación. De los pórticos del Santuario bajaban las aclamaciones al Rábbi. Prorrumpían los Hosannas de lenguas de gracia y de pureza, de los coros de niños consagrados al Señor. Pero los



cánticos infantiles, que subían como un humo de perfume, se tornaban en brama, como una hoguera roja y aciaga. Escapaban las gentes dejando un estrépito de mesas y vasijas volcadas, de jaulones rotos, de aves huídas, de monedas y balanzas, de brincos y balar de reses. Y el grito de Jesús cruzaba como una centella por todos los claustros.

La mujer judía pronunciaba confiadamente el nombre del denodado nazareno; y la mirada del esposo o del padre conturbó y apagó su fe. El nazareno se vanaglorió de una austeridad que arruinaba a los mercaderes humildes; y en su ímpetu había proferido una blasfemia abominable contra el Templo del Señor.

Ni sus mismos discípulos osarían encubrirle.

... Después, siguió el afán de la fiesta de la Pascua, el estruendo de sus multitudes y caravanas, el fausto de la Corte de Antipas, la elegancia y majestad del Procurador de Roma.

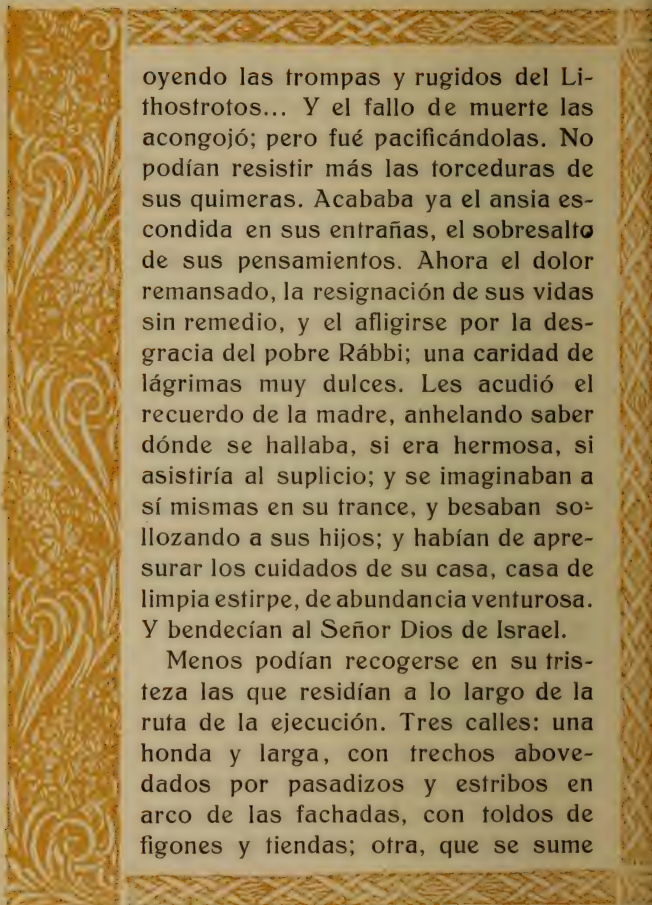
Todas las familias aderezaban galas

y convites, apercibían los aposentos para dar albergue a los peregrinos. Lo aconsejan las Escrituras: «El Señor Dios vuestro ama al caminante. Amad y acoged al extranjero porque vosotros lo fuisteis en Egipto.»

Se iba secando la huella de la emoción de Jesús. Algunos comentaban rápidamente sus apariciones y disputas en los Atrios. Su triunfo veíase ya muy remoto como un episodio rústico y obscuro.

Y una noche se supo su prendimiento. Fué en una almazara. Todos sus partidarios lo desampararon. Y al amanecer, el profeta, que hizo aletear el corazón atado de la judía, pasaba más encogido y andrajoso que los que antes se le postraban buscando su misericordia.

Las damas enviaron sus siervas a los alrededores del Pretorio. La tardanza del proceso las inquietó. Se equivocaban en sus menesteres; las irritaba el hablar de un esclavo, las espantaba el baír de una puerta. Se sobrecogían



oyendo las trompas y rugidos del Lithostrotos... Y el fallo de muerte las acongojó; pero fué pacificándolas. No podían resistir más las torceduras de sus quimeras. Acababa ya el ansia escondida en sus entrañas, el sobresalto de sus pensamientos. Ahora el dolor remansado, la resignación de sus vidas sin remedio, y el afligirse por la desgracia del pobre Rábbi; una caridad de lágrimas muy dulces. Les acudió el recuerdo de la madre, anhelando saber dónde se hallaba, si era hermosa, si asistiría al suplicio; y se imaginaban a sí mismas en su trance, y besaban sollozando a sus hijos; y habían de apresurar los cuidados de su casa, casa de limpia estirpe, de abundancia venturosa. Y bendecían al Señor Dios de Israel.

Menos podían recogerse en su tristeza las que residían a lo largo de la ruta de la ejecución. Tres calles: una honda y larga, con trechos abovedados por pasadizos y estribos en arco de las fachadas, con toldos de figones y tiendas; otra, que se sume

hacia el Tyropeon, y en los dinteles, junto a la *mesusa* que guarda los mandamientos, cuelgan tarros de óleos y drogas, y atadijos de plantas, de los herbolarios y perfumistas, viejos descoloridos y halagadores, de manos femeninas, de oculto caudal; y la calle que sube encalada y abrupta, a la puerta de los Jardines, con amplitudes de tapias de casales agrícolas. Por los muros bajan desde la azotea las escalas de yeso, de troncos de palmera y trozas de pino. En el portal, en las bardas, en los cenáculos, se agitan los forasteros y amigos que vienen a ver los sentenciados. Y dentro, las mujeres encerradas, ansiosas, en la penumbra y sofocación de los aposentillos que huelen fuertemente a ropas almizcladas, a humos de braseros, a hierbas de virtud, a cedro del tálamo y de los arcaces, a miel de cofines de frutas... La voz, la risa del arroyo, las empuja a la herida de luz de las rejas avaras. Imaginan peligros; suspiran, se besan, se oprimen, disputan, resplandecen las al-

mendras de sus ojos, vibran sus cuerpos enojados. Y cuando la audacia de una frente o de una mano abre la estera de juncos de la celosía, estalla el susto y el enojo de todas, mezclados con el regocijo de mirar; entonces, se comenta el lujo, y los afeites de las cortesanas que pueden solazarse por todo el tránsito, la desenvoltura de los mancebos de las colonias griegas, el ingenio de los hombres ágiles de Fenicia que vocean mercancías de todos los países, desde los monos de piel verdosa de lo profundo de Asia hasta el ámbar amarillo del Báltico y las telas recamadas de la Jonia; la timidez de los pastores libios, grandes, blancos, tatuados de azul, hermosos y tristes, con sus cabellos partidos en dos colas trenzadas sobre las orejas y cortados en la cerviz, y las plumas de avestruz en las sienes...

Los pasos terribles del esposo precipitan el agobio de la obscuridad, y todas se sumergen en los divanes. Se oye más cerca el alarido de la bocina.

Y vuelve a presentárseles la imagen del reo. Hablan de él compungidas, sonrojadas del aturdimiento que les traen sus memorias; se avisan para no gritar. Se repiten el abandono en que le dejaron sus discípulos. Entonces piensan en las que han de ofrecerle el «vino de mirra».

Siempre lo llevaban a los sentenciados las damas esclarecidas de Jerusalén, y luego consolaban el hogar roto por la pobreza y por la infamia, remediando a la viuda, a los hijos, a los padres, para que pudiesen salir de la tierra que vió la desnudez y la agonía del ajusticiado.

Vino de caridad que se menciona en los Proverbios; *vinum languidum*, que permite el Gran Sanhedrín, vino de solera rancia con un grumo de la goma del *balsamodendrom myrrha* que enturbia y adormece los sentidos; el «sopor» de gusto de hiel que apaga el entendimiento del que muere lentamente en la cruz.


Mas, si el delito fuere de una repugnancia ominosa, no asiste al culpable

la mujer hebrea; y los mismos ejecutores le dan el vino amargo.

No quisieron acudir al suplicio de Jeschoua Nazarieth las esposas del principado del Sacerdocio. Ninguno de los sanhedritas aventuróse a negar este socorro ni a ofrecerlo de sus hogares.

Y Elisama, varón prudente, padre de Elifeleth, de aquel mancebo que amó al profeta y huyó de su mirada y de los peligros de Gethsemaní, sólo Elisama fué esforzado y piadoso consintiendo que su mujer se presentase en las ejecuciones de la Pascua. Se lo dijeron llorando los esposos. Y, escondiéndose del hijo, dejó ella su quinta del Monte del Olivar, y en Jerusalén buscó la compañía de algunas mujeres de menestrales y hacendados.

Caminaron por las traveseras retraídas, sintiendo el latido de sus pechos y de sus pulsos en la soledad. No hablaban porque se oía muy fuerte su voz en la angostura de los callejones; pisaban despacio.



Delante de un portal, un camello viejo, volvióse rozando, y ellas huyeron medrosas. Se agoniaban por salir; y en seguida tenían que reprocharse su paso menudo, no ciñendo sus tobillos las ajorcas que encogen el andar. Ni adorno ni joyel en sus ropas, perdiéndose sus figuras bajo los paños morados o de color de ceniza, gordos, lisos, que ciegan la gracia del talle. La toca, les suprimía la frente; y desde los pómulos, les bajaba rígido y tupido el velo.

La esposa de Elisama, por su patricio apartamiento, y las demás mujeres, por su humildad, nunca practicaron esta ceremonia lúgubre. Se hallarían entre la soldadesca; habían de recoger en sus ojos la mirada de los condenados, sentir el temblor de sus cuerpos que aun pisan la tierra junto al mástil ya hincado que les aguarda.

Y se apretaban en torno de la madre de Elifeleth, cuyos dedos crujían convulsos sobre la copa de hierro que había de poner en los labios del

hombre que rasgó la juventud de su hijo.

Desde una azotea, donde se curaban pieles de chacal, les sonrió un esclavo. Y el grupo se precipitó como un hato de ovejas por un pasadizo de escalones. Salieron a una calle roja de sol y de muros viejos con alcaparras cuya semilla ácida adoba y come el judío.

Una ráfaga de gritos ya próximos les disipó el miedo de la soledad para traerles la angustia de la multitud y del principio de su obra.

Menguó un instante el vocerío; y se sobrecogieron escuchando unos pasos horrendos. Les alcanzó un mendigo agarrado al dogal de una rapaza descalza, greñuda, enfangada y seca como una perra hambrienta. Aplastaban todas las inmundicias. Se sintió el empuje de los puños seniles en los hombros canijos de la moza que iba cogiendo y rosigando pezones y cortezas de frutas, y de súbito se precipitó sobre una algarroba ya mordida. Rugió el viejo escu-

piéndole en la nuca pelada; le hundía en el oído la nariz de guadaña.

Era un hombre agigantado y corvo, con turbante duro como una soga amarilla, la faz de cazcarrias y mechones; la túnica, recia, cruda, atada por un cincho de pleita; las zancas, de res, y las sandalias, enormes, de pellejos y fibra de palmera.

Se les apartaron las mujeres, y al pasar les dejó el anciano el horror de sus ojos vacíos, mutilados por el punzón candente de una justicia bárbara.

Les vieron hender los montones humanos; oían el gañido del ciego, y su turbante avanzaba y cejaba con un cabeceo pesado, terco, furioso.

Desapareció. Llegaban también ellas a la calle clamorosa.

Ondulaban; creían perderse en hervideros de un río podrido. La esposa del patricio levantó el vaso del *Mesek*. Las reconocieron. Se hallaron entre siervos del Pretorio. Abrióse un portal; sonó un grito; apareció una anciana de mirada aguda y azul; sus manos de

marfiles desplegaron un sudario, y enjugaron el rostro de un reo.

Revolvióse la plebe, aullando y moñándose de su compasión.

—¡Es de la secta del Rábbi!—chillaba un mercader. Todos querían mirarla.

Y el centurión, el *exactor mortis* arremetió protegiéndola. Se supo su nombre: Berenice; una extranjera que vino a Jerusalén para ver a su hijo, mercenario de la guardia del Tetrarca...

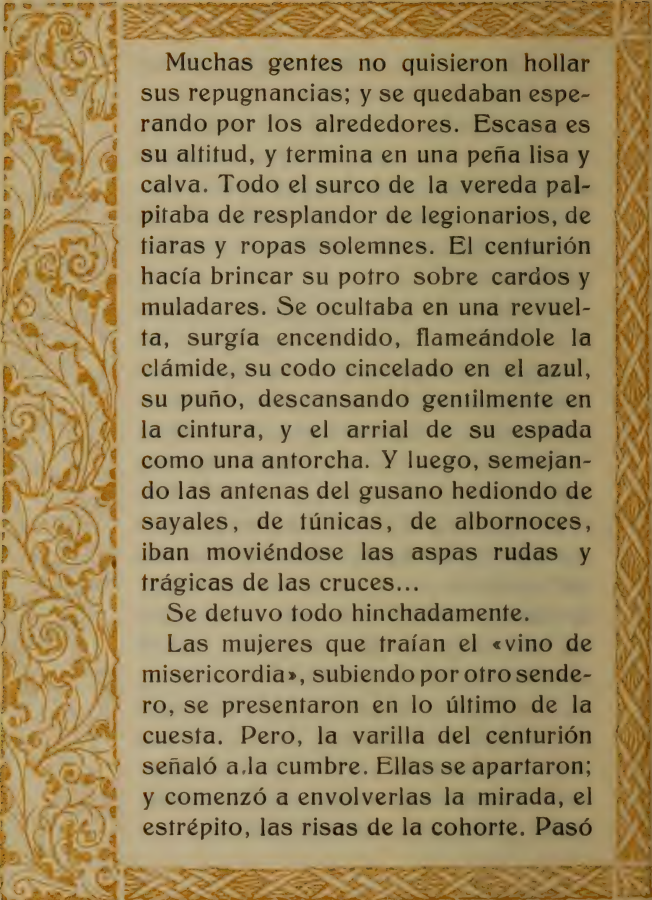
El grupo de mujeres llegó a la umbría fonda, retronante de las Puertas, entre un jadear de hombres atados. Se abrazaban cerrando los ojos, palpando los sillares resbaladizos. Gimieron afixiándose. Y la cuña humana las arrojó a las afueras...

Campos de sol, el azul inmenso, toldos, ropas tendidas, humos y camellos de los aduares. Oleadas de la muchedumbre del cortejo que hacían regolfar a los que salían por caminos y atajos. Botes de cabalgaduras, resplandor de armas, cayadas en alto protegiendo rebaños. Esquilas, bali-

dos, flautas de encantadores, gritos injuriándose, llamándose.

Las calzadas de Jaffa y Damasco se congestionaban de viajeros contenidos, trémulos, cerrados por una escuadra de la cohorte. Las bardas de las huertas bullían de fellaths y mujeres labradoras.

Se alzó un rumor de júbilo. Cedían los caballos hacia las escarpas del Gólgotha, que miran al norte. Las otras laderas que bajan en mansos dobleces arcillosos, se iban avivando de chusma que braceaba, riendo, apedreándose, quebrando cardenchas y escombros, removiendo andrajos y basuras de aquel vertedero y letrina de todas las miserias del barrio de Acra, de todos los vagabundos y caminantes que se acogen en los fosos; y, por la noche, suben los perros, animal salvaje en Israel, y se despiojan y rebuscan en los despojos de ciudad acumulados dentro de las dos cisternas del cerro. Cerro descarnado como una carroña, que humea de vaho y de moscas de sepultura.



Muchas gentes no quisieron hollar sus repugnancias; y se quedaban esperando por los alrededores. Escasa es su altitud, y termina en una peña lisa y calva. Todo el surco de la vereda palpaba de resplandor de legionarios, de tiaras y ropas solemnes. El centurión hacía brincar su potro sobre cardos y muladares. Se ocultaba en una revuelta, surgía encendido, flameándole la clámide, su codo cincelado en el azul, su puño, descansando gentilmente en la cintura, y el arrial de su espada como una antorcha. Y luego, semejando las antenas del gusano hediondo de sayales, de túnicas, de albornoces, iban moviéndose las aspas rudas y trágicas de las cruces...

Se detuvo todo hinchadamente.

Las mujeres que traían el «vino de misericordia», subiendo por otro sendero, se presentaron en lo último de la cuesta. Pero, la varilla del centurión señaló a la cumbre. Ellas se apartaron; y comenzó a envolverlas la mirada, el estrépito, las risas de la cohorte. Pasó

un reo viscoso, cayéndose, empujado por los esclavos; su cruz les dejó la sombra horrible en la frente; y en seguida, otro sentenciado, de lomos blandos, de acémila cansada.

Y apareció el pastor de Cyrene, roblizo, bravo en su servidumbre, con un crujir de maderos, de músculos, de sandalias ferradas y peña raída.

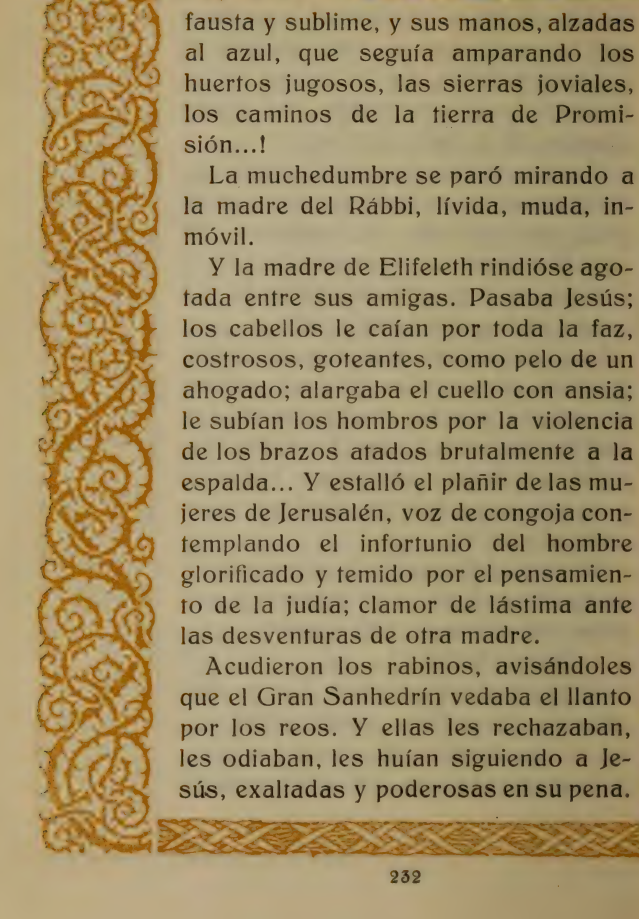
Acababa la vereda abriéndose en una rampa pedregosa hasta lo alto.

Los sanhedritas agujieron sus mulas. Acababa de surgir un grupo encubier-to, guiado por un hombre pálido, de barbilla de vello tierno, y el labio desnudo; sus dedos, retorcían el turbante, y su cabellera cobriza, aleteaba como un águila joven.

El potro del romano le escupió la espuma de su freno; y él avanzó; y asomóse por el tropel, sollozando:

—¡Rábbi, Rábbi...!

Ofrecióse todo su grupo. Los mantos abiertos, desceñidos, mostraban la carne en una torsión pavorosa; los ojos, dilatados; las bocas, con una mueca in-

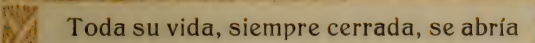



fausta y sublime, y sus manos, alzadas al azul, que seguía amparando los huertos jugosos, las sierras joviales, los caminos de la tierra de Promisión...!

La muchedumbre se paró mirando a la madre del Rábbi, lívida, muda, inmóvil.

Y la madre de Elifeleth rindióse agotada entre sus amigas. Pasaba Jesús; los cabellos le caían por toda la faz, costrosos, goteantes, como pelo de un ahogado; alargaba el cuello con ansia; le subían los hombros por la violencia de los brazos atados brutalmente a la espalda... Y estalló el plañir de las mujeres de Jerusalén, voz de congoja contemplando el infortunio del hombre glorificado y temido por el pensamiento de la judía; clamor de lástima ante las desventuras de otra madre.




Acudieron los rabinos, avisándoles que el Gran Sanhedrín vedaba el llanto por los reos. Y ellas les rechazaban, les odiaban, les huían siguiendo a Jesús, exaltadas y poderosas en su pena.



Toda su vida, siempre cerrada, se abría ya en lágrimas. El ímpetu de los sollozos les golpeaba fieramente su pobre carne. El contenido terror, el cansancio y angustia del camino por las calles y la cuesta del Gólgota se recruzaban con recuerdos de su juventud, de humillaciones, de agobios, de ternuras de maternidad; y saltaba ahora todo de sus entrañas, todo hecho de lágrimas. Sentían acometidas de dolor en su costado, de dolor recóndito y duro, y un goce expansivo de llorar y de llorar por él, como una venganza contra los otros hombres...

Y la mujer de Elisama, que le había temido y le había odiado por su hijo, y había confiado en él por sus hijas, lloraba como las otras mujeres, como todas las madres llenas de amargura...

Jesús las miró. No vieron ellas sus ojos, pero les penetraban en la llaga viva del corazón. Y la mirada del Rábbi tendióse por la ladera, y su boca amoratada gimió con desconsuelo de niño. Veíase subiendo otro monte. «tierno de



ciclamas; rojo de anémonas que teñían de frescos zumos los pies de la muchedumbre»... «Dos hormigas le subían por la sandalia; y él las tomó blandamente y las puso dentro de una flor». «Bajaban cantando las alondras a la abundancia de las mieses». Y él se había quitado el koufieth para recibir en toda su frente la gloria de la mañana de sol y de miel de frutales, y, entonces, oh, Padre, extenuado de súplicas, les dijo: «¡Bienaventurados los pobres, pobres como vosotros, porque de ellos es el Reino de los Cielos...!» ¡Ahora le lloraban de compasión las mujeres de la ciudad que se ensañó afrentándole.

Y Jesús revolvióse, sacudió su cabeza para apartar los cabellos que le cegaban, y se torcieron sus labios en un alarido ronco:

—¡Ya no lloréis por mí! ¡Llorad por vosotras mismas!

Y ellas clamaron delirantemente.

La voz se arrastraba:

—¡Llorad por vuestros hijos! Porque

vendrán días en que diréis: ¡Dichosos los vientres estériles!

Y la voz de Rábbi, rota de estertor y de sed, iba alejándose por la rampa. Aun hizo un esfuerzo, y rugió las palabras de Óseas:

—Y pediréis a los montes: ¡Venid sobre nosotras! Y a los collados: ¡Aplastadnos!

Llegaba a la cumbre, recortándose su busto huesudo en el cielo. Detrás caminaban los esclavos sirianos, la soldadesca, los sacerdotes, con un ruido bronco de pies y de correas, y una dureza de testuz en sus frentes sudadas.

Arriba, entre los legionarios que ya guardaban la roca de la ejecución, surgió tercamente el turbante amarillo del ciego.

De súbito, esparcióse la multitud trepando por lo abrupto. Habían aparecido dos mástiles; estuvieron vacilando; y quedaron fijos, pesados y rudos. Brincó la canalla; y el centurión movía su bestia regodeándose en derribar a los astrosos, rasgándoles con el hierro de sus

carcañales. Salía, se paraba al borde del cráneo del peñascal. Los cascos de su caballo astillaban la losa; y el jinete se arqueaba bizarramente mirando el fondo rumoroso; se alzaba de pie sobre los estribos, crasos de espuma; contemplaba los horizontes, se volvía hacia la ciudad.

Llegósele un siervo, mostrándole la sportilla de los garfios que cosen la boca de los crucificados para ahogar sus blasfemias contra la justicia del Emperador.

Movió el romano con desdén sus hombros modelados por la malla.

—¡No injuriarán a Roma! ¡Que se maldigan ellos!

Y al ladearse, reparó en las mujeres del narcótico. Les gritó que viniesen, y él mismo las guió al ruedo del suplicio.

Todavía los esclavos cavaban la hienda para la cruz de Rábbi. El ciego aullaba lamiendo, tentando con las cuencas de sus ojos la frente sumida de Genas, el sentenciado enjuto. Un hipo de agonía golpeaba la laringe del

reo; la rapaza se entretenía mirándola; después, le buscó las manos hinchadas, trémulas, abiertas; los pies, chafados, que humedecían la roca.

Genas torcióse en una queja caliente y convulsa.

Un soldado le arrancaba el sayal, renovándole las llagas de la flagelación. Todo desnudo, semejó más débil, estrecho, de un argadijo roído. Cruzaba sus brazos angulosos, rayéndose la miseria y las mataduras, pateaba, rodaba; el ciego seguía hablándole y ya no estaba él; y se reía la moza de la mano que palpaba ávida en el sol.

Cuando las mujeres llegaron junto a Jesús, estaban desciiéndole la túnica; él mismo sacó su pie de la sandalia que le quedaba. Después, tomó el sabor amargo de la copa, y la apartó mirando dentro de los ojos de la patricia.

Una lágrima de ella hundióse en el vino como otra gota de mirra. Y ofreció el vaso al hombre enjuto que se le abalanzó tragando con un ansia de bestia, mordiendo los bordes que resona-

ban contra sus quijales verdes. Tosió, se dobló de náuseas, y se lo vomitó todo en las ingles.

El otro ya tenía atados los pulsos al travesaño para que las sacudidas del dolor no entorpeciesen el taladro de las palmas; y con el anillo verdoso de la nariz se volcó el cáliz en su seno de odre.

«¡Le sobran hígados para cantar en la cruz mientras las hijas de Jerusalén se refocilaran encendidas de vino de la Pascua!» Y les arrojó su risotada de aliento fétido. Aproximóse un ejecutor, y sonriente y ágil le abrió la diestra, y sonó un golpe blando.

Al segundo martillazo oyóse penetrar el clavo en el madero. Crujían los riñones del ejecutado, le salían las pupilas, gordas, vidriadas, y bramaba con la mueca que le dejó la chanza.

El viejo huyó revolcándose; se arrancaba la zalea roñosa de sus barbas; se hería su frontal de muerto, se cerraba los oídos con los puños.



La rapaza le llamó enfurecida:

—¡No es a él! ¡No es a Genas, tu nieto! ¡Están clavando al otro!

Y el ciego seguía derrumbándose, agarrado a los cardizales, a los escombros, a las plastas de podredumbre; llorando por las fístulas de sus órbitas, y se le hinchaban las pieles de su cuello como las agallas de un pez moribundo.

Los mílites, desde sus escalas, elevaban con correas el leño en cuyos remates se estremecían las manos clavadas de Gestas. Después, le alzaron los muslos, cabalgándolos en la «sedila», el escabel que surge a la mitad del árbol y soporta la pesadumbre del cuerpo para que no se desgarran las heridas; le doblaron las piernas hasta que la planta del pie se adhirió al tronco de la cruz; y entre los golpes de martillo se oía el rascar de las uñas, la crispación de los dedos por los que se deshilachaba la sangre de los colgajos.

Dos siervos izaron rápidamente el harapo de Genas. Quedó en una quie-



tud de síncope. Las piltrafas de sus labios se prolongaban en una sonrisa, se arqueaban en un sollozo, se fruncían balbuciendo como la boca de una criatura que esprime el pecho de la madre. La gente le rodeó esperando que despertase, comentando sus alucinaciones infantiles. Y tuvo que huir porque el reo comenzó a estercolar la cruz.

Apareció Barabbas, que quiso ver en los otros *su* ejecución. Faltaba la del Rábbi; la *suya*.

Levantaron a Jesús, ya clavado; una sierpe de soga se anillaba por todo su cuerpo.

Las tres cruces, hacia la ruta del sol de la tarde. Más alta y en medio, la cruz del Señor.

Un aire cálido, oloroso de jardines, movía dulcemente las cabelleras y el vello de los reos, desvanecidos por el dolor y la hemorragia.

Pero, los mismos clavos fueron opri-
miendo las venas rotas. Se oyó un
quejido. Se les inflaban los costados
con un espantoso crepitar de costillas.

Y los desataron. Venía la conciencia del suplicio y de su inmovilidad.

Pasaban nubes blancas, rizadas, magníficas, y se apagaba friamente la carne de los ejecutados. Después, el sol volvía a desnudarles.

.


Algunas de las mujeres piadosas regresaron a Jerusalén. Habían de preparar el cenáculo, acomodar a sus forasteros.

En torno de las murallas, en el júbilo de las ferias encontraban a sus esposos, a sus padres, a sus hermanos, dándose un saludo recatado y breve; porque todos acechan a la judía y murmuran de la que se para a platicar con los hombres.





MARIA
CLEOPAS



Y ESTABA
JUNTO A LA CRUZ
DE JESÚS,
SU MADRE, Y LA HERMANA
DE SU MADRE MARÍA
DE CLEOFÁS,
Y MARÍA MAGDA-
LENA

EVANGELIO. — SAN JUÁN; XIX, 25





ARÍA hilaba a la sombra de la vid.

Cleofás, sentado en el pedáneo, colgándole por las rodillas sus puños de labrador, miraba a sus hijos Simón y Josef que bina-

ban la tierra cansada; y los cuerpos doblados a la mancera de olivo, y los bueyes, tardos, rojos, peludos, pasaban y volvían sobre el fondo azul y encendido de sol de las aguas del Genezareth.

María era menuda y graciosa. Llevaba una túnica ondulante y rubia como el trigo maduro, y sandalias de piel de oveja, cosidas por Cleofás que ya llegaba a la senectud y su carne de sarmientos resaltaba entre el lino de su sayal, que le tejó la esposa, y de sus barbas de patriarca.

Callada o conversando, traginera o embelesada, María siempre estaba son-



riendo. Su boca, húmeda y casta, semejaba, en todo instante, que hubiese acabado de exprimir la miel de sus uvas o de beber del agua de su algibe, blanco como un cordero; y en sus ojos, del negror aterciopelado de sus trenzas siempre moraba una luz de lejanía.

Y el esposo suspiraba mirándolos.

Bajaban los palomos de la azotea y venían de la besana recién hendida, y picaban blandamente en los dedos de los pies de su ama.

Ella tomó en su regazo una hembra gordezuela, inmaculada y suave como el copo de su huso, y le acarició el pico de flor de almendro, y, después, se la dió a Cleofás.

Cleofás murmuraba besándola:

—¡Su olor campesino como el olor de tu cabellera; sus plumas, como tus sienes!

Y abrió su mano de callo para que volase.

Se alzaron todas las palomas con un gozoso estrépito, y el parral se glorificó de alas y de arrullos.

—¡Bien quisieras subir y volar para caer en medio de tus pichones! Pero, Jesús el hijo de mi hermano ha dicho: «Aquel que dejare padre y madre, mujer, hijos y hacienda por seguirme, recibirá ciento por uno y poseerá la vida que nunca perece!»

María recataba su pesar apresurando la rueca.

Y siguió él:

—Nuestro Judas es andariego y resiste con júbilo las jornadas. No así Santiago que se consume como la antorcha; y sus hinojos, tiernos como tus lirios, envejecen en la oración, y crían cortezas de patas de camello.

La mujer pronunció recogidamente:

—¡El Señor los ha elegido para su obra!

Y levantóse; besó como una hija la frente enjuta del esposo, y subió la escala de la azotea.

Simón y Josef la saludaron desde la labranza; los bueyes también se volvieron a mirarla, y su cuerna rota se recortaba sobre el horizonte glorioso del

mar, mar amado de Jesús, con vuelos de pájaros de heredad y de aves bravas y solitarias, con peñascos abruptos y alcores de pastura, y pueblos que salen a verse en las orillas: Corozaim, la hacendada rica de pan. Bethsaïda, «mansión de pesca», con temblor de velas y mástiles, ruido de tornos de alfarería que modelan las orzas de la salmuera; redes secándose en los muros de adobes, remos descansando en las tapias agobiadas de frutales. Cafarnaum, grande, tostado, con su vieja sinagoga, entre saúcos floridos. Magdala, tejedora de túnicas y cíngulos, arrullada por las tórtolas de su castellar y por las aguas que limpiaron la lepra de la hermana de Moisés; sus mujeres, miran y andan indolentes y dulces, y arden de ansia de delicias. Tiberiades, de un blancor de diosa desnuda entre cipreses y mirtos... Lejos, Gamala, como un dromedario echado junto a la cisterna de un oasis; y el roquedal de los Gerasenos, del que se despeñó la piara poseída por la «legión inmundada»...

... Y los ojos de María buscaron por lo más escondido del paisaje.

De tiempo en tiempo, se espesaba el humo de polvo de una caravana. Y detrás, se iba desamparando el camino.

Surcaba un pájaro el azul. Y después, era más honda la soledad.

Entre la calina de los campos se tendía, se doblaba un sendero.

María lo caminó contemplándolo... Fué su ruta de recién desposada; en el mes de Ab, cuando las doncellas, con túnicas blancas flotadoras, salen al *goren* o egido y al alborozo de la viña, y pasan delante de los hijos de los Hebreos, cantando:

«¡No te cautive tan sólo la gracia y la hermosura!
¡Que suelen engañar!»

¡Habían rodado veinticinco años!... Josef, el padre de Jesús, se presentó con su hermano Cleofás en la granja donde ella estaba recogida, porque era huérfana.

Regaba su hortalillo de rosales. Asomóse el matrimonio que la crió; y le dijo: «Mira, que ha llegado un hombre

que te quiere de esposa. Nosotros consentimos. ¿No vendrás tú a verle?

Y entró María, y como ya supiese quien era Josef, porque le halló muchas tardes en la plegaria, reparó más en el otro. Y recordando que a Rebeca la pidió para Isaac un viejo mayordomo de Abraham, pensó María: «Este hombre es el que viene para llevarme al esposo». Pero, Josef, la tomó de las manos y la besó entre los ojos, diciendo: «¡Bendito el Señor Dios Nuestro que nos ha conducido a tu presencia para alegría y posteridad de la casa de mi hermano! ¡Recibe de él amor de esposo y ternura y vigilancia de padre!» Y la huérfana les sonreía llorando... Danzaban las vírgenes de Israel sobre un triunfo de pámpanos. Los Hijos de los Hebreos las miraban galanamente... Los cabellos de Cleofás todavía más blancos con la guirnalda florida de desposado... Josef, el paraninfo de bodas, repartía entre los rapaces los confites de nueces, y los granos de cebada, símbolo de la fecundidad... La madre de Jesús,

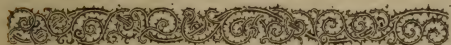
puso a la novia el zarcillo que cuelga de la frente, le recogió las trenzas, le pasó el velo por la faz, y así se veían sus ojos más dulces y mociles... Y las diez vírgenes, con sus lámparas atadas al tirso de álamo, cantaban el elogio de la esposa:

¡No ha teñido sus párpados de azul,
No ha teñido sus mejillas de rojo,
No atormentó con artificios sus cabellos,
Y está llena de gracia!

... Se iba cerrando la tarde.

Y bajó María; despertó la brasa del hogar; y volviéndose a sus dos hijos labradores, suspiró resignadamente:

—¡Hoy tampoco veremos al Señor ni a vuestros hermanos!



... Y como Cleofás era viejo y no podía llegar al terrado de la granja, su mujer y sus hijos pusieron los turbantes a lo último de sus bordones, agitán-

dolos para que el anciano les viese. Y cuando se perdieron entre los últimos cactus de las lindes, postróse Cleofás en su portal, y sus puños huesudos se balanceaban sobre sus doblados hi-nojos.

Salía del establo un ancho mujido de los bueyes.

Y él, les hablaba:

—... ¡Todos, todos se partieron para ver al Señor y a los otros hijos que pasarán por Bethsaïda! ¿No os acordáis de Santiago y de Judas? ¡Pues bien que les topabais si no os daban del pan de su merienda!

Venían las palomas; y se entraban por el aposento; y se subían a la rueca parada, aleteando junto a Cleofás y mirándole como si le pidiesen al ama.

Y él tomó en sus rodillas la hembra más blanca del averío, y la besó suspirando.

Después, avisaba a las otras:

— ¡Dejad, dejad quieta la lana que ya a esponjó María! ¡Aún no os salgáis!

¡Se han ido ellos; y en tanto que retornan habéis de hacerme compañía todos vosotros!

Por las tardes, pacían sueltos los bueyes en el henar de la ribera, y levantaban el hocico, verde de jugo, para sorber el olor de lo remoto. Y volvían mordiendo las matas, abrevaban en los dornajos del algibe, se tendían al refugio de la vid, y en sus pupilas gordas, quietas y dulces, también se copiaba la soledad del anciano.

Sobre el azul sublime del horizonte del Genezareth, seguía inmóvil el viejo timón del arado.

... Y una mañana volaron los palomos por el camino de Bethsaïda.

Levantóse Cleofás agarrándose a los pilares de la parra. Su flaqueza le doblaba la espalda y le empañaba los ojos; pero, sintió que sus campos, su horno, su era, sus muros, todo se regocijaba y olía a heredad suya. Y, tomando su báculo, adelantóse por la senda, y halló a su mujer, y a su lado, un mendigo. Se abrazaron y dieron gracias al Se-

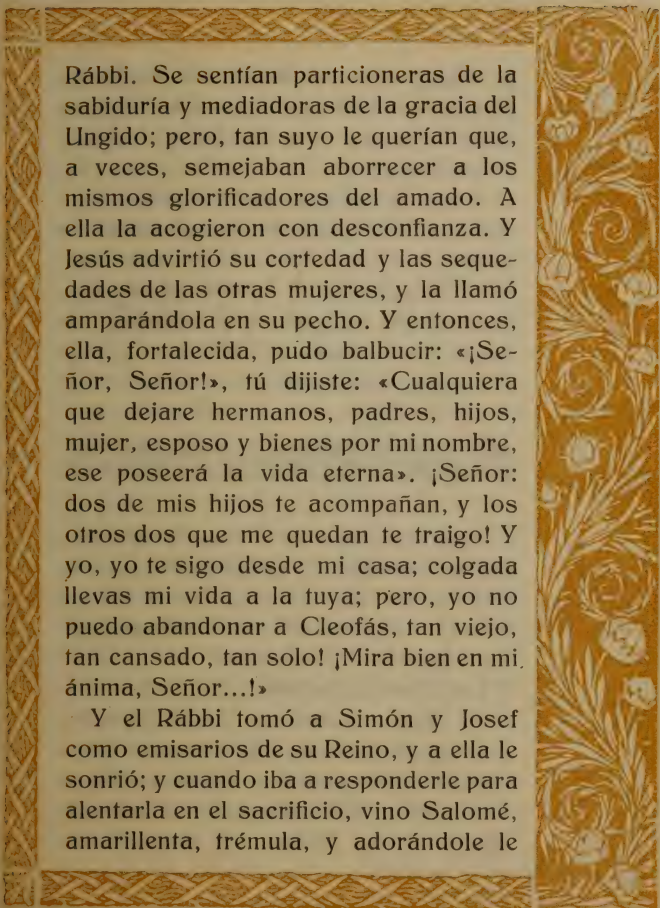
ñor; y como mirase Cleofás buscando a los hijos, María gimió:

—El Rábbi ha enviado setenta discípulos para que siembren su palabra, porque es muy grande la viña y pocos los jornaleros. ¡Y no vuelven Simón y Josef...! ¡Ahora, yo y este hombre, labraremos tus tierras!

Y tornó a besarla el esposo, dió paz al caminante, y bendijo el nombre del Señor.

... Y aquella noche, mientras el anciano dormía, la esposa lloró calladamente recordando su jornada... Vió a Jesús, pálido, extenuado de imploraciones, de quejas, de rugidos de una humanidad delirante; y desfallecía la voz del Señor y le sudaban las sienes y se le veía en su boca, en sus ojos, en sus pómulos febriles el ansia del esfuerzo para fijarse en todos los infortunios.

La magdalena redimida, Susana la que se desposó en Kaná, Juana, la mujer de Chouza, y entre todas Salomé, la madre de Juan y de Santiago el Mayor, se transfiguraban oyendo y mirando al



Rábbi. Se sentían particioneras de la sabiduría y mediadoras de la gracia del Ungido; pero, tan suyo le querían que, a veces, semejaban aborrecer a los mismos glorificadores del amado. A ella la acogieron con desconfianza. Y Jesús advirtió su cortedad y las sequedades de las otras mujeres, y la llamó amparándola en su pecho. Y entonces, ella, fortalecida, pudo balbucir: «¡Señor, Señor!», tú dijiste: «Cualquiera que dejare hermanos, padres, hijos, mujer, esposo y bienes por mi nombre, ese poseerá la vida eterna». ¡Señor: dos de mis hijos te acompañan, y los otros dos que me quedan te traigo! Y yo, yo te sigo desde mi casa; colgada llevas mi vida a la tuya; pero, yo no puedo abandonar a Cleofás, tan viejo, tan cansado, tan solo! ¡Mira bien en mi ánima, Señor...!»

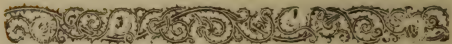
Y el Rábbi tomó a Simón y Josef como emisarios de su Reino, y a ella le sonrió; y cuando iba a responderle para alentarla en el sacrificio, vino Salomé, amarillenta, trémula, y adorándole le

porfiaba: «¡No olvides, Señor, lo que ya tienes prometido: que mis dos hijos se sienten el uno a tu diestra y el otro a tu siniestra!»

Y fueron saliendo de Bethsaïda. María se volvió a la humilde quietud de su retiro.

... Se quejaba en sueños el esposo. Su sombra de patriarca solitario, se tendía por el muro de cal.

La lámpara crujía...



...Un labrador de Corozaim les vendió su camello. Y Cleofás, María y su hijo Simón, que vino en busca de los padres, se juntaron con la última caravana galilea de la Pascua.

Les llamaba la madre del Señor.

Se había obstinado Jesús en sembrar los pedregales de Jerusalén. Realizaba prodigios y decía palabras victoriosas, que afirmaban el advenimiento de su Reino... Y después, se

postraba su alma, y se le iba demacrando la faz, y se ocultaba de todos. Ella le había seguido y le sorprendió llorando, mientras sus gentes disputaban de los bienes triunfales. Todos se descansaban en su hijo. Ni silencios de amargura ni presentimientos ni exaltaciones, les hacían temer por el Rábbi. El Hijo de Dios, el Hijo de Dios no podía recibir daño de los hombres. Y pensándolo quedaban libres de tristezas, olvidándose que siendo Hijo de Dios, era hijo de entrañas de mujer, hijo también todo de dolor suyo, y en el dolor le amaba, y sufriendo amándole sentía miedo de todo. Y estaba sola! Le rodeaban, le cuidaban muchos; pero sólo ella podía recelar y guardarle porque era la única en temer por el hijo... Y su miedo, había de recatarlo de los demás y singularmente de Jesús. Por eso pedía que viniesen los que podían temer por su hijo sin dejar de creerle.

Se lo confió a Simón una tarde que esperaban a Jesús en lo alto del camino de Bethania.

En la fragua del ocaso, Jerusalén resaltaba amenazadora, magna y negra, con un contorno de fuego.

Y ella, gimió horrorizada: «¡Trae pronto a tus padres; diles muchas veces que tengo miedo; miedo de la alegría de los que le aman, de la faz roja y seca de Judas el de Kerioth, de todos los pasos que se oyen...! ¡Mira la ciudad que no le cree, qué fuerte es aún! ¡Mira sus sombras que suben como chacales por los olivos...! ¡Y nuestra Galilea, cuán lejos de aquí, cada noche más lejos, como si ya no pudiésemos llegar en nuestra vida...!

... No sosegó María en toda la ruta de la caravana. Entonaban los romeros la plegaria y los salmos de las peregrinaciones, y ella le pedía a su hijo que le contase más de sus hermanos y del Señor.

Todas las heredades removían en el esposo la aflicción por el abandono de la suya. Y recordaba su vida, ahora retoñada, un dornajo roído, donde siempre venían a bañarse las palo-

mas, la quejumbre de vejez bondadosa de su puerta... Y Cleofás suspiraba con Job: «Mis días son cortos, y voy andando un camino por el que no volveré!»

Su mujer, tendiendo su mano hacia el horizonte calcinado y áspero de Judea, le decía sonriéndole:

—¡Nos acercamos al Rábbi y a nuestros hijos!

Y se doblaba sobre el aparejo del camello, y le preguntaba a Simón:

—¿Cuánto nos queda de caminar?

... Apareció Bethania; y María sintióse traspasada de ternuras y angustias. No pudo contener su anhelo; dejó toda la pobre stramenta al anciano; y ella tomó del ronzal a la bestia, y se apartaron de la caravana.

El hijo les llevó a la casa de Lázaro. Estaba cerrada.

Simón y su madre subieron la gradi-lla. En el cenáculo colgaba una túnica como un muerto; un candelero caído goteaba de aceite una losa. Todo quedó en un trastorno de huida; y aún flotaba

un olor remansado de gente, del último sueño de la familia apostólica.

Desde la acitara se asomaron a la huerta. Salía un piar de nido de los follajes nuevos; zumbaban abejas; y en una herida del muro, les acechaba un lagarto.

Gritó María; y perdióse su voz en el desamparo.

Silencio en toda la aldea. Bethania dormía, blanca, plácida y graciosa bajo sus árboles. A trechos, cortaba el azul el filo ardiente de un bardal con sol.

Solos, inmóviles, Cleofás y el camello aguardaban oyendo los cánticos de la caravana remota.

Acongojóse la madre. El hijo le recordó que mediaba el día de la Preparación de la Pascua, y Lázaro y los suyos y muchos aldeanos habrían ido a las ferias de Jerusalén.

Cuando bajaban, repararon en un hombre tullido que les estaba mirando desde la estera de su portal. Acudieron a él.

Y él les dijo:

—Vino el de la almazara de Gethsemaní, y contó que anoche prendieron a Rábbi Jeschoua... Todos se marcharon.

Simón acogióse a su madre, mirándola con ojos atónitos.

Cleofás agobió su frente entre sus puños, y su plañido atravesó la aldea como la voz del viento.

Maria, trágica, sin lágrimas, levantó sus brazos diciéndole al cielo:

—¡Nada harán contra el Señor!

Y ciñéndose las vestiduras, le gritó a su hijo que les guiara a Gethsemaní. Y ella corría delante, buscando los atajos más rectos de la cumbre.

Apareció Jerusalén en la llama de la siesta, cegadora y triunfal.

Y la odió.

El camino bajaba solitario entre tapias, tojos y olivares.

María envidió todos los pies que ya lo habían hollado, y buscaba un caminante que supiese de Jesús; y le prometía al esposo:

—¡Nada harán contra el Señor!—Y le decía ahogándose a su hijo:

—¿Y Gethsemaní; se ve ya Gethsemaní?

Simón señalaba a lo hondo de la ladera.

—... ¡Tiene un vallado viejo; salen muy altos los cipreses de la noria!

De los casales subían los humos; se asomaban niños de piel de adobe, con brazados de hierba; volvía una yunta por un rastrojo...

Y la cuesta se desdoblaba solitaria.

—¡Gethsemaní!—y Simón mostró con su cayado las paredes de la almazara, de blancor intenso entre una fronda vetusta.

María contempló la granja aspirándola como un aroma. Y corrió sonriéndole tranquila y dulce. Gethsemaní era bueno, Gethsemaní permanecía en su reposo sencillo, familiar.

Y precipitóse a las tapias, y golpeó su cierre.

Se alzó un hombre entre los árboles. Llevaba las mejillas fajadas con un lienzo cortezoso de miel y de aceite.

Sonaban recias y cansadas las pe-

zuñas del camello; y el ropaje del anciano volaba hinchado por la brisa del monte.

María le imploró al campesino:

—¡Dinos donde está Rabbi Jesús!

Y él apartóse la venda descubriendo la llaga de su rostro.

—Me abrasó una antorcha de los que vinieron con él de Kerioth. Rábbi Jesús se paraba donde tú pisas. Y desde ahí decía: «¡Amigo: paz en tu casa!» ¡Y se descansaba a la sombra de las oliveras, y se sentaba sobre mi celemín, y disponía que Judas, el mayordomo, me socorriese...! ¡Y yo pienso que bien pudo hurtar de mi limosna el que ha vendido a su Maestro!

María porfiaba:

—¡Dinos del Señor! Nos ha llamado su madre... ¿Dónde están mis hijos y el Señor?

—¡Yo no sé de tus hijos!—le respondió el de la faz quemada.

Y, después, cuando supo que eran discípulos de Jesús, murmuró:

—Yo fui a Bethania y conté la prisión

del Rábbi. Todos los que se albergan en la casa de Lázaro bajaron a la Ciudad... Juán se nos apareció en el torrente, y postróse delante de María diciéndole: «¡Ya no me esconderé; no me apartaré de la madre de mi Maestro!» Entonces, Salomé gritó con arrogancia: ¡Mirad el que merece la recompensa prometida!—Y se revolvía buscando al otro hijo suyo. Pero yo le dije: ¡Todos huyeron anoche de Gethsemaní, sin padecer ningún daño por amor al Rábbi; y mi carne la devoró una antorcha de los enemigos!

—¿Y el Señor, y el Señor?

—Al Señor se lo llevaron a la presencia del Pontífice... Poncio Pilato lo ha condenado al suplicio de la cruz. Ahora lo subían al Gólgotha. Pero yo te digo...

María temblaba pálida y sublime. Aún sonrió esforzando al esposo. Se lo encomendó al hijo. Y alejóse por el barranco de Betfage.

Cleofás sollozaba mirándola.

Y el labriego de Gethsemaní voceó tercamente:

—¡Lo sacaban al Gólgota! ¡Pero, yo te digo que no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad del Padre que está en los Cielos...!

... Subió enloquecida, atravesando la ladera, agarrándose al pedrizal.

La requebraron desde el corro de ejecutores, que se lavaban con una esponja rojiza la sangre seca de los brazos y de los hinojos.

El centurión, que había pedido la jarra de la *posca*, el agua con vino agrio que alivia el ardor de las jornadas militares, dejó de beber para mirarla.

Un legionario levantó el yelmo donde resonaban los dados.

Bajaba un bramar cavernoso de las cruces.

Juán, de pie, rígido, cayéndole el manto, iba siguiendo la agonía del Rábbi, que se retorció en el «cuerno» haciendo crujir las cuñas de la hienda.

Acercóse un custodio; le tocó las rodillas, y se volvió a los otros enjugándose los dedos en su cráneo.

—¡Es el frío de la fiebre!

María derribóse bajo una mano del Señor. Y sintió en su nuca un golpe de humedad caliente. Se estremeció adorando... Y una gota de sangre anegó un gusano que salía a la luz de la peña.

Y María quiso ser como el gusano; y llegóse más, y de tiempo en tiempo, la sangre goteaba en sus mejillas, en sus ojos, en sus sienes, en su boca...

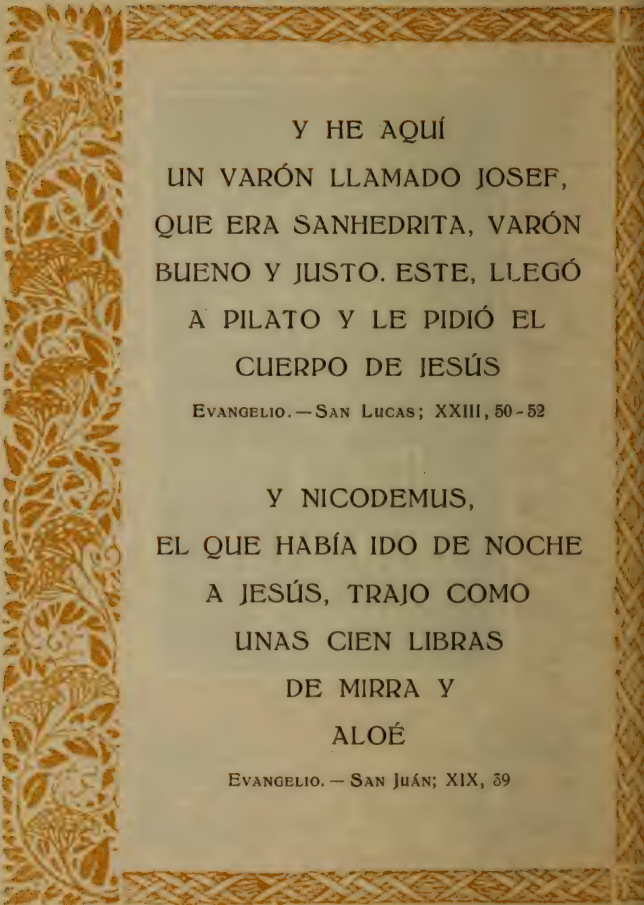
Sonaba rudo, leñoso, el resuello de Jesús. Se oía su lengua revolviéndose contra el paladar, esprimiendo las encías; y con las mandíbulas apretadas, exhaló: — ¡Qué sed tengo!

De una granja venía el balar
de una oveja parida y el
fresco ruido de una
balsa llena...





SANHEDRITAS
AMIGOS DE
JESUS



Y HE AQUÍ
UN VARÓN LLAMADO JOSEF,
QUE ERA SANHEDRITA, VARÓN
BUENO Y JUSTO. ESTE, LLEGÓ
A PILATO Y LE PIDIÓ EL
CUERPO DE JESÚS

EVANGELIO. — SAN LUCAS; XXIII, 50 - 52

Y NICODEMUS,
EL QUE HABÍA IDO DE NOCHE
A JESÚS, TRAJÓ COMO
UNAS CIEN LIBRAS
DE MIRRA Y
ALOÉ

EVANGELIO. — SAN JUÁN; XIX, 39



ASABA Josef por sus maizales recién regados que oprimían la senda. Todo verdor tierno, movido mansamente sobre el azul. Después, el muro de frescura se abría

en plantales de centeno, de sésamo, y de cartamo en alcacer. Relumbraba el alboroto de las acequias, y salía el agua en láminas de sol derretido anegando los frijoles, que se suben a sus horquillas, ciñendo los troncos desnudos de las escalonas y coles que crecen libres, recias y fecundas para madres de las almácigas.

Luego, venían los frutales, prendidos juvenilmente de flores como brisa cuajada; duraznos, bergamotos, ciruelos, cerezos y toda la variedad de los manzanos de Samaria, desde los que llevan el fruto harinoso y ácido hasta los que dan las pomas

de carne traslúcida como un alabastro de mieles.

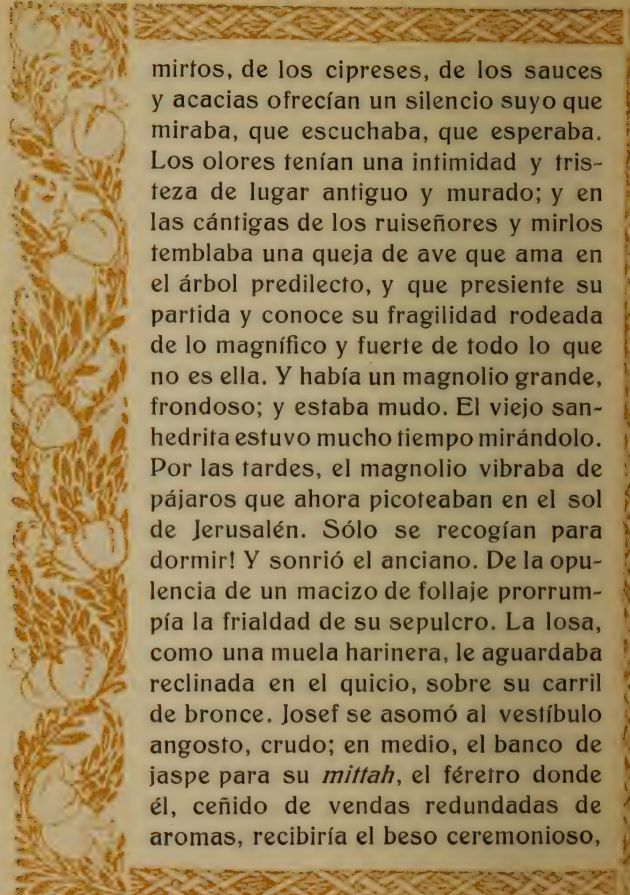
Arriba del otero de la huerta, en un solejar abrigado de los vientos, estaban las colmenas que estrellaban de oro el azul de su retiro, y se sentía el vaho de sus panales y el rumor de su obra.

Josef sonrió del afán de las abejas, afán sin angustias, afán que participaba del corpezuelo de estas criaturas como sus alas, sus palpos, su vello sudoroso... ¡Cómo debieron vibrar los dedos del Criador cuando hiciesen el germen de la abeja..! Y la mano divina, después que tocó en los orígenes de las cosas los sufrimientos de la Creación, hizo al hombre..! En todos los seres era posible lo que apetecieran para su bien. Y el más grande bien de los hombres: vivir, vivir sin dolor, no se hallaba en su voluntad..! Y sonrió Josef contemplando sus manos enflaquecidas.

Llegó a las norias; las rodaban las camellas viejas. Los collares de arcauces iban soltando en las balsas sus caños encendidos de sol, con un es-

truendo donde ya hervía una idea de feracidad. También sonrió con tristeza el anciano, y se dijo: Todo puesto al servicio del hombre, para que tema más en su abundancia! Y se volvía contemplando la mañana maravillosa, regocijada, infantil. Rebrotaban las tierras y los árboles como en su primer principio; y los montes remotos eran de una tonalidad dulce, de carne húmeda, recién modelada. Y dentro de esta vida palpitante, briosa, sentía Josef su caducidad. Ya se pensaba cansadamente en la vejez de los tiempos; se había llegado a la plenitud de las profecías, y todo empezaba siempre en torno del hombre..!

Josef traspuso sus tierras campesinas, y entró en las de jardines, tierras recogidas, umbrosas. Allí la luz llegaba trabajada, envejecida, pálida, como si la tamizara la frente de la humanidad. Allí recibió más la de Josef los toques y heridas del miedo del dolor. Había una quietud grave que desnudaba la vida; las sendas de los adelfos, de los



mirtos, de los cipreses, de los sauces y acacias ofrecían un silencio suyo que miraba, que escuchaba, que esperaba. Los olores tenían una intimidad y tristeza de lugar antiguo y murado; y en las cántigas de los ruiseñores y mirlos temblaba una queja de ave que ama en el árbol predilecto, y que presiente su partida y conoce su fragilidad rodeada de lo magnífico y fuerte de todo lo que no es ella. Y había un magnolio grande, frondoso; y estaba mudo. El viejo sanhedrita estuvo mucho tiempo mirándolo. Por las tardes, el magnolio vibraba de pájaros que ahora picoteaban en el sol de Jerusalén. Sólo se recogían para dormir! Y sonrió el anciano. De la opulencia de un macizo de follaje prorrumpía la frialdad de su sepulcro. La losa, como una muela harinera, le aguardaba reclinada en el quicio, sobre su carril de bronce. Josef se asomó al vestíbulo angosto, crudo; en medio, el banco de jaspe para su *mittah*, el féretro donde él, ceñido de vendas redundadas de aromas, recibiría el beso ceremonioso,

el beso *último* de los que nunca le habrían besado, las postreras lágrimas alquiladas, el tañir de flautas, el pulido elogio de un anciano. Avanzó Josef. En las tinieblas de la segunda cámara negreaba la tumba cavada para su cuerpo; y palpó las paredes; y su reciedumbre le comunicó una sensación de perpetuidad. Pavorosa es para el semita la idea de su aniquilamiento; la sepultura precaria, el abandono y la cremación del cadáver le angustian de desesperanza.

Al salir, tocó Josef el disco de piedra. ¡Qué mano lo rodaría sobre su sueño! Y se fijaba en las manos de sus esclavos agrícolas, los fellaths hercúleos, descalzos, con su ropa bermeja que cubre sus ingles, y un *nezem* enorme, el anillo que traspasa el cartílago nasal, y les cuelga en el revuelto labio. ¡Cuán semejantes todos en su carne y en su vida! ¡Cualquiera de ellos, que sería lo mismo que los otros, contemplaría su rigidez; pero nadie de su sangre, de su conciencia, de la sustantividad suya!

Apareció su caserfa, de una serenidad clásica, nítida entre el verdor de los naranjos y laureles.

La túnica amaranto del viejo patricio prendióse en un sarmiento de rosal de flores pálidas; al lado se abrían las rosas carnales, las rosas flavas, las jaspeadas, las de un rojo de púrpura...

El cráneo fino y desnudo de Josef inclinóse aspirándolas. Eran las rosas de una mujer que había pecado; y un hombre elegido la perdonó.

De las manos del Rábbi la tomó Josef protegiéndola hasta dejarla en su quinta de la Perea; y desde allí le envió los rosales diciéndole: «Son los más regalados de mi huerto; los busqué de trece castas y trece aromas distintos, como trece son los perfumes del brasero sacrosanto. Que florezcan en tus tierras, y su fragancia os traiga al Rábbi y a ti el recuerdo de las rosas humildes de mi gratitud.»

Volvióse Josef. Crujían aplastadas las guijas del vial. Y asomó una figura larga, seca, impetuosa, con el manto

esparcido y la faz oculta por una capellina parda.

Desde lejos, gritó exaltadamente:

—¡He oído la perdición de Jesús! Recelan de nosotros, y vinieron siguiéndome. Eran escuchas de Kaifás. Yo les arrojé los mendrugos de unos siclos, y me dejaron. ¡El gran pontífice se hubiera también revolcado en el camino para recoger mi oro!

Movía sus manos grifadas sobre el cielo purísimo; le temblaba la barba rizada, negra, ungida, picuda, por la violencia de su palabra ronca.

El anciano le dijo:

—Kaifás acaso se doblase para disputar tus riquezas a los siervos que te espían. Mas, no es del Príncipe de quien puede temer el Rábbi, sino de Anán, que gobierna desde su casa nuestro pobre pueblo.

Y se descansó en el hombro de su amigo y le llevó a su aposento de estudio; y él mismo puso las almohadas para el coloquio, y trajo los vasos de hidromiel y las fazalejas para enjugarse.

Y murmuró:

—Ahora reposa, noble Nicodemus, y habla serenamente.

Nicodemus o Bonai-ben-Gorion, era recio, huesudo, inflamado. En su palabra, en su mirada, en sus ademanes, ponía todo el fuego, toda la verdad y toda la inocencia de su alma recta, vehemente y cándida. Sus sienes se enrojecían como dos ágatas sutiles penetradas de sol. Poseía caudales tan inmensos que no menguaban ni por sus larguezas ni por sus ostentaciones y arrebatos. Dos siervos le precedían en la Synagoga para tender tapices en el sitio de su oración, y después los cedía a los devotos pobres.

Se rodeaba de lujos envidiados de los más poderosos saduceos, y mentaba sus bienes con una vanidad candorosa.

Josef le aconsejaba reprimiendo sus nobles audacias, defendiendo su fragilidad de las rudezas de las gentes.

... Le pidió otra vez que descansara, y Nicodemus no admitió el cogín ni paño ni refrigerio. Cruzaba atrope-

llado la estancia, removía las alfombras, ahogaba de resinas los pebeteros, se asomaba al camino. Rendido se detuvo, quitóse el manto, lo pisó, se estrujó las manos, hizo un visaje de rabia, de designios de violencia y dijo:

—¡Lo matarán! ¡Lo vende uno de los suyos; yo le he visto, escuché su oferta, y no he rasgado la boca del ruín!

Josef levantó sus párpados marchitos por las vigiliass.

Y murmuró fríamente:

—Irán a prevenirle en mi nombre. Yo puedo ocultarle en mi Arimathea, blanca, tranquila como un rebaño.

Nicodemus golpeóse el costado y bramó:

—¡Yo puedo comprar treinta cohortes que le aclamen; yo puedo comprar toda la Galilea y dársela para que allí viva según su palabra; yo puedo llevarle a la casa de mis abuelos, mi casa de Jericó para que la habite pomposamente, y en la sala *Bethgadía*, donde Hillel tuvo su escuela, vierta el Rábbi

sus enseñanzas, y Jerusalén vaya a escucharle y en el esplendor se le rinda... ¡Yo lo puedo todo, todo menos comprenderle! ¡Le amo y le creo sin entenderle, como el hijo chiquito ama y cree al padre!

Nicodemus se asomó a los campos, y sus dedos se arrancaron dos lágrimas como si se quitasen dos pinchas de los ojos.

Josef reclinó la mejilla en su mano de mármol.

—¡Quién contuvo los aires entre sus brazos, quién recogió las aguas como un vestido!

Nicodemus rugió blandiendo su puño sobre la ciudad:

—Yo podré arrebatártelo, porque si el de Kerioth puede entregarle, yo puedo más, más que todos tus viles patricios; yo puedo comprarte: Jerusalén!

Palparon sensualmente las delgadas alillas de su nariz. Le subía una onda cálida de perfumes de rosal.

Y volvióse a Josef.

—¡Por qué le aborrecen si hasta las rosas de tu huerto nos presentan la piedad y la gallardía de su alma! ¡Por qué odian al Rábbi Jeschoua!

El anciano le sonrió con tristeza.

—¡Le odian porque pudo perdonar!
¡Hacer el bien presentando el alma limpia es acercar demasiado la lámpara a las vilezas de los otros!

Exaltóse Nicodemus; y enrojecido, vibrándole las brasas de sus sienes, tomó su manto, y rugió:

—¡A tus palabras sólo se acomodan las de Gamaliel que siempre dice del Rábbi: «¡Lástima de hombre!» Mas, yo soy fuerte para salvar al que os inspira compasión; y lo salvo!

El anciano le siguió con su mirada fría.

Nicodemus alejóse hacia la Puerta de Efraim. Una vena lívida le cruzaba la frente, y sus ojos ardían magníficos y feroces. Se imaginaba guiando escuadras de caballeros, de sacerdotes, de esclavos; se veía volcando sus tesoros en el aula de Kaifás, y sus ri-

quezas desbordaban por las calles de Jerusalén; se miraba a sí mismo rodeado de un pueblo que despedía con cánticos al Rábbi, subido en un navío resplandeciente que le llevaba a una patria comprada con el producto de todas las haciendas de los Bonai-ben-Gorion; y cada arranque de visión lo corroboraba en sí mismo repitiendo: *¡Le salvo, le salvo!* Y fué acercándose a la ciudad. Menestrales, vendedores, hacendados, dignatarios, escribas, todos se le humillaban saludándole; y le rodeaban, le bendecían, le sonreían, le consultaban. Muchos viajeros dejaban sus cabalgaduras para besar las insignias de su manto. Los guardias del Sanhedrín se curvaban ante él; los ministriles del Templo, le abrían paso entre la muchedumbre voceando su dignidad de Clavario de las aguas sagradas. Desde los palacios salían los mayordomos gritando su nombre hacia los cancelos. Y era dulce, fragante y azul la mañana de Nisán...

Y Nicodemus había de pararse, y

sonreír y platicar, y moderar su prisa; y de tiempo en tiempo, pensaba: *¡Yo le salvaré!*



... Josef, apoyado en su báculo de cedro, escuchaba a un hombre robusto, de barbas viejas, torrenciales.

Lentamente subieron entre la frescura viciosa del maíz.

Un grito de ave magna y herida bajó del camino de las norias inmóviles.

Y vieron a Nicodemus que avanzaba espantoso, aleteándole el manto en la paz azul.

Llegó junto a Josef; le besó llorando, y se maldijo y se destrozó el ceñidor de pedrería que semejava recamado de luciérnagas.

—Yo he sido más ruín que todos, más que el de Kerioth, más que el Pontífice! ¡El Rábbi cuelga de una cruz! ¡Josef, Josef!

El anciano frío y dulce, murmuró:

—Este es el Padre de Familias en

cuyo aposento comió Jesús anoche la Pascua! Ahora nos llevará para ver donde él estuvo... Me trajo la copa donde él bebió!

Nicodemus gemía:

—Yo no he escupido en la frente del Pontífice; no he ahogado entre mis manos al discípulo que le vendió! Yo puedo comprar toda Jerusalén... Y el Rábbi, el Rábbi cuelga de una cruz!

Y esperó convulso y avergonzado que Josef hablase.

En la alegría de la mañana campesina, el cráneo del varón de Arimathea brillaba con una blancura glacial. Su cuerpo, seco, menudo, doblado, su rostro exangüe, su boca lisa, apenas señalada en la palidez, sus ojos, de mirada lenta y enjuta; pero de esta postración se exhalaba como una luz, misteriosa en su transparencia, firme en su sutilidad.

Desde el Gólgotha llegó el clamor de la plebe.

Nicodemus y el Padre de Familias

retrocedieron, semejando huir de sí mismos.

Josef, inmóvil, recogió todas las voces que la brisa le traía; y les dijo:

—No iremos al cenáculo donde él estuvo, sino a ese cerro donde él está aún!

—¡Verle morir, yo! — balbució Nicodemus retorciendo sus manos que cru-
gían como leños rotos.

—Tú y yo. Antes le pediré a Pilato el cuerpo del Rábbi; quiero guardarlo muerto, ya que no supe guardarlo vivo. Y tú, Nicodemus, que puedes, y quisiste, comprar toda Jerusalén, compra los aromas para su cadáver. No perfumes de tu casa ni de la mia, perfumes de nuestros ocios, perfumes de nuestra abundancia, sino aromas que tú busques, que cuesten siquiera un ahinco, un momento de voluntad, y que sean de los que compran los otros hombres con sacrificio!

Y como al salir intentara Nicodemus rodear por el hondo camino de Damasco, para no ver aun el Gólgota, Josef

le contuvo con su voz helada como el hierro de su voluntad.

—Lleguemos a Jerusalén por donde él ha pasado. Veámosle de lejos tomando esta contemplación como promesa a sabiendas de la compañía que hemos de hacerle.

Nicodemus besó su mano descarnada, y fueron acercándose al peñascal amarillo, mirando las tres cruces cada vez más grandes, y más preciso el contorno de los reos.

Rugía Nicodemus entre la muchedumbre, y Josef la apartaba subiendo su báculo.

Pasada la Puerta de Efraim, el viejo sanhedrita alejóse con el Padre de Familias por la rampa del Pretorio, y su amigo atravesó por las callejas del valle de Tyropeon. Sus vestiduras patricias barrían los suelos inmundos, se quejaban prendiéndose en los quiciales y paredes, y hundióse en la soledad horrible del barrio de los perfumistas. Todas las tiendas tenían las esteras corridas porque llegaba el principio de

los Azimos. Nicodemus buscó la correa de un portal cegado con un cancel de juncos. Lo golpeó. Derribó la celosía. Abrióse un postigo, y asomó la espantada cabeza de un hombre escuálido, de una piel untuosa con una vedija rubia, húmeda, rala que le nacía en el hueso corvo del mentón. Sus pupilas de sierpe se revolvieron rápidas, acechadoras; y cruzó sus manos devotamente, y se agobió murmurando:

—La humildad de Elcana se regocija ante la magnificencia de Bonai-ben-Gorion. ¡Ensalzado sea el Señor Dios Nuestro!

Le rechazó Nicodemus, y arrojóse en la foscura.

Trajo el mercader un fanal de asta; y fué despertando la tiendecita, abriendo sus ojos de brillos de urnas, de potes, de alabastros. Era una bóveda como el seno de un algibe vetusto, toda de vasares y nichos.

Elcana, reverente y juncioso, suspiró:

—Excelso eres entre los maestros

del Gran Sanhedrín, y los ministros del Santuario. Un día el sacerdocio exaltó al droguero Abtinas y dió su nombre a una de las salas santas...

Nicodemus le gritó:

—Dame mirra y xilaloé.

—Todo es tuyo, corona de la sangre de Israel. ¡Y acaso hallarás en mi miseria lo que no hubo en casa de Abtinas!

Y alzaba la luz mostrando los tarros de gálbano, de cinamomo, de zumo de casia, de algalía, de astrágalo o alquitira, de azafrán, de goma de cisto, de resinas de Xylaloé, el *Aquilaria Agallocha* del Arabia Feliz, de lágrimas y panes de estoraque...

Leve, súbito, felino, llevó la lámpara a una leja de piedra; y alumbraba las anforillas de los ungüentos del junco de Nabathel, de megallium, de malobathrum de Sidon, de opobalsamum de Jericó, de telinum de Telos, de nardum de Persia, de bálsamo encarnado, de bálsamo dulce; y los vidrios de rubios orobias, de incienso cándido, de caracolas del mar Rojo...

—¡Todo de mi Señor que hoy me levanta sobre Abtinas!

—¡Quiero los aromas para el Rábbi Jeschoua!—repitió Nicodemus—y se sentía adormecido de intensos y delgados olores que le apretaban sus sienas candentes y le empañaban los ojos de un lagrimeo agridulce.

—Avido fué Abtinas para esconder los secretos de sus mixturas; mas, yo he escudriñado las raíces y los tejidos de las plantas; yo he meditado en las palabras de los hombres de muchos pueblos; he recorrido tentando nuestra tierra; y yo compuse sustancias ignoradas de los descendientes de Abtinas, y yo también conozco la hierba del Jordán que hace subir inmaculado y seguido el humo del perfume agradable a Dios, y sé acendrar el aroma del ónix de las impurezas de su origen. ¡Todo de mi señor, cumbre de casas de Israel...!

El murmullo de Elcana, el ambiente blando y cálido, la lámpara sumida en uu vaho tembloroso, la quietud, el piar

de los pájaros de azoteas y tapias, todo enmolecía los sentidos del patricio.

Y de súbito, el mercader se espantó de su voz y de su gesto.

Josef, esperaba en el portal.

Y Nicodemus rugió:

—¡Véndeme los perfumes para el Rábbi! Véndelos antes que me desprecie!

Elcana, dijo doblándose:

—Yo, como vosotros, reverencio al justo sin ventura!

Y descolgó su balanza.

Nicodemus le ordenó señalándole un arca de mirra y una urna de resinas y maderas de aloés.

—Llévalas al jardín de Josef de Arimathea.

Y respondió Elcana:

—Mira, señor, que habrá más de cien libras...

Nicodemus le arrojó todo su cingulo.

Y el mercader dijo:

—Consíenteme que yo añada mi ofrenda!

Y acercóse el fanal, y estuvo pesan-

do una libra de aromas; y cuando Josef y Nicodemus se apartaban, los dedos afilados del vendedor pellizcaron dos grumos del platillo y los volvieron al tarro de alabastro...

.
... Un rabino de la Escuela de Jamnia con los dos escribas relatores de la causa de Jesús, pasaban lentamente entre las cruces. Siempre se detenían en la del Señor, irguiéndose para verle la mirada y oír en su quejumbre. La crispación de un nuevo dolor les acuciaba su acecho. Después, una rápida analgesia dulcificaba la faz del Rábbi; y ellos se iban a otra cruz... Gestas les escupía una baba de sangre que le iba cayendo por la quijada de lobo, y el ímpetu de salivar ennegrecía su lividez. Echó su cabeza hacia la nuca buscando el madero. Era su cruz *com-misa*, sin cabezal, como una T. Le asomó la lengua costrosa, y arrastrándola por sus labios de espuma llamó:

—¡Ráabbi... Rábbbi...!—Y se paraba resollando.—Ráabbi... ¡Ya que no

viene tu Padre a librarte, cháfate el cráneo!

La chusma le aclamó.

... Josef y Nicodemus hablaban con los del grupo de la secta.

Incorporóse Lázaro, de una demacración que sobrecogía a sus hermanos, y le dijo a Josef:

—Mi casa era su escudo y él la abandonó por recogerse en Gethsemaní. Vanos fueron mis ruegos y tus avisos..!

Calló, porque les había llegado la voz *suya*.

La madre quiso ir; y la rodearon conteniéndola.

Un custodio buscó la esponja con que se lavaron los ejecutores; la empapó de *posca*, la traspasó con un hisopo seco, que aun tenía los hilos rojizos que lustraron lepra, y la aplastó en los labios del Rábbi.

Alzóse junto a la cruz la figura de María Cleofás.

Salomé murmuró:

—Nosotros tuvimos que apartarnos.

El Señor nos lo pedía con la mirada... Y volviéndose a Nicodemus, añadió: —Aquel es Juan, mi hijo. No quiso dejarle, y está solo entre las ofensas de las gentes...

María de Magdala balbució en la espalda del sanhedrita:

—¡El Señor resistirá menos que los otros; se le hincha un costado..! Al principio hablaba más... Encomendó su madre al discípulo; después, tuvo angustia, y gimió: Dios mío, ¿por qué me has desamparado!

Y María miró, llorando, al cielo.

Siguió Salomé:

—... No quiso el vino de misericordia que le trajo la mujer de Elisama...

Entonces reparó Nicodemus en la patricia, y se abatió en su presencia.

—Tú fuiste más valerosa que nosotros! ¡Loados sean tus hijos!

Salomé le interrumpió:

—El mío, el mío veló la desnudez del Maestro con un trozo de manto que se rasgó la pobre madre..!

Y ella, la madre del Señor, postrada

en la roca, miraba densamente hacia la cruz!

Y semejaba que sus ojos se mirasen a sí misma.

Enmudeció Salomé. Venían los escribas y el jurista de Jamnia; y, al pasar, saludaron sonriendo a Nicodemus y al varón de Arimathea.

Impetuoso y aciago los atropelló Nicodemus, y corrió al lado del Señor, gritando:

—¡Rábbi Jeschoua, Rábbi: yo no te abandono! ¡Rábbi!

Su palabra, sus fervores, sus vehemencias generosas decaían, se apagaban bajo el espanto y la lástima de la ferocidad del suplicio... ¡Ya no era el Rábbi Jeschoua! Su cuerpo semejaba de una arcilla pegajosa, con placas azules de los trastornos circulatorios, con coágulos desprendidos de la espalda flagelada, roída por la antena. Le resbalaba un sudor craso por las axilas, por los riñones, por los muslos; palpitaba horriblemente su cuello abotagado, corto, confundíndosele con

las mejillas infladas, blandas, lívidas; las sienas se le hundían y sus oquedades se juntaban con las cuencas de los ojos; resaltaba la frente roja, el filo húmedo de la nariz anhelante, pulverulenta de una harinosidad amarilla. Los labios, flácidos, amoratados, con arborizaciones venosas, se forcián sobre la escara de los dientes; y entre sus párpados cárdenos se perdía su mirada turbia, cuajada en una lágrima... Agonía del Señor. Agonía del crucificado que padece las angustias de todas las muertes. Dolor de peso de podredumbre de las meninges, del corazón, de la aorta, de los pulmones que se estancan, se macizan de sangre parada: Las arterias, que llevan la dulzura de la vida, se vuelven dogales. La fiebre traumática le hunde sus uñas de sed y todo el cuerpo parece una lengua para sentirla. Todos los dolores en el crucificado: dolor de latido fosco, vibrante, de la garra ardiente de la cefalalgia; dolor de punza, de mordisco, de desgarró de todas las vísceras; dolor de peso, de apretamiento

de embolias, de dislocación de vértebras, de músculos distendidos, de nervios desgajados... Y el reo se contempla entregado a la exaltación de la sensibilidad, inmóvil, fijo en la sedila, el *cuerno*, que le gangrena las nalgas; quietud de muerto, que asistiese a su devoración. Y de todas las entrañas, engañadas por la inmovilidad, va saliendo la muerte. Y él lo ve!

... Juan llamó a la madre del Señor. Y se postró, se amontonó todo el grupo bajo la cruz. La madre quedóse alzada, rígida, suprema, mirando a su hijo. Al lado, Josef.

Jesús agonizaba. Balanceó el cráneo ahogándose. Se veía el ansia del resuello desde el vientre a las fauces. Crepitaban sus pulmones cartonosos; temblaba la blanda hinchazón de su pleura; se rompía su silbo ronco en un colapso; y, entonces, resaltaba el zumbido de las moscas en sus ojos, en su nariz, en sus orejas, en las llagas de los clavos.

Y tornaba el jadear, el cabeceo de

la asfixia: Su cabellera se doblaba, caía, le cegaba, se alzaba; su aliento fué haciéndose ancho, prolongado. Se quejó; y precipitóse su ahogo. Sus pupilas vidriosas, imploraron al azul; se volvieron a la tierra...

Jesús estaba solo. El Padre lo ha desamparado. Jesús ha de pasar las soledades humanas de la muerte. En la tierra no puede ni el amor vencer la agonía del amado.

El que muere está solo. De Dios a criatura era un tránsito de resignaciones, de sencillez, de piedad. De hombre a Dios, había de subir la jornada yerma, cegada, sin tierra y sin cielo: Jesús, solo.

Todo el Calvario estaba lleno de su angustia. Sobre los rumores de la multitud y el aullar de Genas y Gestas, resaltaba el afán agónico del Señor. Y sonó su grito de desgarraduras de toda su vida; y sintióse su silencio, el silencio del pecho, inmóvil, desencajado, alto, duro, metálico; la cabeza quedó colgando hacia la roca; y la cruz tembló

del peso del cadáver que se había salido del *escabel*, y semejaba desclavarse. La madre aun esperó otra palpitación del costado del hijo.

Un custodio le fué enroscando una sogá, atándolo al mástil.

Y Josef llegóse al Centurión para mostrarle la tablilla del mandamiento de Poncio cediéndole el cuerpo de Jeschoua Nazarieth.

Bramaron los otros crucificados bajo los golpes de mazas que iban quebrándoles las piernas, las ancas, las costillas, los codos...; era el suplicio del *crurifragium* que infama y apresura la muerte.

... Caía una lluvia olorosa de primavera. Resonaban los follajes de los jardines removidos por un vendabal de arenas.

La muchedumbre se dispersó hastiada...

... Josef y Nicodemus contemplaban la noche desde la azotea.

Había una profunda bienaventuranza.

El cerro de la ejecución, dormía pálido, gracioso, recostándose en las murallas. Y la ciudad se alzaba clara, inocente, como un jardín de lirios, coronada de las dulces lumbres de los techos del Santuario y de las torres. En cada cúpula se congelaba una gota de luna.

El huerto de Josef exprimía el olor de sus naranjos y cidros. Cantaban los ruiseñores, y sus arpegios parecía que resbalasen en la peña del sepulcro.

El viejo sanhedrita se acongojó vencido de ternuras desconsoladoras, de emoción de eternidad. Y quiso ir a su cámara.

Les recibió una mujer vestida de lino y de un cendal de luna, como exhalado de la pureza de su amor y de su carne.

Y balbució:

—Yo prometí besar la sandalia del Señor cuando retoñaran mis rosales! ¡Mira las rosas en mi regazo; y ya no puedo dárselas!

Josef abrió su cofre de ámbar y olivo; y tomó el cáliz de la cena de Jesús.

Sintió que le temblaba la vida, que toda le acudía devotamente a sus dedos.

La mujer se prosternó sollozando; y se esparcieron sus rosas en los tapices.

El varón de Arimathea alzó el cáliz de ágata como una flor encendida.

Asomóse un hombre desmedrado con túnica blanca y un manto leve y rubio.


Nicodemus se le abrazó gimiendo:
—¡Gamaliel, Gamaliel!

Gamaliel recostóse en el estrado, frente a la abierta ventana. Miró un lucero azul, palpitante, que subía sobre las agujas de dos cipreses del sepulcro; y suspiró: — ¡Lástima de hombre!





ISA
SAMARITANA



VINO
UNA MUJER DE SAMARIA
A SACAR AGUA.
JESÚS LE DIJO: DAME DE
BEBER

EVANGELIO. — SAN JUÁN; IV, 4





OS que venían de las labores, los que estaban en su obrador de artesano, los que holgaban a la sombra del corral de caravanas, el *karwân-serâi* que huele

calientemente a bestiajes y pueblos, todos la miraban sonriéndole cuando ella salía con su ánfora, recortándose rítmica, fresca y graciosa en el cielo del camino.

El camino, después de los muros de los pesebres de tránsito, rodeaba el ejido, y volcándose, retrocediendo, brincando, se hundía en la anchura del valle de Sickem.

Campos arados, campos en reposo; sernas de gleba recién desnuda; verdor jovial de manzanos, de morales y zamboas que se bañan en las fuentes del Garizim; umbrías de terebintos; hazas viejas, calma de olivar, senderos y redi-



les, humos dormidos... Es la tierra que compró Abraham para tener las tumbas de su casa; la que mercó Jacob por cien corderos, y la retuvo con su espada y su arco, y se la dió a Josef como porción de mejora de heredamiento. Allí se levanta la «Encina de la Estela», ancha, solemne, inmóvil y negra sobre el azul; al amparo de su ramaje de forja, consagró Josué la piedra del testimonio de la alianza de su pueblo con Dios, y los sichemitas ungiéron a Abimeleck, y Zebul mintió a Gaal... Allí está el sepulcro de Josef, que todas las tardes tiende la sombra de su bóveda junto a las palmeras que se curvan dulces y cansadas sobre el pozo que cavó Jacob... Tierra grande, extática en la emoción del paso y de la muerte de los patriarcas. Un aullido, un aleteo, un cántico, todo tiembla en la claridad del silencio.

... Y cuando subía la mujer con su ánfora que resudaba palpitante de frescura, la llamaban los hombres desde los albergues. Los de Samaria habían

ya contado la renovación placentera del tálamo de la hermosa. Y los ricos mercaderes extranjeros, reluciéndoles las pupilas, le mostraban el fausto de sus equipajes, y las delicias de los vinos y sabores exóticos de su festín en aquel alto de la ruta.

Pero ella decía:

—¡La plegaria será mi alimento y mi salud!

Y murmuraban las gentes de Sickem: «Ya no es Fotima ella misma; porque siempre escuchó los deseos de los hombres con una sonrisa de promesa y se le alzaba el pecho glorioso de amor; y ahora sonrío como adoleciéndose de nosotros, y parece que diga las palabras de Ruth: *¡No me llaméis hermosa, sino amarga!* Y no puede llorar muerte de esposo, pues cinco trocó por gusto y hastío de su cuerpo, ni perdió hijo, porque es infecunda, ni se malogró su hacienda que nunca codició y que le es dado juntarla a su antojo con el poder de sus gracias...»

Sola, desamorada, cruzaba las calles de Samaria dejando un casto aroma de paz. Ya no le ardían los ojos, y daban una lumbre quieta de remanso con luna.

Y cuando un samaritano volvía de caminar, ella le buscaba preguntándole:

—¿Viste al Señor que lee los más escondidos pensamientos, aquél que siendo judío comió pan de Samaria?

Pero los andariegos de su país no hablaban sino con gentiles; y no trataban con los moradores de Israel sino de empresas de logro.

El Deuteronomio dice: No prestarás por usura al hermano.

Samaria no es tierra hermana de la tierra judía. Samaria se ha prostituido con ídolos bárbaros. Levantó en su monte Garizim un templo de liturgia semejante al culto de Jehová, y le pidió a Antíoco: «Conságralo a Zeus Hellenios, porque nosotros somos sidonianos y nada tenemos con Israel ni en raza ni en usos...»

El creyente desdeña los testigos, la boda, el beneficio, la manutención, el

descanso y el agua de la tierra que apostató. El creyente sólo admite al samaritano para lucros de tráfico y de réditos de una dureza implacable. Mas, de tiempo en tiempo, desborda el rencor de Samaria vengándose de Israel. Israel proclamaba con hogueras en todas sus cumbres la *neoménia* de la Pascua, o principio de la luna de Nisan; y Samaria alumbró engañosamente todos sus altos, y pasó el aviso de llamas de cima a cima, y acudieron a Jerusalén los devotos que residen en Siria y Babilonia, imaginándose convocados para la fiesta de los panes ceceños. Entonces, el Gran Sanhedrín trocó las señales luminosas por los emisarios. Y en otra Pascua de inmenso concurso, porque fué año de llenura, penetraron escondidamente los hombres de Samaria en el Templo de Dios, y esparcieron inmundicias y osamentas para impedir las ceremonias; y el alborozo se tornó en plañido.

... Ninguno de los que corrían comarcas extrañas trajo nunca noticia

del Señor. Y los de Sickem se pasmaban del afán de la hermosa. Y ella decía:

—¡Aquí le visteis y escuchasteis!
¡Cómo pudo deshacerse su recuerdo!
¡Pasó como el Esposo de los Cánticos por los otros y vergeles! No disteis posada a sus discípulos, y agraviados ellos le pidieron al Señor: «¿Quieres que digamos que descienda fuego y los acabe?» Mas, él les repuso: «No vine a perderlos, sino a salvarlos».

Todas las tardes bajaba la mujer a la sombra de las palmeras del pozo patriarcal, y se sumergía su alma en el silencio para sentir el latido más hondo de la lejanía... Y esperaba al Señor donde había gozado su presencia; le esperaba devanando sus memorias... Fué en una siesta del mes de Sívan. Estaba el valle rubio, maduro y oloroso del aliento del verano. Todo resonaba de elictras ardientes; y entre el hervor gemía una rueda de alfarero.

Junto al ejido halló la mujer doce caminantes; sus mantos viejos, sus san-

dalias roídas, soltaban la tierra de muchas jornadas. Siendo pobres, había uno que semejaba siervo de los otros, y hollaba pesadamente como un buey flaco cuando labra el erial.

La samaritana les gritó: ¡Llegáos sin recelo, y si nadie os socorre, tomad de lo que hubiere en mi casa; abierta la hallaréis; es la más blanca de todas; suben los jazmines por el muro...!

Y se alejó envuelta del gozoso donaire de su juventud. Y ya casi en la vera del pozo, se detuvo asustada con los rubores dulcísimos que siente la mujer exquisita, aun siendo pecadora.

Un hombre extranjero, recostado en el brocal, aspiraba la pureza y frescura del agua, y dentro del cielo reflejado se veía su imagen con un nimbo de sol.

El hombre alzó los ojos; la miró como un hermano que estuviese espe-rándola, y le dijo:

—¡Paz en ti!

Otra vez asomóse al espejo azul de las aguas, y confiadamente le pidió:

—¡Dame de beber!

Ella le contemplaba enternecida de su abandono de niño cansado.

Siempre le hablaron los hombres con ufanía de cortejadores y con rendimiento carnal, viendo sólo en ella las gracias de hembra. Y el extranjero la había mirado como enlazándola con la emoción de la tarde, y la había escogido para recibir de sus manos la inocencia del agua. La había mirado; había visto que era hermosa, y le pidió agua! Y la mujer sintió entonces el encanto íntimo del agua, del cual parecía que participase su vida, y creyó oír el primer elogio de su belleza, renaciéndole un estado de virginidad.

Y le sonrió dulce y tímida, pronunciando:

—¡Cómo siendo judío me pides de beber a mí que soy samaritana!

En los ojos del caminante pasó un ímpetu de gloria; y alzóse transfigurándose de niño sediento en padre magno y fuerte, en señor que visita su heredad; y le dijo:

—Si supieses quien es el que te dice:

¡Dame de beber!, tú acudirías a él pidiéndole: ¡Yo no a ti, sino tú a mí dame el agua de la sed mía!

Salieron en la mujer resabios de malicias de rapaza, y se inclinó graciosamente exclamando:

—¡El pozo es hondo! ¿Cómo podrías tú sacar agua sin mí?

Y le mostraba el cántaro suyo limpio y fresco de juncia y la delgada cuerda ceñida a su talle.

Llegósele el hombre dolorido de compasión. Y la samaritana recogióse en sí misma escuchándole:

—¡Todo el que bebiere de esta agua que tú tomas de la tierra, vuelve a sentir la sed; mas, el que bebiere de la que yo alumbro nunca estará sediento, porque el agua que yo doy se vuelve en el pecho una fuente que salta hasta la vida eterna...

La mujer se le iba postrando sin cuidarse de su figura, ni de los pliegues de su túnica ni de sus trenzas que se le sumían entre el herbazal; y tendida, humilde y casta, toda hecha de corazón

bajo los ojos y la palabra del extranjero, le imploró con un quejido venturoso:

—¡Dame, Señor, dame de esa agua viva, que yo no quiero tener más sed...!

... Agua de amor de caridad emitida por la gracia del amado, manaba ya siempre del pecho de la mujer. Sosegada y limpia se sentía de inquietud de pecadora; pero la hondura de su alma se llagaba de sequedades. Saciada quedó la sed de antaño, y bajaba sedienta al pozo de Jacob, buscando en todo el valle... El llano, los alcores, la arboleda y el cielo, todo estaba henchido de la presencia de aquel hombre. Y no estaba él!

Y una tarde que contemplaba su palidez de penitente en el espejo del agua que tuvo la imagen del Señor, sonaron voces y sandalias en el camino de la tierra judía.

Pasaban dos extranjeros, sin alforja ni arma. Se apoyaban en un báculo rudo, y traían el manto subido y plegado a los riñones para holgura del pie.

La samaritana corrió llamándoles. Ellos se volvieron mirándola, y no sabiendo quien fuese, seguían su camino.

Pero la mujer les alcanzó y les dijo:

—No sois los que vinisteis con mi Señor, y hay en vosotros una semejanza con el porte de su gente. Mas, siendo suyos, ¿cómo pudisteis pasar sin llegaros al agua que el Señor bebió de mi mano dándome en trueque delicioso el agua viva de su gracia!

—¡Paz en ti, mujer!—le respondieron los dos hombres.

Y ella se derribó sollozando en un deliquio de felicidad:

—¡Le habéis recordado también en su decir! ¡Sois emisarios suyos! Toda mi alma os bendice: ¡dadme ya su nueva porque estoy pura!

Y el más viejo de los caminantes, abrasado y enjuto, de tosco frontal, murmuró:

—¡Discípulos y sembradores somos de la palabra del Rábbi, el Cristo Señor Nuestro!

—¡Dadme la nueva que me traéis!

¡Decidme donde se esconde el Señor, porque yo le busco teniéndole siempre en mí, y no le encuentro! ¡Yo le aguardo y le llamo, y nunca acude! ¿Dónde está el Rábbi Jesús?

—¡Paz en ti, mujer, en nombre del Señor!—repitió austeramente el anciano, y quiso apartarla de ellos.

Y la samaritana se agarró a sus vestiduras clamando:

—¡No tan sólo su nombre, sino su voz y sus ojos, su presencia para la paz de mi vida! ¡Llebadme a él para que yo le sirva y le unja!

El otro discípulo, le sonrió afligidamente.

—¡Rábbi Jesús se halla en ti como habitará ya siempre entre nosotros!

No le entendía la mujer, y se incorporó afanosa.

Entonces la hirió en todas sus entrañas la palabra inflamada y tronadora del apóstol viejo:

—¡Jerusalén ha matado al Señor! Alzó su cruz delante de sus muros... ¡Díle a Samaria que las almenas de la

ciudad homicida serán holladas por pezuñas inmundas!

La mujer miraba con horror la boca que vertió la desdicha. Y les fué siguiendo, dejando sus sollozos, como si se deshojase su alma en el silencio de la senda.

De súbito, precipitóse llamándoles enronquecida y brava.

—¡Iré con vosotros! ¡Aunque quisierais ahuyentarme como a los perros, yo os seguiría! Iré con vosotros hasta que me hayáis dejado en la tierra que guarda el cuerpo del Señor... Quiero tocar y besar su sepulcro, y besándolo penetrará mi vida como las raíces llegan al agua traspasando la roca...

El viejo la miró fríamente.

—¡Mujer: el Rábbi no tiene sepulcro! ¡Anunciado estaba que el Señor resucitaría! Y el Señor ha resucitado...

—¡Si vive el Señor llevadme, que yo le cure las heridas! ¡Si tienes mujer yo seré su sierva..!

—¡El Rábbi ha resucitado, y subió al cielo, a la diestra de su Padre; y desde

allí envió a los suyos la potestad de su Espíritu Santo!

Los discípulos se alejaban reposados y firmes, parándose, subiéndose el turbante para mirar, ladeando un poco la cabeza, como hacía el Rábbi Jesús.

La samaritana se fué quedando sola en el camino. Sobre sus hombros se tendía la obscuridad de la tumba de Josef. Sintió frío y miedo de niña desamparada, y buscó el refugio del pozo de Jacob, y besaba su piedra y gemía: — ¡Rábbi, Rábbi! ¡Por qué has resucitado para subirte al cielo...!



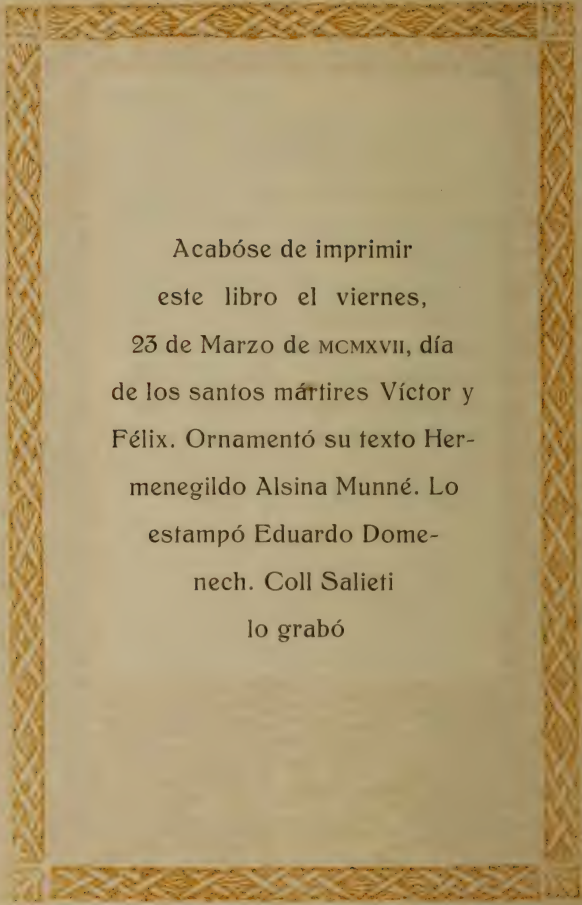
AQUÍ
TERMINAN
LAS
FIGURAS

DE LA
PASIÓN
DEL
SEÑOR

TABLA

	<u>PÁGS.</u>
Herodes Antipas	9
Pilato.	63
<i>Pilato y Cristo</i>	115
Simón de Cyrene	181
Mujeres de Jerusalén	207
María Cleofás	243
Sanhedritas amigos de Jesús. . .	267
La Samaritana	299

DECORADO POR H. ALSINA MUNNÉ



Acabóse de imprimir
este libro el viernes,
23 de Marzo de MCMXVII, día
de los santos mártires Víctor y
Félix. Ornamentó su texto Her-
menegildo Alsina Munné. Lo
estampó Eduardo Dome-
nech. Coll Saliati
lo grabó

Tabla del volumen I

JUDAS: Su llegada a la casa de Pedro. — La Madre del Rábbi. — Predicación de la Buena Nueva. — Las Bienaventuranzas. — El precio del Maestro.

EL PADRE DE FAMILIAS: Preparativos para la Pascua. — El Cenáculo. — Lavatorio. — Institución Eucarística. — Presagios. — Oración. — La partida.

EL MANCEBO QUE ABANDONA SU VESTIDURA: Hogar patricio israelita. — Jericó. — Gethsemaní. — Prendimiento de Jesús.

KAIFÁS: Fiesta de los Tabernáculos. — El Templo. — Jesús y los suyos. — Jerusalén. — Casa de Annás. — Casa de Josef Kaifás. — Negaciones de Simón Pedro.

UN NAZARENO QUE LE VIÓ LLORAR: Caravanas Pascuales. — Judea, Perea, Samaria, Galilea. — *Nazareth*; su caravana. — El Gran Sanhedrín. — El Profeta en su Patria.

ANNÁS: Su pasado en Alejandría. — Recuerdo del Rábbi.

BARABBAS: Jesús pasa por los campos de viña. — Crímenes de Barabbas. — Su prisión. — Su libertad. — Su muerte.

COLECCIÓN



por GABRIEL MIRÓ

I FIGURAS DE LA PASIÓN
DEL SEÑOR. II FIGURAS DE LA
PASIÓN DEL SEÑOR. III FIGU-
RAS DE BETHLEEM. IV FIGURAS
DE DISCÍPULOS. V SANTOS Y
FIESTAS. VI PATRIARCAS Y PRO-
FETAS. VII MONJES

NOTA DEL EDITOR

Por la rapidez con que tuvo que corregir el autor las pruebas de este libro, se han deslizado algunas erratas cuya enmienda confiamos a la cultura del lector.

Únicamente nos permitiremos prevenirle de la advertida en la página 117, línea 8, que dice: sobre un nido!, debiendo decir: sobre su nido!

177875

LS.

M676f

Author Miro, Gabriel

Title Figuras de la pasion del Señor. Vol.2

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

ESTAMPAS



VIEJAS

Ortiz